

MAURICIO ARANGUREN MOLINA

MI CONFESIÓN

CARLOS CASTAÑO revela sus secretos





MAURICIO ARANGUREN MOLINA

En diciembre del 2000 regresó a Colombia para publicar su primer libro "El Cambiazo". Oh sorpresa, agotó dos ediciones. A los 30 años era un sueño cumplido. Decidió dedicarse a escribir libros. Dejó su cargo como director de la revista Lazo Latino en España. Publicación que fundó y hoy aún se edita, de manera estoica, por su socio para beneficio de los inmigrantes latinoamericanos. Registró

parte de la historia de Colombia entre 1993 y el fin de milenio en los noticieros de televisión, donde nació y creció como periodista. El Noticiero 24 horas, el Informativo AM-PM, el Noticiero de las Siete y de 1998 al 2000 fue contratado para hacer lo que quería, cosa que pocas veces sucede: cronista del canal de noticias RCN.

"Pero este libro es algo más que las confesiones de uno de los principales actores de la guerra que está desangrando a este país sudamericano. Es un reflejo de la descomposición de la sociedad colombiana, de la suciedad de un conflicto armado que hace años dejó de ser ideológico, del cinismo e ineptitud de los políticos, de la incapacidad del Estado de cumplir sus funciones constitucionales, de la falta de ética de los dirigentes y de algunos dueños de medios de comunicación, de la crueldad de los grupos al margen de la ley, de la doble moral de todos ellos; en fin una radiografía a veces siniestra y en ocasiones patética de una nación que naufraga ante la pasividad de su clase dirigente y el sentimiento de impotencia de sus ciudadanos".

*Prólogo: Salud Hernández-Mora, columnista de EL TIEMPO
y corresponsal de EL MUNDO de Madrid, España.*

"Las AUC son más letales para las guerrilleras que el Ejército colombiano simplemente porque los hombres de Castaño no andan con miramientos por los derechos humanos - copiamos los métodos de nuestro enemigo - declara Castaño lúgubremente. Conversar con él fue como hablar con Kurtz, el personaje de "El corazón de las tinieblas" de Joseph Conrad. Este hombre, uno de los máximos responsables de la barbarie que vive Colombia de una brillantez y lucidez peligrosa"

Tim Mc Girk - Revista TIME

"Las fuerzas armadas colombianas también atacan a las AUC. Sin embargo, ambos tienen como enemigo común a las guerrilleras, y en muchas regiones parecen combatir de la mano con ellas"

Scott Wilson - WASHINGTON POST

MAURICIO ARANGUREN MOLINA

MI CONFESIÓN

CARLOS CASTAÑO revela sus secretos

EDITORIAL OVEJA NEGRA

CONTENIDO

	Pág.
Prólogo	9
I La exhumación	17
II Pizarro tenía que morir	39
III El secuestro de mi padre	53
IV Mi infancia	75
V Historia de la autodefensa	93
VI Mi viaje a Israel y la lucha antiterrorista urbana	107
VII La guerra contra Pablo Escobar	125
VIII ¿Quién era Fidel Castaño?	157
IX El Cartel de Cali	167
X Mis encuentros con Serpa	173
XI Mi segundo padre	183
XII La formación de Carlos Castaño con el amigo sibarita	193
XIII Así nacieron las Autodefensas Unidas de Colombia	199
XIV Las Autodefensas Unidas de Colombia y el narcotráfico	205
XV Las FARC entre el romance y la muerte	211
XVI La guerra de Urabá	221
XVII Días de conspiración	233
XVIII Salvatore Mancuso	241
XIX La derrota del ELN	253
XX Las conversaciones secretas: el gobierno Pastana y las Autodefensas	261
XXI Mi matrimonio	287
XXII La Terraza	291
XXIII La renuncia	299
XXIV La constituyente y el futuro	311
Epílogo	325

© Mauricio Aranguren Molina, 2001
mauricio.aranguren@lazolaino.com
© Carlos Castaño Gil, 2001
www.colombialibre.org
© Editorial La Oveja Negra Ltda., 2001
Cra. 14 No. 79-17 Bogotá, Colombia
editovejanegra@latinmail.com

ISBN: 958-06-1000-2

Foto portada: Omara Lucida

El texto, las afirmaciones del libro, las fotos, son responsabilidad exclusiva de los autores. Las afirmaciones en letra cursiva corresponden a Carlos Castaño Gil y son de su exclusiva responsabilidad. Ni el editor, ni el impresor, ni los distribuidores y librerías tienen ninguna responsabilidad por lo escrito en el libro

Printed in Colombia - Impreso en Colombia

PRÓLOGO

Salud Hernández-Mora

*Corresponsal del diario El Mundo, Madrid - España.
Columnista del diario El Tiempo, Bogotá - Colombia*

Si las personas que apoyan moralmente a Carlos Castaño y a su grupo armado dejasen de hacerlo después de leer este libro, ya habría merecido la pena su publicación. Y si contribuyera a despejar de muchos corazones las ansias de venganza por el crimen de un ser querido que quedó impune para siempre, también estaría justificado. Porque resulta aterrador pasar las páginas ensangrentadas con decenas de muertes cuyo autor o inductor invoca en aras de una causa que él considera legítima: acabar con la subversión en Colombia al precio que sea al tiempo que venga el asesinato de su padre.

Pero este libro es algo más que las confesiones de uno de los principales actores de la guerra que está desangrando este país sudamericano. Es un reflejo de la descomposición de la sociedad colombiana, de la suciedad de un conflicto armado que hace años dejó de ser ideológico, del cinismo e ineptitud de los políticos, de la incapacidad del Estado de cumplir sus funciones constitucionales, de la falta de ética de los dirigentes y de algunos dueños de medios de comunicación, de la crueldad de los grupos al margen de la ley, de la doble moral de todos ellos; en fin, una radiografía a veces sinies-trada y en ocasiones patética, de una nación que naufraga ante la pasividad de su clase dirigente y el sentimiento de impotencia de sus ciudadanos.

Sin embargo, algunos lectores y muchas personas que no quieran siquiera leer una línea, sólo verán en él la apología del terrorismo, darle espacio a un confeso de decenas de asesinatos para que explique las razones que le llevaron a cometerlos. Pienso, por el contrario, que es un documento periodístico que nos ayuda a conocer mejor a una persona que, desafortunadamente, está influyendo de

manera decisiva en la Colombia actual y que ha sido uno de los protagonistas de los episodios más trágicos de las dos últimas décadas.

Contribuye, también, a comprender que las AUC no son los hijos díscolos del gobierno de turno y de los militares, sino que funcionan de manera autónoma, que el monstruo se les salió de las manos. Que con ese "grupo político-militar de resistencia civil armada antiguerillera", único en el mundo y reforzado cada día por la degradación social antes mencionada, sólo se saldrá por la vía de la negociación, se quiera o no.

Castaño, un autodidacta que se define como más político que militar, es un personaje poco conocido, involucrado en infinidad de crímenes y de acontecimientos oscuros. Pero nadie puede discutirle la franqueza con que aborda algunos temas macabros y su decisión a aceptar algunas verdades nada favorables sobre él, su entorno cercano y su organización.

He tenido la oportunidad de entrevistarlo en tres ocasiones, corrobore esa sinceridad y sentido autocrítico ocasionales, así como su facilidad para conectar con las preocupaciones de una amplio sector social, aunque nunca me concedió el tiempo suficiente para tratar asuntos del pasado, o intercambiar opiniones con amplitud. Es, además, un entrevistado acelerado, inquieto, difícil, que habla como una ametralladora, y apenas deja un resquicio para meter una frase o un apunte. Por esa razón, cuando coincidí en una de esas entrevistas con Mauricio Aranguren y supe del trabajo que estaba preparando, me pareció una buena iniciativa, la única forma de llegar a saber una parte de la verdad, interesada, por supuesto, de muchos acontecimientos de la historia reciente colombiana.

"Este libro es verdad pero no toda la verdad", dice Castaño. Y es tan sólo, no lo olvidemos, su verdad y, por si fuera poco, parcial. Por tanto, todo el contenido habría que ponerlo en cuarentena y contrastarlo con otros testigos, algo, que, sabemos, no será fácil. La escasa o nula credibilidad que merecen políticos, algunas autoridades, mafiosos o grupos guerrilleros también involucrados en la mayoría de los acontecimientos relatados, hace concluir que llegar algún día a saber a ciencia cierta lo que realmente ocurrió, será misión casi imposible. Pero, al menos, este libro es, a mi juicio, entre verdades, medias verdades y silencios, un aporte interesante y ojalá otras partes se atrevan a imitar el ejemplo.

Quizá uno de los pasajes que más polvareda levantará es el referido a la toma del Palacio de Justicia y al asesinato de Carlos Pizarro, el candidato presidencial procedente del M-19. No creo que ni su familia ni sus seguidores acepten las implicaciones que Castaño le adjudica con la mafia.

"Carlos Pizarro era el hombre de Pablo Escobar. Los narcotraficantes soñaban con el poder y Pablo siempre quiso la presidencia", afirma Castaño. Por esa razón, "¡Pizarro tenía que morir!".

Según el comandante de las AUC, la toma del Palacio de Justicia se decidió en su presencia en la Hacienda Nápoles. Era el favor que le haría el M-19 a los narcos a cambio de unos millones de dólares. Con eso lograrían destruir los archivos en donde se guardaban los casos contra los mafiosos.

Y no sólo eso. Pizarro, asegura el confeso, había hecho otros trajes sucios porque "Pablo lo mantenía chantajeado y extorsionado. Escobar tendría un idiota útil en la presidencia o en el cargo que alcanzara". Esa fue su sentencia de muerte. En ese momento, Castaño y otro grupo se invisten de ángeles justicieros y planean su crimen, cometido, como es bien conocido, en el interior de un avión en vuelo. En el capítulo II cuenta de forma escalofriante los pormenores de la preparación y la forma en que se llevó a cabo.

"Mataron a quien iba a salvar a este país; se morirán los candidatos de la hijoeputa oligarquía", dice Castaño que fue el comentario rabioso de Escobar al conocer la noticia.

La vida y muerte, que algunos cuestionan, de Fidel Castaño, acaecida el 6 de enero de 1994, contada con bastante detalle, ayuda a comprender mejor a su hermano y la doble moral que practica. A Fidel le disculpa sus nexos con el narcotráfico, sus arrebatos criminales, su obsesión por convertirse en millonario, su participación en la venta de arte a los mafiosos, incluso sus fraudes. Pero hay que reconocerle la franqueza con la que habla del mayor de los Castaño, el hombre más importante en su vida. "Fidel fue un gran hombre, un muy buen hermano, antisubversivo hasta los tuétanos, pero no tenía todos los escrúpulos".

Fidel muere, según relata el comandante de las AUC, por un error en una escaramuza, de un disparo en el corazón. Lo enterraron en algún lugar del Nudo del Paramillo.

Pero el origen de todo, lo que le llevaría tiempo después, a los 29 años de edad, a asumir el control de las AUC, fue el secuestro y posterior asesinato de su padre. "Yo puedo perdonar todo lo que ha pasado en estos veinte años de guerra, pero la muerte de mi padre, no".

Tal vez todo lo referido a ese crimen y a la venganza que emprenden los dos hijos, es uno de los episodios que dejan más perplejo al lector. Habría que preguntarle a Castaño cuántos padres no han perdido sus vidas porque Fidel y él decidieron tomarse la justicia por su mano ante la falta de acción, habitual por otra parte, de los Tribunales y de los cuerpos de seguridad estatales. Cuántos hijos esperan de Castaño una explicación, cuántas lágrimas no ha hecho derramar inútilmente. Pero aún hay algo que llama más la atención. "Ese capítulo de mi vida aún no se ha cerrado si no me devuelven el cadáver de mi padre".

¿Sabe el comandante de las AUC las miles de familias que aguardan a que sus hombres les devuelvan los cadáveres de sus seres queridos que ellos masacraron? ¿Acaso ignora lo que su gente llama el cajón largo? En fin, supongo que esto mismo se preguntarán indignados las víctimas de su particular justicia.

"Durante el primer año fuimos una organización de espíritu exclusivamente vengativo, y cuando ya habíamos ejecutado a la mayor parte de los asesinos de mi padre, comenzamos a ser justicieros... Éramos unos pistoleros vengadores con una causa por la justicia. Así de sencillo."

Con sólo dieciséis años Castaño ejecuta a su primer guerrillero de civil, el hermano de uno de los que mataron a su padre. "Recuerdo, como si fuera hoy, lo que le grité: No creas que me vas a matar a traición y amarrado, como a mi padre, hijopeputa... Ahí le metí tres tiros más en la cabeza".

Como es habitual en la historia de este país, más de uno aprovechó la creación del grupo vengativo para que les hicieran el trabajo sucio; como en una ocasión me confesó Castaño, ellos fueron los tontos útiles del régimen. Y, por supuesto, nadie puede negar la connivencia de las Fuerzas Armadas en la gestación y posterior desarrollo de las AUC.

"Muchas veces se nos acercó un policía o un cabo para decirme: Caritos, ve ese hombre en la esquina del cementerio, es un guerrillero; no hay ninguna prueba contra él, ustedes verán qué hacen... Se coordinó la acción... y al salir el subversivo, lo ejecutaron".

En otros apartados queda demostrada esa colaboración, nada sorprendente por otro lado, ya sea dejándole seguir tras ser reconocido en un retén, o mirando hacia otro lado cuando su banda armada realiza una incursión.

Aún así, Fidel Castaño sugirió en su día una separación de las AUC y las Fuerzas Armadas. "Hermano, esto no es por donde lo estamos haciendo, al lado del Ejército no vamos a llegar a ninguna parte, más adelante nos van a matar, aquí vamos a pelear a nuestra manera. Esto es guerra de tierra arrasada". En la actualidad, debido al esfuerzo conjunto de Gobierno y cúpula militar, poco reconocido en el exterior, la división es mayor pero aún no es total.

Sobre la creación de las AUC, Castaño indica que uno de los pilares fue el mayor Alejandro Alvarez Henao, del Batallón Bomboná, de Puerto Berrio, quien "tenía muy claro que había que combatir a la guerrilla con sus mismos métodos irregulares". Tanto el citado militar como "Caruso", papá de otro uniformado, y Fidel Castaño, "fueron los padres de la Autodefensa paramilitar en Colombia. Al mayor Alvarez la institución le importaba un carajo, y decía: "Muerte a la guerrilla".

Más tarde crecieron hasta llegar a constituir el ejército federado actual de 13.000 hombres, incluido en la lista de organizaciones terroristas elaborada por el Departamento de Estado de Estados Unidos. Entre sus comandantes y patrulleros, Castaño reconoce que hay menos idealistas de los que él quisiera y que la guerra y el caos general del país es un gran negocio para muchos de ellos, como lo fue para su hermano.

"A mí me pueden pintar como Satanás ante el mundo, pero la pregunta que tarde o temprano tendrán que poner en la balanza es: ¿Qué genera lo que ha liderado Castaño?, eso es lo importante. Sólo me consulta que yo no empecé esta guerra, y las Autodefensas somos hijas legítimas de las guerrillas en Colombia".

Castaño desvela la participación de civiles supuestamente respetables, que fueron en algunos momentos el cerebro gris de su organización armada, el dedo que señalaba los objetivos a eliminar. Habla del Grupo de los 6 que habrían ordenado el asesinato de Bernardo Jaramillo al que Castaño asegura que se opuso, si bien gentes cercanas a su grupo lo ejecutaron.

En cuanto al exterminio de la Unión Patriótica, se atribuye 50 crímenes de los centenares que se produjeron y el resto se los achaca a Rodríguez Gacha, "el Mejicano". Y justifica los suyos por tratarse de verdaderos guerrilleros. Si bien más de uno discutirá la cifra, como si no fuese suficientemente aterradora, su confesión podría colocarle ante una Corte Penal Internacional, el anhelo de muchas de sus víctimas y de los que rechazamos de plano todos sus crímenes. Sin embargo, no creo que llegue nunca ese momento. Esas fuerzas oscuras de las que tanto se habla en este país acabarán antes con su vida, cuando sientan que no lo necesitan más.

Dentro de las AUC Castaño admite que hay 300 ex militares y 600 ex guerrilleros tanto del EPL, como de las Farc y del ELN. La incorporación de los antiguos rebeldes a las filas de sus verdugos, es una de las razones que explican la falta de lógica de una guerra que Castaño reconoce que sólo sobrevive por los ingresos del narcotráfico y los intereses particulares de diversos colectivos.

En el capítulo dedicado a las conversaciones secretas entre Castaño y sus representantes con el gobierno de Andrés Bustrana, lo más revelador es la falta de visión que tiene la presente administración sobre el proceso de paz, su desconocimiento absoluto del personaje tanto como de la realidad social del Sur de Bolívar. No creo que ningún lector levante las cejas de asombro por la improvisación que reflejan las negociaciones y tal vez por ello resultan tan creíbles. Incluso la entrada en acción de paracaidistas como Abel Matutes, ex comisario europeo y ex ministro de Exteriores español, así como del ex presidente Felipe González, ambos desconocedores del terreno que tendrían que pisar, dan credibilidad a la versión presentada de los hechos.

El libro también hace revelaciones sorprendentes sobre los Pepes, la colaboración de Castaño con el DAS en la captura de Pablo Escobar y en la desactivación de varios carros-bomba, La Terraza, la guerra en Urabá, la lucha urbana contra la guerrilla, la confrontación armada con el ELN, el entrenamiento militar de Castaño en Israel, la nueva estructura de las AUC, Salvatore Mancuso, su probable sucesor, su matrimonio con la hija de 18 años de un ganadero, sus asesores políticos, su relación con los carteles de la droga...

En resumen, es un libro que generará polémica. Será debatida la conveniencia misma de su existencia, la imparcialidad del periodista,

de la que yo no dudo en absoluto; la sinceridad del personaje asumiendo crímenes terribles, algo que nadie antes había hecho. También se discutirá la necesidad de que aparezcan documentos periodísticos con verdades parciales sobre los que se pueda más adelante investigar y, por encima de todo, la veracidad de los hechos que en él se relatan.

El texto, por otra parte, ayuda a predecir unos próximos meses caracterizados por un recrudescimiento del conflicto armado que asolará más, si cabe, al país.

En todo caso, para construir algún futuro en Colombia habrá que conocer bien el pasado y las causas que han conducido a la tragedia actual. Pienso que esta "Confesión", para bien o para mal, contribuyen de alguna manera a ese propósito. Al menos, servirán para que los gobiernos ineptos no sigan dando palos de ciego en la lucha contra los grupos armados, y para que quienes defienden y apoyan a alguna de las dos trincheras, reflexionen sobre la espiral de destrucción y muerte que su frivolidad, irresponsabilidad y falta de escrúpulos ha causado.

De esta guerra sucia, injustificable, son responsables muchos más colombianos que los 25.000 combatientes ilegales que la libran. Carlos Castaño puede ser Satanás, pero con otro Estado y otros dirigentes, con una sociedad justa de sólidos valores, sin una guerrilla que hace años dejó de ser revolucionaria, y sin una legión de verdugos a la sombra peores que él, jamás hubiera llegado a formar las AUC con la fuerza y el poder que tienen en la actualidad.

LA EXHUMACIÓN

Sólo cinco personas habían visto el cadáver y conservar en secreto su muerte era la mejor estrategia de guerra. Carlos Castaño sabía que el misterio convierte a los guerreros en mitos que se alimentan de la incredulidad de los hombres. Así, durante tiempos impredecibles, prolongan sus vidas después de la muerte. Tal sería el destino de su hermano, cuando lo alcanzó un disparo de fusil, destrozándole el corazón, el seis de enero de 1994. Cuatro meses más tarde, Carlos Castaño conducía su campero Hammer hacia "el parchecito" un lugar en la orilla del río Sinú, predios de la finca las Tangas donde estaba la tumba de su hermano del alma y de sangre, Fidel Castaño. El secreto de su muerte continuaba oculto y a pesar de los rumores, para la tropa, el país y sus enemigos, el hombre al que apodaban "Rambo" seguía vivo, y nadie se atrevía a asegurar lo contrario, así no lo hubieran vuelto a ver.

Aquella noche en Córdoba, el verano había pasado y una lluvia bíblica arreciaba. El cauce sinuoso del río y la fuerza muda de su corriente, delataban sus deseos de llevarse el cadáver, al anegar poco a poco el claro de tierra donde sin cruz, yacía sepultado.

En cuestión de horas el ataúd lo arrastraría el caudal color ocre. Castaño hubiera preferido no moverlo pero, ante el poder del río Sinú, lo menos doloroso era sacarlo y trasladarlo a su nueva morada una reserva forestal llena de robles, tecas, laureles y ceibas. Sin embargo el feretro de madera verde de campano se había aferrado al terreno como la raíz del árbol que algún día fue, de diez metros de altura, un tronco de tres abarcaduras y ramas que daban sombra a cincuenta novillos. Con el torrencial, la tumba se convirtió en un terreno fan-goso, rodeado por pequeños árboles de fino bambú que se balanceaban con las ráfagas de una brisa tibia y húmeda. La tierra era una tram-

pa y no había poder humano que lograra sacar del hueco el féretro improvisado el día de su muerte. Carlos Castaño no tuvo otra opción que exhumar los restos de su hermano, Fidel.

Acompañado de dos primos, y sin mediar palabra, empuñó una pala y comenzó a cavar sobre la tumba de su hermano. El eco largo de los truenos producía un estruendo aterrador. Los relámpagos aparecían incandescentes entre las nubes de la tormenta eléctrica y sobre el rostro del primo Panina que iluminado contemplaba enmudecido la escena. H2, el primo que había sido escolta personal de Fidel, ayudaba ahora a su nuevo comandante. Con un recaton marcó el rectángulo donde yacía el cadáver. Durante una hora lograron sacar cincuenta centímetros de tierra. Luego el agua comenzó a colarse. Carlos Castaño ya no veía sus botas entre el charco y era imposible cavar más, pues el agua se tragaba la herramienta y la bombilla de tres voltios que los iluminaba, se volvió a fundir. Entonces gritó con rabia:

—*H2!, vaya a la finca Jaraguá y traiga una motobomba. Si no sacamos esta agua ya, nunca llegaremos al cajón.*

Panina, alto y de textura musculosa, continuaba ahí parado sin hablar, apoyando sobre la pala sus dos manos, sin mover un dedo hasta el momento. Sólo después de transcurrir media hora, pronunció palabra:

—Con esta totuma se puede ir sacando agua, mientras tanto.

Sin mirar a Panina, Carlos Castaño estiró su mano, agarró la vasija y comenzó a sacar agua la que arrojaba al lado de la fosa mientras por su mente sólo se cruzaban pensamientos improductivos. “¿Cómo queda uno? ¿Qué es la vida?”, se preguntaba. “Uno no es nada”, concluía, lleno de tristeza. Carlos Castaño había renegado de Dios una o dos veces en su vida, pero en ese momento de desesperanza, viviendo su tragedia inmerso en el pantano que le subía casi hasta la cintura, no lo hizo. Ese día ni rezó. Al limpiarse el rostro salpicado de tierra y agua, dio un paso y se resbaló, luego pisó firme y sintió el fétetro. Tocó con las botas el cajón donde yacía Fidel.

—*¡Aquí está!* —dijo con un golpe de voz fuerte que al repetirlo fue perdiendo intensidad—. *Aquí está, aquí está...*

El pánico le heló la sangre. Sintió miedo; tanto que quiso abandonar la fosa pero estaba inmóvil. Por fin, Panina cortó el autismo para ayudar:

—¡Llegó H2 con la motobomba! ¡Acá, primo. Colóquela acá!

—La prendo de una vez?, preguntó.

—¡Dele, dele. Meta la manguera!

El nivel del agua en la tumba descendió rápidamente. Carlos Castaño ya movía mejor la pala e invitó a los demás.

—*¡Vengan. Saquemos la tierra que queda!*

En minutos, el sepulcro quedó casi seco y se alcanzaba a ver el rectángulo de madera donde permanecía Fidel. La idea era cavar en las esquinas del cajón, para introducir un lazo que lo rodeara, y comenzar a levantarlo. Castaño abrió el espacio y con su mano introdujo la sogá, pero tropezó y cayó acostado sobre el féretro, cansado de cavar por más de dos horas. Respiró profundo y lo invadió el olor a muerto. El agua tenía unas vetas viscosas de color blanco, ya aparecía descompuesta. Carlos Castaño no aguantó las náuseas y vomitó por el olor, el dolor y la impotencia. Panina lo sacó de la fosa, y al lado de la tumba siguió trasbocando en medio de la lluvia, acompañado por unas palmaditas en la espalda que su primo le dio como consuelo:

—Tranquilo, pelao. Tranquilo.

H2 y Panina intentaron, durante horas, sacar el cajón, pero las tablas de madera verde del féretro se hacían más pesadas con el agua. El espesor de cada una era de cuatro centímetros. La motobomba falló y la tumba se inundó otra vez. Trajeron una nueva máquina con la que se extrajo el agua.

—*No queda otra opción que exhumar el cadáver*, —dijo Castaño—. *Panina, abramos el cajón con los martillos. H2, vuelva a Jaraguá y tráigase otro ataúd sin tapa y con bastantes hojas de bijao de las grandes. Hay que taparlo.*

Entre tanto, se dedicaban a zafar puntillas de cuatro pulgadas con la punta trasera del martillo. Descansaban y empujaban la tapa del cajón hacia arriba con un azadón, para romper las bisagras y poco a poco se fue abriendo.

Ahí estaba. Mientras llegaba el nuevo cajón, Carlos Castaño se sentó a mirarlo. Fidel tenía un poncho blanco sobre su rostro. Sus restos conservaban parte de la piel, y de manera extraña, la ropa se encontraba casi intacta. Aún se distinguía perfectamente el color blanco del pantalón y el verde oscuro de la camiseta que vestía el día que murió. Un solo tiro de fusil M-16 calibre 5.56 le quitó la vida. Le llegó por sorpresa y directo al corazón.

Carlos Castaño fue el primero en atreverse a tocar los restos. Al retirarle el poncho vio el cráneo como el resto del cuerpo: mitad piel, mitad huesos. Miró a sus primos y dijo:

—*Muchachos, yo coio la cabeza, ustedes el tronco y las piernas. ¿Listos?* —preguntó y sólo H2 contestó.

—Listos, comandante Castaño.

Por un instante, que pareció eterno tal vez treinta segundos, un minuto o dos reinó el silencio. Sólo se oía caer la lluvia. Sin musitar palabras, se miraron y procedieron a levantarlo pero un fémur se resbaló de las manos de H2. Luego se partió lo que quedaba del cuerpo, y Carlos Castaño se quedó sujetando, en el aire, la cabeza y el tronco de su hermano. Imposible seguir.

Lo dejó como estaba y salió de la tumba para observar, estático, cómo sus primos trasladaban la osamenta de Fidel al nuevo cajón. Lo colocaron como colchón y tapa, las hojas de bijao verdes, anchas y largas. Entre los tres alzaron los restos de Fidel con destino a las montañas del Nudo del Paramillo.

Abrieron paso entre la maleza iluminada por las luces del campero Hammer que los esperaba. Avanzaron caminando con el fétetro hasta el platón del vehículo, lo subieron y después de asegurarlo, Panina tomó las llaves para conducir. Carlos Castaño, que siempre maneja, no quería ni siquiera encender el carro. Su mente divagó durante una hora por las interminables carreteras privadas y sin asfaltar por donde apenas cabía el campero. La marcha fúnebre de Fidel Castaño se pasó solitaria, sin flores, por fincas propias y ajenas que se consideraban sus dominios. A Fidel lo enterraron por segunda vez, a las cuatro de la mañana, en una pequeña montaña, en la mitad de un rectángulo de hierro por si algún día Carlos Castaño falta, su familia logre encontrar los restos con un detector de metales. Le fabricaron por primera vez una cruz de madera y regresaron a casa.

Allí quedó el fundador de las Autodefensas de Córdoba y Urabá, una organización que comenzó con seis hermanos y tres primos. Bajo el mando de Fidel, llegó a tener trecientos hombres armados y desde que su hermano Carlos Castaño la comandó se convirtió en un ejército irregular de trece mil combatientes. Ahora son las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC, un curioso grupo político-militar de resistencia civil armada antiguerrillera. Comenzaron siendo una

familia de vengadores, luego unos clásicos Paramilitares y ahora un grupo paraestatal autónomo, con una ideología inspirada en el concepto de autodefensa del pueblo israelí. Lo que Castaño llama: “*El primer ejército contraguerrillero del mundo*”. Si se retomara el concepto que el idioma es vivo y no rígido. Hoy las AUC se alejan de la definición tradicional de “Paramilitares” y se les podría llamar “guerrilla de derecha” en formación. Se enfrentan a una guerrilla marxista-leninista, además sirven y defienden gran parte de los intereses del Estado. Pero de vez en cuando se muestran en contra de los militares y el gobierno de turno, que sólo los persigue cuando les conviene por una razón muy simple; tienen un enemigo común la guerrilla de las FARC y el ELN.

LA MUERTE DE FIDEL CASTAÑO

El techo que forman los arboles altos y delgados de la selva, escondía el camino y la escuela de comandantes, una pequeña ciudad de madera que dejamos en medio de la maraña. Allí se efectuó mi primer encuentro con Carlos Castaño Gil. Lo seguí por un largo y estrecho sendero de terrón macizo que era una empinada escalera natural de tres kilómetros. Pequeños trozos de guadua incrustados servían de escalones: una deslumbrante obra de ingeniería de guerra.

Ascendíamos a paso militar, apenas lograba mirarlo, pues mis ojos se concentraban en el camino. Mi estado físico no era el mejor y me esforzaba para no perder el ritmo. En mi mente se agitaban con insistencia los detalles de la exhumación de su hermano. La espeluznante historia que me acababa de relatar en la pequeña choza de madera donde nos conocimos, la estimaba aún incompleta. No existía duda de que Fidel Castaño había muerto. ¿Pero quién lo mató? ¿Quién disparó el M-16? ¿Murió realmente en una selva del Darién, frontera con Panamá, a manos de la guerrilla? ¿Por cuánto tiempo lo mantuvieron vivo? ¿Fue una traición, acaso?

Las preguntas invadían mis ideas hasta cuando recordé la primera y única entrevista que se conoció de Fidel Castaño. El titular en la portada de la revista *Semana* del 31 de mayo de 1994 rezaba: “Habla Fidel Castaño”. Pero la noticia se publicó fue en mayo. Entonces me detuve. En ese instante, con cinco horas de conocidos con Castaño,

todavía vivía la confusión de cómo dirigirme a él: Carlos, comandante, señor Castaño, en fin. Opté por llamarlo como se me ocurriera:

—¡Comandante Castaño!

Castaño paró y todos descansamos del paso infernal. Se puso las manos en la charretera. Una de ellas se apoyaba en la pistola Pietro Vereta 9 milímetros que nunca lo desamparaba. Lucía un camuflado y el tradicional sombrero con un ala pegada y la otra proyectándole sombra. Me contestó:

—*Dígame.*

Me acerqué un poco más. Fue de la única forma como lo pude alcanzar. Mi frente ya sudaba y también la de los cinco escoltas que cargaban sus fusiles, dos ametralladoras M-60 y parte de nuestros morrales.

—Si su hermano Fidel murió el seis de enero de 1994, cómo dio la entrevista en mayo del mismo año, la única que se conoció?

De inmediato contestó:

—*Ay hombre. Esa es una buena anécdota para contar.*

Comenzó a mover rápidamente las pupilas de sus pequeños ojos negros, como lo hace cada vez que su mente se transporta a los recuerdos. De pronto se detuvo y comenzó a hablar:

—*La primera entrevista, que aparece dada por mi hermano, la contesté yo. Fidel ya estaba muerto. La di cinco meses después. Yo quería mantener vivo a Fidel y no quise contar que había fallecido porque icanmbal se me crece el enemigo y yo quedaría más desamparado que nunca. Jorge Lesmes, subdirector de la revista, viajó hasta un pequeño campamento en un cerro cercano a San Pedro de Urabá. Yo le dilaté, por el camino, la entrevista diciéndole: "Fidel no alcanzó a cumplirte la cita".*

Al no llegar mi hermano, días después mandaron con su abogado Gabriel Burgos un cuestionario que yo respondí. Recuerdo que doña Margarita, la esposa de Fidel, al leer la publicación me dijo: "Carlitos, Fidel no hablaba así".

De pronto, Castaño se quedó callado, mirándome. A esos silencios me acostumbraría con el transcurrir de los días. "Quién podía encontrar la diferencia —le dije—, si era la primera vez que Fidel hablaba desde la clandestinidad. Sólo los que lo conocieron podrían distinguir el lenguaje y la verdad, fueron muy pocos".

Carlos Castaño siempre permaneció como el segundo de Fidel, pero un segundo que compartiría decisiones, la mano derecha que interpretaba tan bien su pensamiento que muchas veces una orden dada por Carlos Castaño no se dudaba que proviniera de Fidel. Así, con la ausencia de su hermano, cogobernaba. Eran aliados inseparables.

Mi horizonte no cambiaba. La pendiente continuaba allí; parecía interminable. "Si en el descenso me cansé, qué sería de mí al llegar a la carretera" —pensé— pero al tercer paso recordé que no se conocía esposa o hijos de Fidel Castaño. Entonces se lo pregunté, a lo que contestó corto y sin mirarme:

—*Doña Margarita está totalmente apartada de la familia Castaño. Ejerce su profesión de abogada. Nunca tuvieron hijos porque Fidel siempre dijo que "los hombres de guerra no pueden tener hijos. Son su gran debilidad".*

—¿Cómo falleció su hermano?

—*Él murió a los 45 años y de la manera mas penosa. Esa mañana viajé de Montería a Medellín en un avión privado. Antes de partir, me despedí y noté que transmitía angustia.*

A la vista no existía un por qué. Horas más tarde, llegué a mi oficina y me enteré por radioteléfono de que la guerrilla había puesto un retén en un lugar inusual, a la salida de San Pedro de Urabá, en la vía que conduce a la vereda Santa Catalina. Desde allí reportaban que los guerrilleros habían quemado un carro. Los hombres que acompañaban a Fidel cuentan que mi hermano se encolerizó como si un subalterno le hubiera alzado la voz. "¿Qué pasa? —dijo— ¡Es que estos simvergüenzas no me respetan o no saben con quién se están metiendo?" El creía que eran guerrilleros de las FARC. Pero no, era una escuadra del EPL, un grupo que ya casi tenemos derrotado. Fidel decidió enfrentarlos y salirlos al paso más adelante. Como a media hora de camino se encontraron. Los subversivos no eran mas de diez hombres, y a mi hermano lo acompañaban sólo cinco muchachos: Marton, el Amigo, Móvil 5, Móvil 8 y un patrullero más. De los guerrilleros, solo los separaba una zona cerrada, un monte tupido y lleno de rastrojos. A treinta metros de distancia, se inició el primer contacto, un corto enfrentamiento, tiritó va y tiritó viene, hasta concretar las maniobras necesarias para acomodarse y seguir disparando. De repente, cerca a una maleza alta, le llegó el disparo certero, un solo tiro y justo en el corazón. Estaba de pie y

apenas se logró mirar el pecho, y mientras caía le alcanzó a decir a uno de sus escoltas: "¡Marlon, me mataron. Me mataron!"

El hombre que disparó fue el comandante Sarley del EPL.

Le seguí la pista y años más tarde pude enfrentarme a él. Pero mire cómo es la vida. Imagínese que este hombre hoy trabaja para mí. Después de abandonar el EPL, decepcionado de la lucha guerrillera, se rindió ante la Autodefensa con cien hombres más. Luego tramitó su reinserción ante el gobierno del Presidente Ernesto Samper y después de estar incorporado, de nuevo en la sociedad, volvió a tomar las armas pero, esta vez, de nuestro lado. Con el tiempo, ascendió por sus méritos y se convirtió en comandante de uno de mis frentes. Un día le dije: "Comandante Sarley, usted mató a mi hermano. ¡Vida hijueputa! Yo no tengo nada que reclamarle. A Fidel, como a seis de mis hermanos, los mató la guerra. Esa muerte yo la entiendo y la acepto pero la que no perdono es la de mi padre".

En ese momento, el comandante Sarley ya había combatido para mí contra las FARC en Caquetá y se iba a incorporar al trabajo social de la Autodefensa. Asombrado y creo que algo asustado, me dijo: "Cuando terminó ese enfrentamiento cerca a Santa Catalina, yo grité: ¡Vámonos! Esos hijueputas van rotos. Allá va uno roto. Ese día no me gasté ni los veinte tiros del proveedor".

El muerto era Fidel y la guerrilla nunca lo supo.

Yo estaba reunido con Alvaro Jiménez, un ex-guerrillero del M-19. Timbró el teléfono. Contesté y era la negrita Teresa, mi cuñada, la esposa de uno de mis hermanos que murió en la guerra. "Vea, miijo, lo llamo porque esta mañana después de que usted se fue, Jaime siguió en su campamento hasta más adelante y lo mataron".

Yo sabía lo del retén y era claro a quién se refería. Pero me rehusaba a creerlo, entonces pregunté alterado: "¿A quién?". Y ella contestó fuerte y claro; "Lo mataron". Yo me fui restando en la silla y pregunté otra vez; "¿A quién?". "A Jaime, a Jaime," me dijo. Ese era el nombre de guerra de mi hermano Fidel en la zona.

Traté de conservar la serenidad. Estaba descompuesto y hasta pálido. Mientras observaba el rostro de intriga que aparecía en Alvaro, dije: "Cójalo, llévenlo al Sinú cerca del "parchesto" y hagan lo que siempre se hace en estos casos". Me paré de un solo empujón, colgué y le dije a Alvaro: "Me tengo que ir".

Cómo me descompuse, que me apoyé en Alvaro Jiménez, que, en ese instante era un amigo circunstancial. Él no me quería, ni me quería llamarlo. Me despedí, salí hacia el aeropuerto y alquilé un avión. Durante el viaje sólo pensaba: "¿Le cuento a mi familia o lo mantengo en secreto? Contárselo es decirlo al país".

Sin la decisión tomada, me acerqué hasta la finca Jaraguay donde lo escondían. Al principio llegué a pensar en una traición, pero los hombres que lo acompañaban eran como hermanos. Decidí ocultar la muerte de Fidel, y las cinco personas presentes nos comprometimos a no contarlo a nadie y a nuestra madre menos, por Dios. Lo enterramos en el "parchito" rezamos dos Padres Nuestros, un Ave María y un Credo. Semanas después, le llevamos algunas flores y le tributamos un pequeño homenaje. Allí rezamos partes de la Biblia.

Sin aminorar el paso, de vez en cuando Carlos Castaño me miraba como si tildara con su actitud las partes más descollantes de su relato. Hacía pausas para respirar y sostener el tono de voz que, a pesar de los kilómetros recorridos, jamás cambió. Al caminar, su voz surgía un poco ronca y él sólo interrumpía para decir:

—¡Guardia, una botellita de agua, por favor!

Le llegaba a sus manos, tomaba lo suficiente para mojar la garganta y continuar.

Fidel había muerto de una forma muy pendeja, en eso coincidía con Carlos Castaño. Caer en un leve intercambio de disparos a manos de unos guerrilleros que regresaban al monte después de realizar un retén, se salía de lógica. La historia simple y difícil de creer contrastaba con la experimentada vida militar de uno de los hombres más buscados del país por el gobierno y la guerrilla, y perseguido a muerte por Pablo Escobar tras atreverse a enfrentarlo después de ser su amigo.

Fidel, el creador de las Autodefensas, moría en el anonimato. Así es la guerra. Ocurren sucesos inesperados.

Al arribar al borde de una vía sin asfalto, dos camionetas nos aguardaban. A los cinco hombres de la escolta se unieron otros ocho; dos se quedaron con nosotros y los otros once se acomodaron en una camioneta Toyota sin techo, con sus fusiles afuera de las estacas, en un corral armado de tablas de madera. Al Toyoya Rodeo blanco, de cuatro puertas, último modelo y embarrado, ingresé.

—Vámonos periodista. Usted se va conmigo aquí adelante.

En el esfuerzo por subirme, no alcancé a preguntar nada. Carlos Castaño tomó otra vez la palabra, y pensando en que habría tiempo para las preguntas, me dediqué a escucharlo:

—*Contrario a lo que piensa mi familia, hoy en día creo que ocultar la muerte de mi hermano fue lo más conveniente. Un sepelio solemne no lo soportaría la organización.*

Nos desplazábamos por aquella angosta carretera, en el filo de una serie de montañas donde se divisaba el oriente y occidente de Antioquia. Le pregunté:

—¿La muerte de Fidel lo cambió a usted radicalmente?

Revivió uno de sus silencios, trajo los momentos de su vida con las pupilas de los ojos y contestó vehementemente:

—*Fue el único momento en que pensé renunciar a la causa antisubversiva en dejarlo todo, irme del país o entregarme a las autoridades. ¡Así, de sencillo! No sé qué me sucedía. Tal vez me sentía solo y confundido. Se había muerto mi hermano, mi padrino, el inspirador y el ser querido, mi cómplice. Yo busqué un consejo en ese instante pero no lo encontré y eso que visité la Casa de Cristo.*

—¿Cómo así que la Casa de Cristo?—le pregunté.

—*Dos días después de la muerte de mi hermano, como católico que soy, me fui a buscar a Monseñor Isaías Duarte Canino, obispo de Apartadó. Le pedí un cila porque él era para mí lo más cercano a Dios. En ese momento se encontraba en Medellín en la Casa de Cristo, la sede del clero en la ciudad. Recuerdo que lo encontré en una sala grande y semioscura con el padre Leonidas Moreno.*

Yo buscaba un aliento moral y espiritual. En esos momentos es cuando nuestros pastores deben estar presos a darnos ayuda, un consejo. Al entrar, saludé y me acerqué a Monseñor con quien habíamos hablado ya, en tres ocasiones, de la problemática de la región del Urabá, que vivía la peor de las guerras. Constrornado le dije: "Monseñor, mataron a Fidel y no sé qué voy a hacer. ¿Usted me ayudaría a darle cristiana sepultura?".

Monseñor Isaías se quedó callado, miró al padre Leonidas y sin moverse, dijo pausadamente: "Sí... Esa es la misión de la Iglesia". Los sacerdotes se miraron igual a como lo hacen dos hombres que van a ofrecerle una mala propuesta a un tercero en un negocio. Ahí, yerno vi a nadie cercano a Dios. Intentaron seguir con los temas pero yo rompí la reunión con discreción, y salí. Lo hice con rabia y de verdad derrotado. Pensé que

rezaríamos un Padre Nuestro o un Credo, que me iban a hablar o a decir algo. Yo aguantándome ese tamazo, y Monseñor no me creyó.

Salí de la Casa de Cristo y no me detuve ante el Mercedes 280 Sel blindado verde militar en el que siempre me movilizaba. Seguí caminando por la acera más de una cuadra hasta llegar a la avenida La Playa, en Medellín y miré el vestido y la corbata azul oscuros, como preguntándome: "¿Yo qué hago aquí?".

Tenía el mundo a mi espalda y se me ocurrió ir donde doña Rosa, mi madre. ¿Pero a qué? me preguntaba. En aquel momento quise sometirme a la justicia. No por justicia, sino por buscar protección. Yo pensé que los curas me aconsejarían algo, pero nada. "Ya se murió Fidel ¿para qué vamos a seguir en esto?" pensé. Buscar una salida digna para mí era una opción, pues tenía mucho miedo de enfrentar esta guerra solo.

—¿Y de ahí en adelante qué pasó?—le pregunté, asombrado.

—No me quedó otra opción que asumir el mando y aquí estoy.

Carlos Castaño se convirtió en la cabeza de las Autodefensas a los 29 años de edad, pero a pesar del respeto que infundaba ser el hermano de Fidel y llevar el apellido Castaño, un comandante no se hacía con una herencia, así hubiera ayudado a edificarla. Debía demostrar que podía ser el líder de una organización que contaba con trecientos hombres y vigilaba más de veinte mil kilómetros de tierra del acccho de la guerrilla.

—La mayoría de los comandantes pensaba que la persona para asumir el mando era yo. Cuando les confirmamos la muerte de Fidel e hicimos la pregunta "¿Quién asumirá?" Todos me miraron. En ese momento heredé la causa, pero aún me faltaba demostrar que era el sucesor digno de Fidel. De esto me convencí cuando quise asegurar mi guardia pretoriana. Le comenté a los escoltas más cercanos a Fidel que el patrón, como le decían, estaba muerto. Les pregunté, después, al Pastuso y a Javier que si ellos me serían leales si yo asumía el mando. La respuesta fue elocuente: un silencio absoluto. Entendí qué no sólo era suficiente con llevar el apellido Castaño, tenía que demostrar mi condición de comandante.

Dos meses después, en una incursión guerrillera de las FARC en San Pedro de Urabá, llegó para Carlos Castaño la oportunidad de ratificarse como el nuevo líder de las Autodefensas. Los demás comandantes de la Autodefensa calificaron de suicida, la defensa del pueblo aquella noche.

—¿Cómo fue ese combate? ¿Fue determinante en su vida?

—*Toda la región se enteró de que yo salí herido. Esto circunstancialmente me posicionó. "¡Hay comandante!" Decían. Se ganó confianza en la región; en la tropa, respeto, tranquilidad y hasta admiración. Percibieron que estaban bien representados.*

Castaño hizo una pausa. Supuse que continuaría con la historia del combate de San Pedro de Urabá, pero permaneció silencioso. Por curiosidad indagé cómo hacía para estar tan tranquilo a sólo tres horas de Medellín.

—*Si se presenta algún operativo con tropas del Ejército helicoportadas, logramos divisiarlos veinte minutos antes. Tiempo suficiente para coger el monte donde no nos rastreara nadie. Es muy difícil que después de estar empuñados alguien nos descubra. Además, siempre tengo anillos de seguridad de mínimo doscientos hombres. Así el Ejército nos persiga por deber, nosotros no los atacamos. Tenemos claro que nuestro enemigo es la guerrilla. Aunque ahora han cambiado un poco las cosas. Hace un año estamos entrenando a nuestros patrulleros para defenderse del Ejército con fuego cuando se encuentren en riesgo de muerte.*

—Y ahora para dónde vamos? —le pregunté.

—*Ah, vamos para una casita donde dormiremos esta noche. No es nada lujosa, pero tiene sus comodidades. Ya estamos muy cerca, y allí conocerá a mi futura esposa.*

—Y cuándo es el matrimonio? —

—*El 15 de mayo; el mismo día de mi cumpleaños número 36.*

Mientras contemplaba el paisaje, imaginaba a la mujer de Castaño. Su descripción le apasionaría a todas las mujeres que conozco y a las que conocen a Castaño. "¿Y cómo es la vieja?", sería lo primero que me preguntarían.

Desde el interior de la cómoda Toyota se veían al pasar, varias casas humildes y algún niño de diez años con su madre cargando otro menor. No sonreían pero tampoco se les veía una actitud de reclamo ni de tristeza. Se quedaban inmóviles observando la caravana de camionetas y hombres con fusil. "A ellos sí les pasa la guerra por el frente de su casa," pensé.

—¿Le gusta la música?

—Claro, comandante, de toda, —contesté.
Entonces prendió el radio, y me dijo:

—A mí me encantan Gian Franco Pagliaro y Serrat. Bueno, y la musiquita vieja, también. Yo soy antioqueño y como buen montañero, me gusta lo del pueblo. H2, mi primo, toca muy bien la guitarra y de vez en cuando nos pegamos nuestras cantaditas pero, a decir verdad, soy mejor recitando poesía. ¡La de Benedetti es bella!

—Y de vez en cuando me tomo mis whiskeys. Una de las preguntas que yo le hago a cualquier persona que recibo en la Autodefensa es si le gusta la música, porque un hombre al que no, es muy sospechoso; no es normal. En cambio, uno puede confiar en él que sí la aprecia.

—¿Qué más preguntas les hace a los que ingresan?

—*Cuando son exguerrilleros o exmilitares, que por estos días están entrando muchos, les pregunto lo básico: ¿Qué rango tenían? ¿En qué batallón o frente guerrillero se encontraban? ¿Por qué dejaron las filas? Si es por mal comportamiento, no los recibo. Si fue por mala paga, les digo que mejor hubieran ingresado a la policía. Además, indago si cuentan con una familia. Eso es clave para mí: un hombre con mamá, hermanos, mujer o hijos es más confiable.*

—¿Cuántos cree usted que se han cambiado de bando?

—*Cambiado de bando no. Cuántos han enderezado su camino, querrá decir. En la Autodefensa hay seiscientos exguerrilleros y unos treientos exmilitares. Eso sin contar los reservistas del Ejército que ingresan unos ciento cincuenta al mes. En esta guerra sobran los hombres y hasta mujeres que quieren coger un fusil. Me he visto obligado a rechazar solitudes.*

De pronto nos detuvimos ante una entrada angosta. El carro se inclinó hacia atrás para subir una pequeña pendiente y arriamos a una típica casa campesina, de una sola planta, con tejas de barro.

Bajé mi morral y me dijo Castaño:

—*Bien pueda: Siga, deje sus cosas aquí en el comedor.*

Entré a la casa y dejé en la sencilla mesa, la cámara fotográfica y mi grabadora, el morral en el piso. La casa era más simple de lo que me imaginé. El piso, de baldosa antigua; las paredes hechas de tabloncitos, reforzados por dentro con cemento "cancel". Tenía un cuartito, dos salas contiguas, afuera una cocina, y el baño junto al lavadero de ropa. Sobresalía un moderno televisor de 18 pulgadas, y la humildad del lugar contrastaba con la antena de televisión satelital, pegada a una de las canales de agua de la casa.

—¡Bebé, sal y te presenté al escritor! —

Al instante ella salió del cuarto y al ver su rostro, me di cuenta que en realidad era una bebé, como cariñosamente le decía Castaño, aunque con cuerpo de mujer, de esos aproximados a los 90-60-90 en el reinado nacional de la belleza en Caragena. No tendría más de veinte años; dieciocho, para ser exactos. Aprecié su bella piel canela, la cintura de avispa, su estatura de uno con setenta centímetros y el largo cabello azabache, que con sus pequeños ojos negros rasgados, la hacían ver tan exótica como su nombre, Kenia.

Después de un tímido saludo, me dio la mano y regresó a la habitación. Con el transcurrir de los días, constaté que en la Autodefensa no sólo la admiraban por su belleza, sino también por los cambios que propició en la personalidad de Carlos Castaño.

—¡Guardia! Traíganos dos tintos y que vayan preparando la comida. ¿A quien le tocó hoy de ranchero? —preguntó.

—Al Pastuso —contestó uno de los hombres de la escolta.

—¡Ah, nos van a tocar esas papas duras! Ojo, me hacen quedar mal con el invitado.

Como contándome un secreto, bajó la voz.

—Aquí toca comer lo que los muchachos preparen. Cada día, los hombres de la guardia cocinan y se turnan. Se identifica como ranchero al que le toca hacer de chef.

—Comandante, si usted quiere, volvemos a lo del combate de San Pedro de Urabá.

—Como a eso de las 8 y 30 de la noche nos reportaron por radioteléfono los finqueros cercanos: "Se oyen unos disparos en las afueras del pueblo. La guerrilla se está tomando San Pedro de Urabá". No dudé en ponerle a mi primo: "Arranquemos que se lo están tomando".

Por ese municipio había cruzado dos veces en mi vida. Consideraba que era indispensable dirigírnos hacia allá pero mi primo fue tajante: "Tr es una locura". Sin decirle nada, me salté de la casa a pensar un poco y sólo necesité cinco minutos para darme cuenta de que si ninguno de nosotros iba, mañana en la región, nadie creería en la Autodefensa Civil Armada. Me imaginaba a la gente diciendo: "Matan guerrilleros de civil; también a los colaboradores, pero no se conoce antecedente de un combate".

No se me ocurrió pensar que el ataque de las FARC contara con un bloque de setecientos subversivos de cinco frentes. La guerrilla habría

exterminado a la natiente Autodefensa si no la hubiéramos enfrentado esa noche. Nosotros calculábamos un máximo de cien guerrilleros. Imagínese el desfase!

En ese momento sólo había dos alternativas: ir yo o mandar a mi gente. Si la enviaba, matarían a muchos; tal vez a todos y eso es más grave que morir yo. Vargas Vila, en el libro La república romana, decía: "Lo triste de la derrota no es padecerla sino merecerla". Por eso decidí ir e ir al frente.

Le dije a mi escolta: "Señores nos vamos. Móvil 5, usted se va adelante en la camioneta Dodge venezolana azul, de plató grande. Ahí se suben el Amigo, Maravilla y usted, Mono Guerrillo". El Mono, exguerrillero del ELN, trabajaba con nosotros hacía tiempo. A esa camioneta se montaron dos hombres más y despaché un campero blanco atrás, con el conductor y un muchacho. Buscaba disminuir las posibilidades de que me dispararan. Atrás los seguíamos con "18" en un Chevrolet Trooper. En un Susuki viajaba Jhon Jairo López, un experto en la guerrilla. Al final, el grupo lo cerraba un solo carro con el conductor.

Salimos de la finca hacia San Pedro de Urabá. Más adelante, ordené detenernos. Era mejor prevenirlos que ver llegar la muerte. Enfrentáramos una emboscada en la carretera. Sobre el capó del Trooper dibujé los posibles lugares de la emboscada. "Señores, en cada uno de estos sitios haremos exploración con fuego, especialmente en las cuencas".

—¿Sin bajarnos? —preguntó el Mono.

—Sí, desde los carros vamos barriendo con fuego durante un kilómetro. En cada sitio disparamos a lado y lado de la vía, contra el rastrojo; ratata... ratatata... ratatata. Era una carretera sin asfalto, oscura y solitaria. Por momentos, los espejos rozaban con la maleza pero seguíamos ametrallando. Llegamos a un pequeño cerro donde se divisaban las estelas que deja una trazadora. Proyectiles de ojiba fosforescente que se usan para dejar la huella de la ráfaga en la oscuridad.

Las balas, en destellos azules y a veces rojos incandescentes, se cruzaban sobre la camioneta que conducía Móvil 5 adelante.

"18, le están dando a la camioneta. Acérquese más!"

Se oían disparos cercanos como arena lanzada en una hoja de aluminio. "¡Nos están dando!" Exclamó "18". "Tiene que ser de muy cerca," pensé. Por un momento vi moverse la silueta del enemigo entre el matorral y los árboles; la luna alumbraba muy poco. Por las rastrosas altas se

iban acomodando unos hombres mientras otros comenzaban a disparar. Como una aparición fantasmal, aisé por el parabrisas, a no menos de diez metros, cómo con cautela se levantaba sobre la vía un guerrillero. Entonces le grité a "18": "¡Pare, pare, Tírese!".

“18” abrió la puerta, lo empujé fuera del carro y vi romperse el parabrisas en mil pedazos. El rafagazo del guerrillero dejó el espaldar de la silla destrozado; cuatro disparos quedaron allí incrustados. Al caer en la vía, sentí el primer disparo en mi cuerpo, se me movió el antebrazo y preferí no mirar. Las farolas del Trooper y las camionetas quedaron encendidas. Los chorros de luz provenientes de los carros abandonados iluminaban la carretera. No menos de cuarenta tiros recibió el Trooper; lo sacudían los balazos. Acostado en el suelo, tomé la subametralladora MP5 y sin pensarlo, solté una ráfaga de quince tiros alrededor.

En ese momento una granada de mano PVR-26 explotó delante del carro y cubriéndome de polvo, me quitó la visibilidad. Con la metralleta en las manos, me arrastré buscando una colina. En la cima divisé, a menos de quince metros, varios comandantes hablando tranquilamente; el sitio estaba invadido de guerrilla. Yo llevaba una camisa blanca y verde que de inmediato me arrangué con botones y todo para evitar ser detectado. Regresé por la misma ruta haciendo el menor ruido posible, hasta la carretera que alcancé a pasar, confundíendome entre los gritos y movimientos de la guerrilla, a lado y lado de la carretera. Nunca me imaginé que fueran tantos.

Al arribar al monte de la derecha, cerca de los carros, explotó, a mi lado, una granada de fragmentación, y una esquirla se me metió en el ojo derecho. Sangré a cántaros, y por un momento creí perderlo.

Al arribar al monte de la derecha, cerca de los carros, explotó, a mi lado, una granada de fragmentación, y una esquirla se me metió en el ojo derecho. Sangré a cántaros, y por un momento creí perderlo.

Al lado de la carretera donde había logrado llegar, pude apreciar un árbol y al fondo, un rastrojo. Me arrastré hasta el tronco, recosté mi espalda en él, creyendo estar a salvo, pero fui detectado. Pensé: "En diez segundos estoy muerto. Dios mío bendito, que sea lo que usted quiera". Me disparaban como lo hacen los profesionales, con tiros pausados y seguros: *tas, tas, tas*. Me hubiera tranquilizado más un rafagazo: *rata, ta, ta, ta, ta*. ¡Eso es al azar!

"Me tienen ubicado", repetía en mi mente. Miré hacia la izquierda y vi el rastrojo. Allí no parecía haber guerrilla. Uno, como campesino, sabe que si hay un potero y luego un rastrojo, después una cerca y la maleza. Alcanzaba a ver en el medio, un charco de agua o una especie de panta-

Me detuve a mirar por qué sangraba tanto. Me dolían los testículos y sospeché que era por el rayón del alambre de púas. "No debe ser mayor cosa".

Al día siguiente, me aterré al ver que era una esquila de granada que me había atravesado el pene, produciéndome una gran pérdida de sangre y una mancha en todo el pantalón. Tampoco lograba abrir el ojo. Al palparlo suavemente, mi mano se pintaba de sangre. Examinando la herida en el antebrazo, se me hundieron los cuatro dedos. Aunque unos mosquitos me molestaban, no parecía grave. La bati con fuerza y soporté el dolor con tal de sacar los bichos.

Sentí las voces de los guerrilleros más cerca. Montaron una ametralladora M-60 a no más de cinco metros y comenzaron a explorar con fuego la rastroya donde me escondía. Se escuchaban tan fuertes los disparos, que dije: "No tienen ni idea dónde estoy". Con la ametralladora no me matarían ahí, mas sí de un garrotazo. Se acrecentó mi preocupación ya que se adormecían mis pies.

"Me desmayaré si no encuentro ayuda". Moví los pies y confirmé que no tenía otra herida.

"Note usted, que yo no combatí. Sólo disparé dos ráfagas". Recordé a mis compañeros: "Seguramente los del carro de adelante fallecieron y los de atrás se salvaron".

Los guerrilleros cesaron de disparar y permanecieron tan callados como yo. Aguardaron más de una hora así, esperando que me delatara. Montaron de nuevo la M-60 y volvió a comenzar la candelá. Yo deseaba que lloviera para que soplara el viento y la maleza produjera ruido. Así lograría moverme. Pero nada, no venecía.

Había perdido la noción del tiempo. Serían la una o las dos de la mañana cuando sentí unos carros por la carretera y escuché, a lo lejos, el ruido de otros vehículos regresando a San Pedro pero no le encontraba lógica. Escuchaba voces por la mañana, aunque ignoraba si eran de la guerrilla o quizá de alguno de mis hombres. El santo y seña era decir "noche" y contestar "buena". De buena no tenía nada y no me atrevía a promunciarlo. ¿Qué tal que no fueran ellos? Me aniquilarían tan pronto me entregara. Y los míos al no identificarme también me matarían.

Al amanecer sentí un desplazamiento de tropa enorme. El suelo se movía y el sonido era impresionante. Era el grueso de guerrilla que se levantaba del monte donde yo me ocultaba. Parecía marcharse, pero dudé:

"Se retira la primera avanzada y cuando amanezca, aquí me rematarán". A las cinco de la mañana oí el traqueteo de una M-60 de tropas amigas, porque disparaban hacia la zona donde luchaba la guerrilla. Los subversivos continuaban enfrentándose entre ellos sin saberlo, pues los que estaban en la toma se enteraron que varios carros atravesaron y una escuadra de subversivos se había enfrentado a otra. Esto yo aún no lo sabía; estaba convencido de que la M-60 era del Ejército. A las seis de la mañana reinaba el silencio. Dispuesto a sobrevivir, me deslicé despacio; había entrado a la cuevita de maleza, que había sido mi trinchera nocturna. Cuando salí, reparé una cerca de alambre a un metro de distancia, me incorporé y un guero me aniquiló. Miré mis testículos, y la sangre coagulada que me brotaba por los pantalones rasgados aparecía impresionante, oscura y espesa; podía partirse en troncos.

Alancé la carretera como un guerrero derrotado y humillado, sin un zapato, ni camisa. Mi tronco desnudo dejaba ver la mancha de sangre que provenía de mi ojo hinchado. El antebrazo conservaba la herida abierta de la que aún manaban algunas gotas de sangre hasta los dedos.

Caminaba entumecido por la mitad de la vía, a pasos cortos. Parecía pálido como una pared blanca. Había perdido mucha sangre. Al fondo, alcancé a ver una hilera de soldados caminando hacia mí, encalé al borde de la carretera la ametralladora MP-5 y continué mi camino. Al encontrarme con ellos frente a frente, metros más adelante, se colocaron a lado y lado de la vía. Pienso que recorrí un kilómetro de uniformados que me observaban impávidos, percibían en mí la trágica escena final de un combate. Cuando encontré al cabo en la última fila, como siempre, le dije: "Yo sé que tengo compañeros muertos y heridos. Quisiera llevarme los". El tipo no dudó y sólo dijo: "No hay problema. Consiga un carro y entre por ellos". No sé por qué estallé en llanto como un niño. Me ahogaba en simismado. Respiré con dificultad y lloré sin consuelo ante el cabo asombrado.

Una moto me trasladó hasta el puesto de salud más cercano en la vereda Santa Catalina. Allí, sentado en la única camilla del humilde lugar donde sólo existía una inyección antitetánica para colocarme, me sentí observado, alcé la cabeza y apareció como de la nada un viejo con la piel curtida por el sol y los años. Mirándome me habló "Esta guerra nos va a matar a todos".

Ese día no estaba escrito que yo moriría; tampoco Movil 5, 18 y el Amigo, pero al Mono Guerrillo sí le había llegado la hora, como también

al Chino y a Jhon Jairo López, en cuyo honor, uno de los frentes de la Autodefensa lleva su nombre.

Regresé por los cadáveres de mis hombres y por el camino alcancé a ver tres guerrilleros muertos, toallas y hamacas ensangrentadas. Las piedras manchadas dejaban ver los ríos de sangre derramados por los cuerpos de los muertos que se llevaron. Fue una batalla campal entre hombres de las FARC, quizá por una reacción loca que yo asumí. Seguro eso los descompuso pero me pudo haber costado la vida.

Lo más lamentable fue la muerte del teniente de la policía que llamaba al campamento de ingenieros del Ejército pidiendo ayuda. Nosotros oíamos, camuino al pueblo, cómo el oficial pedía apoyo por radioteléfono y el capitán del Ejército que le contestaba: "Yo necesito órdenes del comandante y no está". Luego el policía suplicó: "¡Por favor ayúdeme! Nos están atacando fuerte". A lo último se lamentaba: "Ayúdeme, por favor. Ayúdeme". A los tres minutos falleció.

El pueblo lo salvamos nosotros y los agentes atrincherados en la estación y el campamento de la iglesia. Al retirarme recuerdo haberme apoderado del aerosol que siempre guardo en la guantera del carro. Me acerqué a otro de los vehículos que parecía un colador y escribí: "Por la defensa de la democracia". Cómo es la vida: al día siguiente, en los periódicos, se dijo que la guerrilla había pintado la frase antes de partir.

El epílogo del primer encuentro con Carlos Castaño y el final de su relato sobre el combate de San Pedro coincidieron con la llegada de la noche. En el campo la jornada comienza muy temprano y se acaba apenas oscurece. No eran aún las siete de la noche cuando la escolta del Comandante nos sirvió la comida, una sobredosis de harinas: arroz, papa, yuca, patacón y un esquelético muslo de pollo. Castaño sólo dijo:

—*Mañana almorzaremos un delicioso pollo, mucho mejor que éste; de aquellos que nos traen del pueblo.*

La comida no sabía mal, pero la sazón no era la de una madre sino la de un hombre de guerra cocinando en el monte. "¿Castaño se alimentará así todos los días?", me pregunté. Luego de varios encuentros me enteré que lo que menos le preocupa es alimentarse bien o mal. Su ansiedad y el hambre los mitiga con un cereal al desayuno y papitas fritas durante el día. En nuestra conversación de esa tarde fue habitual verlo destapar dos y hasta tres bolsitas de papas.

—Soy "meatero" a morir. En cada finca donde acostumbro a quedarme usted siempre encontrará una caja de estos paquetes; también, dentro de las mochilas, en plena selva.

Con nosotros en la mesa ya estaba su novia y futura esposa, pues el noticiero iba a comenzar. Castaño mira los noticieros sin hacer muchos comentarios, pero ese día me sorprendió su reacción al ver a en la pantalla a Granobles, un comandante guerrillero de las FARC. El subversivo le daba la mano a los primeros agentes de la policía que entregó el grupo guerrillero después de dos años de retención. Castaño dijo:

—*Qué bueno para esos muchachos. A uno sí le da cierta cosita ver a Granobles ahí, pero uno por un familiar secuestrado, entrega todo; hasta el Estado.*

Me esperaba un comentario más radical en desacuerdo con el intercambio de prisioneros entre el Gobierno y las FARC, pero era su forma de criticar al Presidente y su proceso de paz que no avanzaba hacia un cese de hostilidades. Se paró antes de los deportes e invitó a su novia:

—*Vámonos, amor, hoy ha sido un día duro. Estoy cansado y me ducharé antes de acostarme.*

Me acomodé en la sala contigua donde me habían acondicionado una colchoneta, sábanas, toalla y una cobija.

Acomodaba mi morral como almohada y Castaño pasó por el frente con una toalla verde en la cintura, un cepillo, crema dental, y dijo:

—*Periodista, mañana nos levantamos muy temprano.*

Ese día resultó tensionante de comienzo a fin. Me encontraba con uno de los hombres más buscados de Colombia, a quien había convencido, de escribir un libro sobre su vida. Acababa de caminar descalzo y en toalla hacia el baño, despojado del intimidante camuflado. Entre la oscuridad y el silencio, no podía dormir recordando sus frases sueltas. Tomé una linterna y mi libreta para anotarlas hasta que el sueño me venció.

PIZARRO TENÍA QUE MORIR

Esa noche no fue fácil dormir. Trataba de descansar pero lo que hice fue guardia con los ojos cerrados como un centinela. Por eso advertí la presencia de Castaño cuando prendió la luz del comedor para sentarse a leer. Las manecillas fosforescentes de mi reloj daban las tres de la madrugada. De inmediato enderecé el cuerpo, me senté en la colchoneta y Carlos Castaño saludó sin dejar de observar los papeles que él tenía en la mano:

—*Buenos días.*

Pensé en contestarle: "Querrá decir buenas noches, comandante; aún está oscuro". Pero preferí devolver el saludo con una fingida voz de hombre despierto:

—Muy buenas, comandante Castaño. Se levanta usted muy temprano.

—*Esta es la mejor hora para trabajar. Siempre me pongo de pie entre la una y las cuatro de la madrugada. El silencio me permite concentrarme, escribir y leer con calma. Además, aprovecho el tiempo para revisar mi correspondencia.*

Al acercarme al comedor, puse a mi alcance varios papeles:

—*Esto le puede servir. Es un e-mail de uno de nuestros amigos de la academia europea. Yo le voy pasando documentos para que conozca cada vez más la Autodefensa. "¡Guardia, unos tintos para acá, por favor!"*

Castaño atrajo mi atención al frotarse varias veces su cabeza con la palma de la mano, y como a quien una idea le inquieta me dijo en tono enfático:

—*Todo lo que se va a contar en este libro es verdad pero no diré toda la verdad. La verdad tiene una frontera, justo donde es posible hacerle daño al país.*

Este argumento ha ocultado la verdad detrás de numerosos acontecimientos. Es una vieja constante colombiana expresada por muchos de diferentes maneras. Pero en su afán de comentar su verdad, Castaño raya en la auto inculpación, algo fuera de lo común en los comandantes de los ejércitos irregulares. La historia recordará a este hombre por haber sido el primer actor del conflicto en atreverse a expresar innumerables realidades, dar la cara y asumir la responsabilidad de sus excesos y los de su tropa como un gesto autocrítico de paz. En un futuro, tales verdades podrán devolverse en su contra como innegables dagas condenatorias en algún tribunal internacional.

Esa madrugada, Castaño me invitó a trotar pero mi carencia de tenis fue la mejor disculpa para evitar desfallecer a los primeros cinco kilómetros dado a mi precario estado físico. Si las condiciones lo permiten, Castaño recorre entre diez y quince kilómetros diarios. Todos los días, Iván o alguno de sus guardias, enciende las luces de la camioneta Toyota y mientras se calienta el motor, él hace estiramiento en la oscuridad. El sol aún no se asoma y Castaño se calza unos tenis casi nuevos, medias blancas, pantaloneta y camiseta verde. A las cinco de la madrugada comienza y termina al amanecer.

La costumbre de trotar temprano viene de su hermano Fidel, que después de iniciar el trayecto por las solitarias carreteras sin asfaltar, le decía al conductor: "Pon el contador de kilómetros en cero y píame cuando marque veinte".

Durante esa hora de sudor y exigencia física, Castaño tuvo tiempo para pensar y decidirse a revelar varios misterios que ha dejado inconclusa la historia reciente del país.

Como quien guarda un secreto durante quince años y por fin siente que llegó el momento de expresarlo, entró a la casa después de trotar y apenas saludó. Se bañó rápidamente, se puso el uniforme camuflado y pidió un café. Con una actitud distinta, más resuelto y serio de lo normal, me dijo:

—Si esto que relataré es un asesinato, debo aceptarlo. ¿Pero cuántos asesinatos en bien de las naciones no cometen los estados? Tenía que hacerlo. Carlos Pizarro era el hombre de Pablo Escobar. Los narcotraficantes siempre soñaron con el poder y Pablo siempre quiso la presidencia. Ya no iba a ser presidente de Colombia pero sí iba a tener uno de él. ¡Pizarro tenía que morir!

A finales del mes de mayo de 1985, nos encontrábamos detrás de la hacienda Nápoles en un caserío cercano llamado la Estación Cocerná varias personas en una mesa; entre ellas, Pablo Escobar, Fernando Galeano, Albeiro Areiza, Guido Parra, Fidel Castaño y yo. De esa reunión existen dos testigos más, que aún viven.

Pablo citó a mucha gente ese día, y cuando él citaba, se asistía o se asista. En otra oportunidad convocó a un gobernador de Antioquia, a un alcalde y a un coronel de la Policía de Medellín. Se presentaban y punto. Así eran las cosas con Pablo Escobar en aquella época.

Carlos Pizarro, el entonces comandante del grupo guerrillero M-19, aterrizó en la Hacienda Nápoles, procedente de las montañas del Cauca. Antes de arriar el hombre grande del "M," como le decía Escobar a Pizarro, el capo nos informó sobre las razones que habían motivado la reunión. Se acercó a mi hermano Fidel y comenzó a hablar: "Plantaremos aquí una cosa seria, hombre Fidelio. Como quiera que sea, la extradición está caminando y nos están jodiendo. Vámonos a hacer una vuelta y aquí todos tenemos que colaborar. Nos encontramos en la obligación de hacer algo para salvarnos. Existen unos procesos jurídicos muy fuertes contra nosotros en el Palacio de Justicia. Es necesario borrarlos y no dejar huella de nada ante la ley. Tendrán que comenzar de cero y al obtener nosotros poder, nadie se atreverá a denunciarnos". Fidel contestó: "Listo. Yo pongo unos fusilitos para lo que se necesite". Y Escobar replicó: "Yo pongo la plata".

Así fue como se acordó en presencia mía, nada más y nada menos que la toma del Palacio de Justicia.

Carlos Pizarro llegó a la reunión acompañado de un hombre que hasta hoy es una incógnita para mí. El comandante guerrillero no llevaba su famoso sombrero blanco sino una gorra. Tras unas gafas oscuras ocultaba su mirada. Se acercó a la mesa y nos saludó con un corto gesto y una venia que reflejaba su incomodidad por nuestra presencia. Escobar lo saludó y Pizarro le manifestó al oído su interés de no hablar frente a tanta gente: "Señor —así le decía Pizarro a Pablo— preferiría tratar con usted en privado". Escobar contestó en un tono fuerte y desabrochado, más paísa que nunca: "No, hombre. No te preocupes que estos son como de la familia. No hay problema". Pizarro le insistió: "Yo sí le solicito que sea más privado". "Venga pues, sentémonos allí" le contestó Escobar mientras nos llamaba a uno por uno: "Vení, fulano, sultano,

perenejo...". Pablo no seleccionó a ninguno y nos pasamos los mismos para el otro lado.

En la reunión no se habló nada de logística o táctica. Resultó una congregación de poder donde se analizaron las consecuencias de lo que se efectuaría. Hablaba Pizarro y recuerdo que el enigmático hombre, sólo aprobaba con un corto movimiento de cabeza lo que se decía, pero al manifestarse una propuesta, intervenía como si participara de la parte operativa: "Eso tiene sus vainas con los muchachos", repitió varias veces.

El estafeta de Pizarro nos dijo a todos algo que me llamó la atención: "No todo el "M" sabe de esta operación. Eso está claro". Años más tarde, me enteré que aquello no lo conocían varios miembros del M-19, personas honestas como Navarro Wólf, Gloria Quieno y Vera Grabe. Además de muchos otros. De Oty Patiño mejor no opino ni para bien ni para mal. Esa tarde se definieron las misiones y la recompensa por la acción. Estas fueron las palabras de Pizarro: "Un millón de dólares para el M-19 por eliminar al presidente de la Corte Suprema de Justicia, Alfonso Reyes Echandía y un millón de dólares adicionales por destruir todos los archivos".

Paso a paso, el abogado Guido Parra les explicó dónde encontrar los archivos a quemar. Pizarro enfatizó en la forma de proceder a la Sala donde se mantenían los procesos de extradición contra Pablo Escobar. Recuerdo, como si fuera ayer, a otro narco que se levantó molesto diciendo: "¿Bueno, se van a tomar el Palacio o solamente la sala donde archivan los procesos del patrón?" Ahí intervino nuevamente el hombre que acompañaba a Pizarro: "No, no, no... Un momento. También es posible incinerar lo de él". Por esto recibieron trescientos mil dólares más.

Las armas que puso Fidel Castaño para la toma del Palacio, las entregué yo. Se les dieron dos metras; una M-P5, un AR-15, un M-16 y otros fusiles. Escobar puso las armas cortas, granadas y dinamita. Esta última no sé para qué. En ese momento, para Carlos Pizarro yo no era nadie. Recuerdo que le dijo a Pablo: "Señor, yo creo que más adelante el tema de la extradición en Colombia lo arreglamos con la gente de la UP". Escobar le replicó: "Ese movimiento político nació muerto. Los que no sé baje "El Mexicano" por el robo que le hizo las FARC, los acaba este pelo...". Pablo me señaló y Pizarro me miró sin darme ninguna importancia.

De ahí nació mi sobrenombre de "Pelo". Muchos comandantes de los más antiguos aún me dicen así. Claro que entre ellos o en privado. Por ahí me dicen también "Piquiña" por lo hiperactivo. Ellos creen que no me doy cuenta.

Después de la toma del Palacio, Pizarro mantuvo relación con Pablo durante mucho tiempo, hizo para él varios secuestros y Escobar lo invitó a exportar cocaína en varios embarques de droga que salían por Panamá hasta La Habana. Nosotros también mantenimos relación con Escobar pero con una diferencia. ¡Jamás fuimos mercenarios de Pablo! Mi hermano y yo nos convertimos en sus peores enemigos.

Al comprender que acabar con el monstruo de Escobar se demostraría, decidimos eliminar a su engendro, Carlos Pizarro. Esa acción se acordó con un grupo de civiles antisuversivos entre los que estaba yo; existía lo que se llama paramilitares. Aquel día nos acompañaba un hombre presante que había perdido en el Palacio de Justicia a un ser querido en primer lazo de consanguinidad. Nosotros pensábamos que Pizarro era un tipo rescatable y que el país necesitaba una tercera fuerza política en la que la gente pudiera creer, pero mientras Pablo Escobar viviera no sucedería. Pizarro se convirtió en candidato a la presidencia con un gran apoyo popular, pero Pablo lo mantenía chantajado y extorsionado. Escobar tendría un idioma útil en la presidencia o en el cargo que alcanzara, en alguna componente política. Creo que Pizarro fue otra de las víctimas del narcotráfico. Era un hombre con talante a quién le tocó optar por ahí, quizás, por la falta de plata y en contra de su voluntad. Es que el dinero del narcotráfico destruye y corrompe lo que sea. Siempre aparece cuando se necesita y surge como por arte de magia.

La muerte de Carlos Pizarro, fue una ejecución extrajudicial, que tuvo que hacerse para conservar un país. La perdición del M-19 fue Pablo Escobar, como lo fue el comunismo para el otrora liberal Manuel Marulanda, el comandante de las FARC. Mire cómo es la vida. Cuando él comenzó, su primera organización se llamaba "Autodefensa".

Suspendamos ahí, periodista. Más adelante contaré cómo fue el operativo de la muerte de Pizarro, uno de los más duros pero limpio que he realizado en mi vida.

Apagué mi grabadora y Castaño se marchó agotado hacia su cuarto. Yo quedé de una sola pieza. Durante el relato reservé las preguntas para después y no lo interrumpí porque cada dato, cada nombre

que aparecía era una revelación para el país y su vergonzoso aparato judicial. Mi silencio, producto del asombro que me embargaba, tenía una explicación. Acababa de conocer la confesión sobre uno los secretos mejor guardados de Colombia en los últimos quince años. Tomé lo que quedaba de mi café y caminé lentamente hacia la escalera que conducía a una pequeña terraza, improvisada sobre el techo de un tanque de agua. Desde allí se divisan las incontables montañas de Antioquia. Me senté en una banca de madera y comencé a atar cabos: antes de iniciar las ventiocho horas de horror en la toma del Palacio de Justicia, el seis de noviembre de 1985, el maestro Reyes Echandía era hombre muerto; la invaluable vida del presidente de la Corte Suprema de Justicia ya se había negociado entre Pablo Escobar y Carlos Pizarro. *"Un millón de dólares valía la cabeza de Reyes Echandía"*, confesó Castaño.

Por consiguiente, el inolvidable jurista no murió por el fuerte operativo militar del Ejército contra los guerrilleros o la falta de negociación del gobierno del presidente Belisario Betancur. Tal vez los otros once magistrados titulares y los seis auxiliares que perecieron en la toma se hubieran podido salvar con un manejo distinto a la desafortunada acción guerrillera. Lo impresionante es que esta versión concuerda con la del hijo del presidente de la Corte, Yesid Reyes a quien consulté para obtener otra fuente y constatar lo dicho por Castaño. Semanas después de la muerte de su padre, en el trajinar de su vida laboral como penalista, conoció la misma historia proveniente de otro de los testigos de aquella triste alianza.

"Cómo cambia la historia con el transcurrir de los años. Cuántas personas deben morir. Cuántas heridas tienen que sanar y en qué magnitud debe cambiar el país para conocer toda la verdad," pensé. Antes de tomar el último sorbo, observé lo que restaba de mi café, resuelto a continuar con mi trabajo y convencido de lo injusto que es ocultarle al país tantos sucesos, especialmente en los que fallecieron personas inocentes. Bajé de la terraza. El desayuno estaba listo y Castaño, acompañado de su novia me esperaban en la mesa.

—Ahora nos desplazaremos a otro sitio o vamos a seguir hablando aquí? —le pregunté.

—No. *Visitaremos una oficina que tengo en el pueblo. Ahí están los muchachos de las computadoras con Internet donde contesto correos y leo*

la prensa. Ya casi nunca duermo en un mismo lugar. Siempre paso la noche en una casa distinta. Atenderé una reunión cerca y partiremos más tarde para Córdoba en un vuelo corto en helicóptero. Justo lo que necesitamos para llegar donde los suegros. Ya estamos en todos los preparativos de la boda.

—¿Dónde se llevará a cabo el matrimonio?

—*En una finquita. Será una ceremonia pequeña, sólo con los amigos.*

—Cumbre de comandantes aunque de civil y encorbatados, me imagino.

—Correcto, correcto —repitió, mientras su novia le dijo con voz dulce y consentida:

—Amor, acuérdate que necesito ir a Medellín a medirme el vestido.

—No hay problema, mi vida. *Le pediremos a Montadorcio que te lleve al aeropuerto.*

No resistí las ganas de hacer una pregunta de farándula:

—¿Y qué tal el vestido?

—¡Divino! —exclamó emocionada—. Es blanco, largo y entallado al cuerpo; sencillo y diseñado por Silvia Terraschi.

Kenia se paró de la mesa y Castaño cambió de tema. Durante nuevas conversaciones, saltábamos de una historia a otra. *"Los recuerdos van y vienen, no hay que dejarlos escapar"* decía Castaño. Nos concentramos de nuevo en la muerte de Carlos Pizarro.

—Por un caso como el de Pizarro no me condenarían si no lo confesara. Y le digo una cosa, si la historia se repitiera y las circunstancias fueran idénticas, yo volvería a actuar de la misma manera. Para mí, aquella fue una verdadera acción patriótica. Cómo se hubiera enardecido Colombia con un presidente de Escobar, y Pablo bien amigo de la guerrilla. Esto amenazaba con desaparecer el orden institucional.

Yo nunca había visto un enemigo más esquivo y astuto para impedir un atentado en su contra que Pizarro.

Era muy difícil ejecutarlo. Anduvimos tres meses siguiéndolo, y varias veces estuvo a punto de morir. Intenté atacarlo en el aeropuerto, dentro de una marcha en plena calle y en el Congreso de la República. Allí logramos entrar la subametralladora cuatro veces pero no se dio la ocasión.

Yo dije: "Este hombre es muy sagaz". Me detuve a pensar y busqué alternativas para la ejecución: "¿Dónde me matan a mí? ¿En qué lugar soy vulnerable?"

"¡Bendito sea mi Dios. Claro, en un avión!".

Calculé hasta el más mínimo detalle, pues no podía, de ninguna manera, arriesgar la vida del centenar de pasajeros que viajarían con él. Cité a dos pilotos privados con experiencia y les pregunté a qué altura estallaría un avión si se disparaba desde el interior. Asombrados, me contestaron: "El avión despega y comienza su presurización progresiva. Al alcanzar los primeros mil pies de altura, continúa presurizándose, y al superar los quince mil pies, se torna en una bomba de aire, como las de colores de las las fies-tas infantiles que con perforarlas con un alfiler, explotan."

La clave era calcular cuánto tiempo tenía el "comando" para ejecutar la acción apenas despegara el avión. Concluímos con los especialistas que el momento preciso era a partir de que los avisos luminosos que le permitien a las personas ponerse de pie, se apagaban. Aún no había presurización. Nos daban cinco minutos para ejecutar la acción. Si nos pasábamos, el avión explotaría.

El arma, una metra Mini Ingram, calibre 380, la entró un civil por la salida de los vuelos nacionales del aeropuerto El Dorado. Se consiguió una escarpela que lo identificaba como mayor de la Policía Nacional. Al portero, con voz autoritaria, sólo le dijo mostrando el carnet: "Voy a esperar a un personaje". Se escogió esta arma porque si se le limaba el mecanismo disparador, la ráfaga saldría sin cadencia. Es decir: maaaas y no, ta, ta, ta, ta.

Yo tenía interceptados los teléfonos de los escoltas de Pizarro. Los guardaespaldas del "M" eran los más "hablantinosos". A las diez de la noche, uno de ellos le informó al otro sobre un cambio de vuelo y que viajarían hacia Barranquilla. A las doce de la noche, yo verifiqué el último casete de la Empresa de Teléfonos de Bogotá y me enteré del nuevo itinerario. Esa mañana, madrugamos al aeropuerto y se compraron cuatro pasajes para Barranquilla. El vuelo se retrasó unos cuarenta minutos y como la aerolínea asignaba las sillas, pedimos que nos dieran de la fila uno a la ocho donde siempre viajaban los personajes. Los cuatro muchachos del comando quedaron dentro de las diez primeras filas.

Cuando mis hombres llegaron al segundo piso y pasaron los controles de la salida de vuelos nacionales del aeropuerto El Dorado, el falso mayor de la policía subía las escaleras que más adelante unen la salida de pasajeros con la llegada. Entró en el baño más cercano al abordaje y allí esperó al jefe del comando. Le entregó el arma, quien a su vez se la dio al encar-

gado de ejecutar la acción militar en el avión. Este se la escondió en la cintura. Cuenta el jefe del comando que el muchacho parecía tan seguro de su misión, que se le veía dar pasos largos hasta llegar al avión.

Yo me encontraba en el aeropuerto y desde el gran ventanal del segundo piso observaba el avión. Escuchaba por radio la última entrevista que Pizarro concedió desde el carro o desde un lugar muy privado en el aeropuerto, que nosotros aún no detectábamos. La entrevista se llevó a cabo con Caracol Radio, cuyo director, Yamid Amat, al terminar, le dijo: "¡Suerte, comandante!". Pizarro no contestó nada y después de ese silencio, Yamid le dijo: "Cúdense". Al saber lo que pasaría, sólo susurré: "Caramba, como si lo presintiera. Así son las cosas de la vida".

Pizarro entró en el avión sonriente, saludó a los pasajeros y se sentó con su escolta adelante. Subió también un miembro de la tripulación que después de discutir en vano con los guardaespaldas la inconveniencia de que viajaran armados, optó por permitir que volaran "pero en las sillas de atrás". El jefe del comando se inquietó, pues la acción tenía que ser milimétrica y aquello podría cambiarlo todo.

Yo entrené al muchacho que realizó la acción. Con sillas de plástico, lo situé como si estuviera en un avión. Lo hice parar, caminar y después, disparar con precisión. Se quemaron centenas de tiros. Todos con la misma arma.

Al apagarse los avisos, el jefe operativo se pondría de pie, entraría al baño y luego se devolvería armado para atacar contra Pizarro que estaría en la primera o segunda fila. Allí se había sentado en todos los vuelos que le hicimos inteligencia. Sin embargo, con el cambio de sillas todo se replantaba. El jefe del comando pensó en levantarse y decirle a su compañero que hiciera exactamente lo mismo pero en el baño de atrás. Ya no se tomaría un minuto sino tres y la vida de los cien pasajeros correría peligro. El muchacho, a pesar de estar en ventanilla, realizó la operación de manera mecánica. Se apagó el color rojo y amarillo de los avisos —prohibido fumar y ajustarse los cinturones— caminó hacia el baño de atrás asegurando con su mirada a Pizarro. Alisó el arma, respiró profundo y oró por la patria. Saltó de allí y en segundos ejecutó a Carlos Pizarro.

La escolta de Pizarro lo dio de baja de inmediato. No se contaba con que a Pizarro le permitieran llevar armas en vuelos comerciales. El final de la operación hubiera sido distinto si al morir Pizarro, los demás miembros del comando se hubieran tomado el avión, simulando portar granadas.

El muchacho que ejecutó a Pizarro hubiera controlado a la tripulación para dirigirla a una pista que ya se tenía preparada para la fuga. Yo sé los detalles de lo que pasó porque del comando sobrevivieron tres. Uno murió después en la guerra de los PEPES contra Pablo Escobar, en la liberación de un secuestrado; y los otros dos hoy hacen parte de la Autodefensa.

Cuando vi el avión de regreso, me volvió el alma al cuerpo y recé un Padre Nuestro. No conocía el desenlace pero estaba seguro de que había pasado algo y que las vidas de cien personas estaban a salvo al aterrizar la aeronave. Si les hubiera sucedido algo malo, yo era más peligroso que Pizarro. Al conocer que había muerto, pensé: "¡De lo que se salvó Colombia!".

Días más tarde, me enteré de la reacción de Pablo Escobar. "Mataron a quien iba a salvar a este país. Se morirán los candidatos de esta hijeputa oligarquía," dijo.

Vámonos a la oficina y le voy contando cómo son las cosas de la vida. —¿Amor, estás lista? —preguntó.

—Ya voy, —dijo Kenia. Salí del cuarto con Lolita, una perrita french poodle que siempre los acompañaba.

Castaño clausuró el caso Pizarro, con una reflexión:

—Yo admiraba a Pizarro. Con decirle que en nuestra lucha civil anisub-versiva nunca hicimos nada en contra del M-19, sólo contra las guerrillas comunistas del EPL, el ELN y las FARC. Cuando yo cursaba segundo de bachillerato en el colegio León de Greiff en Medellín, seguía paso a paso las noticias del "M" y me gustaban. ¿Quién no iba a querer una guerrilla que se robaba leche para regalarla en los barrios marginales de Bogotá? ¡Eso era una belleza, hombre! Cuando se robaron la espada de Simón Bolívar, yo cogí una tiza y escribí tres veces en el tablero: M-19, M-19, M-19. Pero mire el cambio que dio el "M", para terminar en negocios con Pablo Escobar.

Luego de un corto trayecto por carretera sin asfalto, llegamos a la humilde casa de bareque donde temporalmente se ubicó su oficina. Nos esperaba Leonardo, el encargado de las relaciones públicas. Saludó y le entregó a Castaño más de veinte hojas con los correos electrónicos de los comandantes que habitualmente le escriben; los de sus amigos; o los de sus hijos, a los que llama "mis mandrilcitos". Recibe también los correos de los "simpatizantes interesantes", como se

refiere a las personas que por el contenido de sus mensajes, ameritan una respuesta suya. Cada mañana les escribe a jóvenes universitarios, adultos y hasta a algunos críticos de su organización.

Nos sentamos frente a dos computadoras personales y una pequeña impresora.

—¿Es muy importante para usted el Internet? le pregunté.

—Es mi frente de guerra más importante. Representa más para la Autodefensa que para la guerrilla. Nosotros no habíamos tenido la posibilidad de que se nos escuchara internacionalmente para decir algo distinto a lo que predicaban las FARC y el ELN con sus ONG de izquierda y sus amigos en Europa. A pesar de secuestrar civiles, volar oleoductos y realizar masacres, ellos siempre han sido tolerados por una parte de la clase dirigente europea y así han logrado transmitir su versión. Las FARC movió todas sus fichas para impedir la salida de nuestra página web —Colombialibre.org—. Lo hizo con la guerrilla institucionalizada e infiltrada en la Fiscalía. Nos cerró oficinas y nos bloqueó dos veces nuestro servidor. Nos fuimos para Venezuela y allí también nos obstaculizaron. En México logramos ponerla a funcionar, pero las FARC contrató unos hackers expertos y nos la bloqueaban de nuevo. Finalmente, logramos abrir dos servidores espejo en Norteamérica y Europa. Sólo así logramos mantener la página.

Yo tuve un año en el que navegaba por la red día y noche, escribía a las universidades y centros de estudios políticos. Entraba a los chats y algunas personas nos prestaban atención, otros nada.

—¿Y qué decía usted en los chats?

—Algunas veces me presentaba: "Soy Carlos Castaño, comandante de la Autodefensa". Y no llamaba la atención. "Somos la resistencia civil armada" —decía— me contestaban: "¿Qué te pasa, tío. Estás en la España del 39?".

Poco a poco cultivamos amigos, intelectuales y simpatizantes en Francia, Argentina, Canadá, España y Estados Unidos. Sin dárles muy duro a los guerrilleros, les explicaba cómo era la guerra en Colombia, destruía a la guerrilla con sus actuaciones y luego los invitaba a mi página web.

Nos interrumpió Leonardo, que dijo con sumo respeto:

—Señor, ya está abierto su correo personal.

Castaño se concentró en la computadora, mientras Kenia y yo leíamos artículos de prensa del día. Al hombre de las relaciones públicas

se le notaba la presión cuando cometía pequeños errores sin sentido, lo que demostraba que aquí, más que en cualquier otro sitio, Castaño era perfeccionista. Por un error de ortografía en un comunicado, una respuesta insegura o una demora en actualizar la página web, Castaño reclamaba fuertemente:

—*Leonardo, usted es mi amigo y tiene mi confianza, pero de su parte sólo me sirve la excelencia. ¿Estamos?*

Luego se le acercaba y le comentaba con fraternidad y sin rencor:

—*Hombre, haga bien las cosas y no me ponga atención. A mí me hace falta discutir con alguien todos los días.*

Al final del almuerzo, llegó el comandante del Bloque Metro, con quien habló en privado. Después, Castaño se acercó y me presentó a Rodrigo “Doble Cero”, como acostumbra introducir a sus comandantes, de manera protocolaria:

—*Rodrigo es el comandante del Bloque Metro y miembro del Estado Mayor de las Autodefensas Unidas de Colombia.*

No pudo evitar sonreír al relatar cómo fue su llegada a la organización:

—*Es el único hombre de la Autodefensa que ha sido reclutado por mi mamá.*

“Doble Cero” no perdió tiempo en rectificar lo que comentó su comandante:

—Lo que sucedió fue que cuando yo era teniente del Ejército, conocí a doña Rosa primero que a Fidel y Carlos.

—*Eso fue en Amalfi, mi pueblo. El hombre le hacía inteligencia a mi mamá cuando ella lo invitaba a tomar “el algo”. Él dice que no, trata de negarlo, pero...*

Castaño no lograba evitar la gracia que le producía el comentario sobre Rodrigo, que replicaba:

—No. Yo sólo pasaba por ahí y ella, muy amable, me invitó. En ese tiempo no se oía hablar de los Castaño. Solamente era curioso que unos civiles tomaran las armas para enfrentarse a la guerrilla.

Carlos Castaño se adelantó a contar detalles sobre el ingreso de Rodrigo a la Autodefensa.

—*El llegó a la organización hace mucho tiempo. En 1985 comprendió qué el Ejército no conseguiría ganarle la guerra a la guerrilla, porque las leyes ponían en desventaja a las fuerzas armadas ante un enemigo irregular. Pidió la baja y se marchó a Medellín.*

Un mayor retirado del Ejército, que trabajaba con nosotros y había sido superior de Rodrigo, nos lo recomendó. En esa época aún no se había decretado la ilegalidad de la Autodefensa Armada. Teníamos amistad con el Ejército que en parte nos había entrenado. Fidel recibió a mucho militar retirado y Rodrigo fue uno de ellos. Comenzó siendo escolta de mi hermano y hoy comanda mil quinientos hombres armados, más la red urbana de Medellín. Es uno de los hombres que me permiten dormir tranquilo, en caso de que algún día yo no amanezca vivo.

—*El helicóptero llegará en menos de una hora y debemos alistar el equipaje, para llegar a tiempo al sitio acordado.*

De forma apresurada cerré mi morral pensando: “Ya habrá otra oportunidad para entrevistar a Doble Cero”.

Castaño recibió una llamada telefónica que sería larga por la forma en que comenzó a hablar:

—*Mi querido amigo, cordialísimo saludo.*

Me acerqué a Rodrigo y él me preguntó:

—*¿Cómo le ha ido con el Pelao?*

—Muy bien —le contesté. Hemos avanzado en muchas historias, pero aún falta bastante.

—Yo comparé mucho con Fidel; más que con Carlos. Fidel decía: “A ese lo van a matar por ahí rapidito. Ese no dura; es muy loco”. Y ahí está. Yo estudié en la Escuela Militar y llegué a ser teniente del Ejército. Hoy mis compañeros de curso son militares de alto rango. Pero el Pelao es a nivel militar urbano lo máximo que yo he visto y conocido. Cómo será que Pablo Escobar le tenía miedo a esa capacidad de Carlos. Él sabía que Fidel no era el mando operativo.

Castaño terminó su llamada como más le gustaba hacerlo:

—*¡Excelente, excelente! No me llame para nada. Usted lo está haciendo muy bien. Dedíquese a darme sólo buenas noticias. Mil gracias, miyo... Bueno, mano.*

Colgó y me dijo:

—*Nos vamos.*

En segundos se montó en la camioneta rumbo a una pequeña cancha de fútbol. A las dos de la tarde aterrizaría un helicóptero Bell Ranger de su flotilla aérea.

EL SECUESTRO DE MI PADRE

El abordaje en el filo de la montaña fue mudo y a señas por el ruido constante del aparato. El piloto nos saludó con un gesto y agitó sus dos manos señalando la puerta por la cual debíamos subir Kenia, H2 y yo.

Castañó viajaría adelante y los morrales en el maletero. Abrió la puerta, me pasó su fusil Galil y un morral verde que nunca lo desampara, donde carga documentos, e-mails, un paquete de papas fritas, una minigrabadora de mensajes y el libro *La diplomacia* de Henry Kissinger. Al lado de los mapas, entre el asiento del piloto y del copiloto puse su morral personal. Dejé el fusil en el piso. H2 se acomodó con otro Galil apoyado en sus piernas y Kenia cargó a Lolita. Parecía estar todo listo para despegar, cuando apareció por la carretera un campero Mitsubishi rojo que atravesó raudo la cancha hasta llegar al helicóptero. Castañó mostró una actitud que reflejaba la importancia de lo que allí venía y bajó a recibir la encomienda: tres bolsas de polietileno de rayas azul claro, repletas de dinero. Cada una pesaba no menos de diez kilogramos y traían en fajos de veinte mil pesos la no despreciable suma de 750 millones de pesos; unos 300 mil dólares que terminaron a mis pies al abrirse nuevamente la puerta. Recibí la singular encomienda y logré organizar rápidamente las tres bolsas repletas de billetes de tal forma que no me incomodaran durante el viaje. Los talegos estaban tan llenos que al despegar el helicóptero, algunos fajos se cayeron, armando un desorden de millones.

Sobrevolábamos a más de seis mil pies de altura, cuando él me miró y señaló hacia el techo donde sobraba un juego de audífonos verde claro. Al ponerme lo, oí a Castañó en sonido monofónico:

—¿Me escuchas bien?

—Fuerte y claro.

—*Esas bolsas son el pago de 250 fusiles que le vendí a 'Botolón', el comandante de las Autodefensas de Puerto Boyacá. Es uno de los lotes de armas que ingresamos al país hace quince días. ¿Recuerda que se lo comenté cuando nos vimos la primera vez en la escuela de comandantes?*

Cómo no recordar una de las razones por las que estaba eufórico la tarde que nos conocimos. Castaño había logrado ingresar al país 4.500 armas camufladas en costales de trigo. Los fusiles venían por partes y sus hombres los armaron en un caserío cercano a la playa donde los dejó el barco. Entraron en total tres mil fusiles Ak-47, calibre 5.56; quinientas ametralladoras M-60, trecientos lanzagranadas MGL, quinientos lanzacohetes RPG-7 y doscientas ametralladoras PKM tipo comando.

La venta y distribución entre los compradores ya había comenzado. Duró sólo quince días. Las ACCU, lo que Castaño considera las tropas de su casa, se quedaron con el setenta por ciento de las armas. El vuelo continuó y Carlos Castaño debatió de manera amistosa con el piloto la mejor ruta a seguir. A medida que avanzábamos, Castaño demostraba una de sus habilidades innatas: su capacidad de ubicación. Reconocía cada diminuto pueblo o caserío que se divisaba desde el helicóptero. Parecía un geógrafo. En ese momento recordé que la euforia de aquel día en la escuela de comandantes estaba más relacionada con la forma como entró las armas. Esto le producía tanta satisfacción que hasta me mostró la fotografía del barco que compró para transportarlas desde Centroamérica hasta una solitaria costa colombiana.

Para mí, su alegría no correspondía a la triste responsabilidad histórica que le recaía, al ingresar 4.500 fusiles a un país en guerra. Por muy espectacular que hubiera sido la operación como tal, no existían motivos para estar eufórico. Mi preocupación se evidenció, no solo como periodista, sino como ser humano, por la forma como se podía incrementar la violencia, y un halo de tristeza se reflejó en mi rostro. Castaño lo notó.

—*No crea que es fácil para un hombre sensato ingresar 4.500 armas. Fue una determinación dura. Los entegué con el dolor de saber que eran necesarios. Yo podía haber traído esos fusiles a Colombia en 1998. Los demás comandantes tenían conocimiento que yo los mantenía enterrados en Centro América y que además sabía cómo ingresarlos. Con frecuencia*

me presionaron para que lo hiciera. Por esa época, yo creía en el presidente Andrés Pastrana y en la posibilidad de que se firmara la paz. ¡Para qué entrar 4.500 fusiles al país, si ibamos a vivir en paz! Eso pensaba. Por esta razón aplacé la llegada de las armas, pero poco a poco me fui decepcionando del presidente, y eso que mi papá decía: "Esto lo arregla un godito joven". En algún momento llegué a pensar que podría ser Pastrana, pero los hechos me comprobaron que el Presidente no pensaba en el país, sino en él.

Quién más ha fortalecido a la guerrilla colombiana en los últimos años es Andrés Pastrana. Por eso tomé la decisión de entrar los fusiles, con algo de miedo, le confieso. Hombres a quién entregar 4.500 armas es lo que sobra. Lo difícil es encontrar comandantes que no los lleven a cometer exécos, descubrir gente que piense con serenidad de estrategia, con un objetivo de paz y no de sangre en medio de esta guerra inferna, no es fácil.

—Es una tarde de contrastes. ¿No le parece? —comenté.

—*¿Por qué piensa así?*

—Antes de esta conversación, usted hablaba con el director de la delegación para Colombia de la Cruz Roja Internacional CICR—, George Comninos, que le dijo insistentemente a lo largo de la reunión: "Comandante Castaño, busquemos la forma de no involucrar a la población civil en el conflicto". Y usted le respondió: "Doctor Comninos, yo entiendo que su labor es tratar de salvar vidas, pero entiendo que esto es un conflicto irregular y mientras haya una guerrilla irregular, existirá una Autodefensa irregular. Si las FARC y el ELN siguen utilizando métodos violentos del Derecho Internacional Humanitario —DIH—, nosotros lamentablemente, no tenemos otra opción. Frente a mi tropa y sus comandantes, me queda muy difícil evitarlo mientras mi enemigo no pare. La diferencia es que yo no la enfilaré hacia la gente imparcial; el que sea guerrillero o les ayude tendrá problemas con nosotros".

—*Yo sé para donde va su reflexión y le digo una cosa: la idea es que no se incrementen los excesos de manera proporcional al nuevo número de hombres, trece mil.*

Mi mente regresó al helicóptero, pues ya parecíamos estar llegando, y como Castaño lo había anunciado, el vuelo fue corto pues el helicóptero se desplazó a ciento veinte nudos. Sobrevolábamos una casa campesina en uno de los tantos cerros que forman la zona alejada al inmenso valle del Sinú, después de pasar los Llanos del Tigre.

Dimos sólo dos giros en espiral para aterrizar cerca de la casa que parecía más cómoda que la anterior. Era de concreto y la rodeaban varios kioscos de paja. Durante el viaje me sorprendió la forma en que Castaño se refería a las regiones que atravesábamos.

—*Ahora entramos en territorio liberado de guerrilla, zona de Autodefensa.* Transcurrieron más de quince minutos y seguimos en “zona nuestra”, como él se refiere a las tierras donde la autoridad en la sombra es la Autodefensa. Más adelante, yo entendería su pasión por las zonas liberadas, al comentarme Hernán Gómez, uno de sus amigos y formadores intelectuales, que Castaño había alcanzado el nivel de líder y de militar serio, cuando dijo: “*Yo no pienso en propiedades, yo pienso en regiones. No tengo políticos subalternos, y no importa el que gane. El que sea elegido tiene que tenerme en cuenta.*”

La finca dónde aterrizamos constituye una de las principales oficinas de Castaño, desde allí se maneja la actualización de la página de Internet. La casa cuenta con aire acondicionado y una cómoda habitación donde se encuentra colgada en la pared una foto de Castaño con un niño y una niña.

—¿Los de la foto son sus hijos? le pregunté.

—*Sí, son mis mastriquitos cuando estaban más pequeños. Ahora Carlitos tiene nueve años y María, la futura médica, cumple quince.*

—Y qué le dicen sus hijos al verlo inmerso en esta guerra?

—*El niño aún no entiende la dimensión del conflicto, y dice: “Espérate, papi, cuando yo venga y te ayude pilotando mi Kafir”. La niña entiende un poco más y, por provocarme, me dice: “Deja ese pauscho y vente para Europa”. Un día Carlitos me preguntó: ¿Papi, los guerrilleros son malos? Yo le conteste: “Hay unos buenos y otros malos. Por eso estoy metido en esta guerra, hijo”.*

Era el momento justo para retomar la historia de Carlos Castaño desde su infancia y resolver con detalles el gran interrogante, ¿Dónde comenzó todo? Cuándo la venganza contra la guerrilla de las FARC se convirtió en una causa política, una ideología en formación aceptada por trece mil hombres armados y algunos colombianos más, que a pesar de criticar las terribles masacres que han realizado y los desplazados que se les endilga, buscan protección militar en la Autodefensa, cuando los reconocen como sus legítimos defensores ante los secuestradores, los asesinatos, la destrucción y extorsión de la guerrilla, además

afirman que ellos en los zapatos de Castaño habrían actuado de igual forma. De todo se ve en Colombia.

—¿Comandante, le parece si nos devolvemos al secuestro de su padre?

—*Sí, ese fue el triste comienzo de todo. Es que si a papá no lo hubieran secuestrado y asesinado, seguro yo no estaría aquí liderando la lucha antiguerillera. Yo puedo perdonar todo lo que ha pasado en estos veinte años de guerra, pero la muerte de mi padre, no. Los tiempos cambian y uno no sabe qué pueda pasar, pero mirar a los ojos al asesino del viejo, no sé... A veces lo veo como el culpable de todos los que yo he tenido que matar. Ese capítulo de mi vida aún no se ha cerrado, si no me devuelven el cadáver de mi padre. Hay tres hombres del secretariado de las FARC con los que yo nunca arreglaría en la vida, especialmente uno: el que dio la orden. Yo voy a ser la única razón para que ellos no lleguen donde quieren.*

—¿Quién es esa persona? —le pregunté.

—*¡No lo voy a decir! Usted no debe atizar guerras; antes trate de apagarlas! El sabe quién es. Por ahí me ha mandado razones con el ex-ministro Álvaro Leyva diciendo que él no fue y que, además, estaba en la cárcel cuando sucedió.*

Yo sólo tenía catorce años cuando salíamos con mi padre de la finca La Blanquita. Nos movilizábamos en un camión para Amalfi, mi pueblo, y de repente salieron unos hombres del matorral hacia la carretera. Era la guerrilla con intención de parar el carro. Recuerdo que me dio terror. Pero mi padre me calmó al decirme: “Tranquilo, ‘Carlito’ seas”. No se preocupe, que esta gente no nos va a hacer nada”. ‘Carlito’ seas era un diminutivo que se inventó para hablarme. Después de pasar aquel retén sin problemas, le perdí el miedo a la guerrilla. Minutos más tarde, papá pronunció la única frase que yo le oí decir en contra de las FARC: “Esos son unos sinvergüenzas que no trabajan”.

Me enteré del secuestro de papá en nuestra primera casa de Medellín, en el barrio Simón Bolívar, detrás de una manga en las afueras de la ciudad. Fidel mi hermano la construyó y una parte permanecía en obra negra mientras se terminaba un dormitorio privado para él. Fidel entró a la casa y subió rápido al cuarto de mamá. Doña Rosa pegó un alarido y después se le oyó decir a gritos: “¡Lo van a pelar, lo van a pelar, lo van a pelar!”. En esa época “pelar” era sinónimo de asesinar. Pero para ella, el término era más viejo aún. En los años cincuenta, época de violencia partidista

liberal-conservadora "pelar" era despellear, y eso hacían de verdad con la gente. Subí a mirar qué sucedía, y mamá se agarraba de las cortinas mientras lloraba. A Fidel le costó trabajo apagar su dolor y cuando logró calmarse, salió y se me acercó para llevarme al primer piso y decirme: "Hermanito, esto está bien verraco. La guerrilla secuestró a papá y había que contarle a la vieja".

Fidel me contó ~~con~~ detalles lo sucedido y me tranquilizó: "Eso lo arreglamos. Aliste sus cosas que mañana nos vamos para Amalfi con su hermano Manuelito". Yo aún no me preocupaba porque mis hermanos eran amigos de la guerrilla, especialmente Manuel. Ramiro creía que la guerrilla no mataba a un secuestrado y además, decía: "Sería bueno que mi papá diera alguna platica a la causa; uno o dos milloncitos; el viejo a ratos es tacaño". Es que Ramiro estaba influido por esa ola juvenil y romántica de la izquierda. Escuchaba Radio Habana de Cuba en la noche y hasta leía China Reconstruye, una revista comunista que llegaba a la casa. Cuando terminaba de leerla yo las utilizaba para adornar mis cuadernos de religión, recortaba las fotografías de grandes plantaciones de arroz y las pegaba como un ejemplo de desarrollo y de fe, sin imaginarme que los que aparecían ahí eran comunistas ateos. Manuel anduvo con los guerrilleros del Cuarto Frente de las FARC. Inclusive fue amigo de Gilberto Aguilar, alias Montañez uno de los comandantes. Manuelito nunca fue guerrillero, pero sí le gustaba hacer con ellos grandes travesías, visitar las minas desde Segovia hasta el sur de Bolívar o ir a pescar.

Es que le digo una cosa: secuestro de más amistad no ha existido. Cuando ellos iban de paso, mi padre los dejaba acampar en la finca El Hundidor. Uno amanecía y ahí se veían los toldos, las carpas y las hamacas guindadas. Por la mañana se les daba leche, queso y, de vez en cuando, de regalo, una norilla. ¡Es que a estos sinvergüenzas se les daba claro, guarapo y hasta revuelto! Al secuestrar a mi padre, sólo hubo irracionalidad y codicia, maldad.

Mi hermano Fidel tenía un bar en Segovia que frecuentaba la guerrilla y se llamaba 'Bar el Minero'. Al llegar los subversivos, él les decía: "Bueno, mis muchachos, me entregan las pistolas si se van a emborrachar". Fidel se las guardaba en el mostrador. Cuando las pedían para pelear, las ocultaba y los mandaba a dormir a un reservado que tenía el bar. Éramos amigos de los guerrilleros por la sensibilidad social que trataban de inculcar, pero, viéndolo bien, esa era otra guerrilla, algo idealista.

La familia Castaño no era rica. Todos nacimos en la finca 'La Blanquicia' de doscientas cincuenta hectáreas en tierra fría y dos animales por cada tres hectáreas, lo que no sumaba más de 150 animales. Uno admira al viejo que madrugaba para sostener doce hijos. Su única ventaja era que sólo requería comprar la sal porque en la finca manteníamos gallinas y cuando una res se quebraba una pata, nos quedaba carne para mucho tiempo. Teníamos vacas lecheras, se hacía mantequilla y queso. La quebrada que pasaba cerca era cristalina y uno podía pescar; la caza de guajollos, armadillo y conejo era normal. Eso sin contar los cultivos de pan coger, plátano, frijoles y yuca. Mi padre tenía el concepto que entre más hijos engendrara más personas trabajarían para el bienestar de la familia, parecido a Mao Tse-Tung, quien decía: "Entre más chinos, más grande será la China". Los hijos eran un instrumento, con la diferencia que en casa se respiraba mucho amor y una profunda fe católica.

Papa sólo pudo disfrutar de un corto despegue económico cuando Fidel llegó de Medellín y le compró la mitad de la finca. Años más tarde, lo convenció de que dejara esa tierra fría y pobre de Amalfi. El viejo vendió y se fue con Fidel a comprar una tierra cerca de Segovia, zona minera y de clima caliente, donde el dinero se veía circular. La nueva finca se llamaba El Hundidor. En dos años mi padre logró levantar más de 600 reses y su ganado era apetecido. Rápidamente duplicó el capital labrado con dificultad en cuarenta años de trabajo en Amalfi. Comerciaaba con ganado. Lo compraba en la mañana y lo vendía en la tarde. Al ritmo que trabajaba el viejo en la hacienda iba a crecer mucho. A pesar de ser el dueño de la finca, hacía las veces de mayordomo. El mismo capaba a los novillos y los vacunaba. Trabajaba en El Hundidor desde las seis de la mañana hasta las cinco de la tarde. Lo único que no hacía era coger una rula o un machete.

Cuando tenía La Blanquicia en Amalfi, trabajaba de lunes a viernes la finca y en la tarde se regresaba en su yegua, la más linda del pueblo. Un taparo comparado con un caballo de paso. En la plaza central, al lado de la carnicería de don Efraín, su gran amigo, me la entregaba para que yo la regresara a la finca. Recuerdo que la yegua se llamaba Emperatriz y era muy alta. A mi padre le tocaba subirme de un empujón. Él se reía mucho de mí cuando veía que yo tomaba una ruta más larga sólo para pasar por el frente de la escuela de niñas, que a esa hora salían. Pasaba en la yegua erguido y serio, sin mirarla, pero convencido de que me veían todas las

estudiantes de la Normal de Señoritas, especialmente la hija del alcalde, mi primera novia. Meses después, fui por primera vez a Segovia y allí sentí pesar por papá. Ví como los nuevos ricos, malgastaban el dinero, veía uno a esos borrachos dárles fajos de billetes a esas putas. Como era zona minera, reinaban el licor y las mujeres. Mientras tanto, papá cuidaba los pesos que difícilmente ganaba en Amalfi. Recuerdo una singular forma de enseñarnos el valor del dinero: "Carlito seas, tome estos quinientos pesos y se los guarda en el bolsillo derecho y estos cinco pesos en el izquierdo. Los cinco se los puede gastar; los otros también: son suyos, pero no se los gaste". Nos dejaba los quinientos pesos quince o veinte días y cuando menos nos imaginábamos, se acercaba, los contaba y los pedía de regreso. Al final, sólo decía: "Hay que aprender a guardar la plata y a no malgastarla, muchachos".

Pero los días difíciles en Amalfi habían pasado ya. Vendimos la finca La Blanquilla, aunque conservarnos la casa; también la del pueblo.

Se completaban dos años de prosperidad en la tierra de Segovia y comenzamos a pensar que íbamos a ser ricos, pero nos llegó la tragedia y detuve mis estudios. Hice hasta primero de bachillerato en el Comado Gonzales de Medellín y la mitad del segundo año de secundaria en el colegio León de Greiff.

El secuestro de mi padre se inició a las tres de la madrugada, cuando siete hombres armados llegaron a la finca El Hundidor y se escondieron durante dos horas en un pequeño cañaduzal, detrás de la humilde casa hecha en cancel y tejas de aluminio. Todas las mañanas, al frente de la casa, en el corral cercano al río Bagre, cinco trabajadores ordenaban noventa vacas para llevar la leche a Segovia. Cuando comenzaban labores, se oyó el grito de uno de los encapuchados que saltó del sembrado de caña: "Todos los que están ahí, quietos. Se me van ubicando en el rincón y ay del que se mueva".

Cuatro guerrilleros armados los amenazaban con fusiles M-14, y los trabajadores quedaron arrinconados en la entrada del corral hasta que un guerrillero se acercó y preguntó: "¿Quién es el encargado?" Miguel contestó: "Yo soy". Dos guerrilleros lo llevaron hasta la puerta de la casa para obligarlo a llamar a mi padre, mientras le apuntaban con un arma. Tocó la puerta y lo llamó dos veces: "Don Jesús, don Jesús..."

El ya venía saliendo y se encontraba casi listo para empezar el día, sin saber que se convertiría en el peor de su vida. Se colocó en la cintura su

habitual revólver Colt, calibre 32, le quitó el seguro a la puerta y al abrir la cinco centímetros, desde afuera la extendieron a patadas mientras le gritaban: "¡NO se mueva, manos arriba!". De inmediato se le tiraron encima, cual pirañas, dos guerrilleros. Lo derribaron y, después de desarmarlo y amarrarlo con cabuyas, le decían entre otros insultos: "Oligarca hijueputa".

Aura y Abraham, los dueños de un pequeño restaurante al borde de la carretera, fueron los últimos que vieron a papá. Doña Aura le conocía los itinerarios y le pareció extraña la hora y la velocidad con la que apareció la camioneta. Eran las seis de la mañana cuando le dijo a su esposo: "Abraham, mira la camioneta de don Jesús con un montón de gente atrás". "Deben ser unos pescadores," le contestó él.

Aura sentía que algo extraño pasaba; don Jesús no acostumbraba a transportar tanta gente en su carro.

En ese mismo vehículo se lo llevó las FARC la mañana que lo secuestró. Cuenta doña Aura que luego vió que lo transportaban amarrado de pies y manos. A ella se le encharcan los ojos cuando evoca ese momento: "Estaba oscuro y reconocí la camioneta de don Jesús. Por ahí no entraba sino él, pero no a esa hora. El carro siguió avanzando y yo me salí hasta el comedor del restaurante, cuando vi que a don Jesús lo traían sentado en la mitad del platón de la camioneta y cuatro hombres le apuntaban con fusiles. El era un señor fuerte, rozagante, pero lucía pálido, no creo que su color fuera de sústo sino de rabia porque era un hombre serio y caballero pero muy temperamental. Adelante en la cabina de la camioneta se acomodaban tres más. Yo vi pasar a don Jesús amarradito, con las manos atrás. Vestía una camisa blanca y pantalón azul claro. Se veía que le habían apretado los pies también. El ni me miró. Seguro no quería comprometerme. Al rato, llegó un muchacho, Javier, muerto del sústo, pidió una cerveza, se sentó y me dijo que había visto cómo a don Jesús lo bajaban de la camioneta y lo montaban a la brava, en un caballo de un señor Charrón, al que obligaron a presionar la bestia para enrumbarlo monte arriba. En la noche llovió y nosotros sólo nos preguntábamos: "¿Dónde lo tendrán?" Nos resistíamos a creer que la guerrilla lo hubiera secuestrado, si en ese tiempo a él, como a todos nosotros nos tocaba colaborarles, y nadie les negaba nada".

A mi padre lo condujeron a Lagartos, un cañón en medio de una zona montañosa, entre la vereda el Tigre y mi pueblo, Amalfi, en los infiernos,

a siete días de camino. Es un lugar hostil e inhóspito. No tuvimos noticias de él *semanas* hasta que apareció la primera boleta, que se la entregó Paturro a mi hermano Fidel.

José Tobón, alias Paturro, un hombre prestante en Remedios, Antioquia, nos ayudó a negociar el secuestro de mi padre; pero después nos enteramos que no sólo mediaba, sino que facilitaba los plagios y hasta iba en un porcentaje de lo que pagaba la familia del secuestrado. Paturro está vivo y, paradójicamente, acaba de salir de un secuestro de las FARC. Mal paga el diablo a quien bien le sirve. No lo maté porque era un viejo zalamero y consentidor. Se ganó a mi mamá y a mis hermanas. Mi familia no me lo perdonaría. Si por ellos fuera, no se ejecutaría a nadie. Pero es bueno que por lo menos en la historia quede registrado el tipo de persona que fue. Se lucró no sólo con el secuestro y la muerte de mi padre, sino también con el de un importante joyero de Medellín.

Al regresar a nuestro pueblo, Amalfi, la vida nos cambió para siempre. Nosotros no asociábamos a la guerrilla con gente mala, nuestra visión de ellos dio un giro radical.

Fidel buscaba desesperado los primeros veinte millones de pesos que le pedían las FARC. Mi padre se comenzó a enfermar durante el cautiverio. Sufría problemas de gastritis, pues había decidido no comer nada y no hablar con sus captores. Duró meses sin pronunciar una palabra. Durante el secuestro vomitó seguido y padeció una intensa gripa. A finales del mes de agosto, dos meses después del secuestro, mi hermano completó el primer pago y confiado, le entregó a las FARC el dinero. Fidel acariciaba la posibilidad de tener pronto a mi padre de regreso. En este rescate todos sus amigos colaboraron con dinero. Era el primer secuestro que se veía en Amalfi.

Pero transcurrían los días y no sonaba el teléfono. Paturro tampoco daba razones. Hasta que llegó la segunda boleta. Las FARC pedían cincuenta millones de pesos más por el rescate de mi padre. Con esta respuesta, Fidel presintió que la situación tendía a agravarse: "Aquí van a secuestrar a alguien más de la familia. La guerrilla tiene gente en las ciudades y en los pueblos", dijo.

Fidel no tenía ese dinero. Sin embargo, entre amigos y la Caja Agraria, obtuvo en un mes treinta millones prestados.

La guerrilla recibió el dinero por segunda vez en octubre y sólo hasta los primeros días de diciembre, nos dio la fecha de entrega. Fidel intuía que

papá estaba muerto porque la segunda vez le pidieron una cantidad de dinero superior. Pero Paturro nos insistía en la efectividad del segundo pago y prácticamente nos prometió que papá regresaría para Navidad. Él consolaba a mi madre y nos llenaba de esperanza a todos.

Yo recuerdo esos momentos y me da rabia. Paturro sabe que yo no lo quiero, y que agradezca que mi mamá está viva porque si no, yo lo "recojo...".

Fidel apostó que en esta ocasión sí lo devolverían. Creyó tanto que después de ese día, pleno de pesimismo, le oí decir: "Si pagamos treinta millones, gastémonos unos doscientos mil pesos en una fiesta para recibirlo". Se organizó una reunión con la familia y los amigos para recibir al viejo. Pero en el monte algo terrible ya había sucedido.

Mi padre decidió rebelarse y no caminar más. Ya no comía y continuaba enfermo. Cada día estaba peor. En ese instante se presentó una escaramuza entre ellos y un frente del ELN que bajaba por el río Arenas Blancas, una lamentable equivocación. Los guerrilleros del Cuarto Frente de las FARC creían que se trataba de un operativo militar y estimaban que nosotros teníamos alguna influencia. Presionaron al viejo a caminar pero él continuó rehusándose. Si le hubieran dado oportunidad, estoy seguro de que se les hubiera volado. Recuerdo que siempre decía: "Hasta que la última gota de sangre corra por las venas de uno, uno está vivo".

Los guerrilleros del frente se reunieron a analizar la determinación de mi viejo y le consultaron a un comandante guerrillero que hoy hace parte del secretariado de las FARC. Este, de manera cobarde, no dudó en ordenar la muerte de papá por radioteléfono. Antes de ser asesinado, lo insultaron repetidamente con algo que para un campesino como él era imposible ser: "Oligarca hijueputa". Luego lo hicieron arrodillar y le metieron un disparo por la espalda. ¡Cobardes, asesinos a mansalva! Fue un tiro de fusil M16-14, el más común en la época. El cuerpo lo dejaron ahí tirado; le echaron algo de tierra y unas hojas de maleza para taparlo a medias. Sólo un campesino que sembraba maíz en un tajo cercano, escuchó la escaramuza, los gritos y el disparo. En la tarde, movido por la curiosidad, caminé por la zona y logré ver el cadáver de mi padre boca abajo, con una herida mortal entre el pecho y la espalda. El viejo aún permanecía con las manos atadas. ¡Fue asesinado a traición!

Al día siguiente, cuando los guerrilleros de las FARC se percataron de que la escaramuza no había sido producto de un operativo militar,

regresaron por el cadáver. Se lo llevaron con el único fin de negociar sobre el cuerpo frío de mi padre, el segundo pago del secuestro. Manteníamos la ilusión de verlo con vida, pues nos prometieron que lo entregarían sano y salvo para Año Nuevo. Fidel pagó los treinta millo-
nes sin saber que mi padre estaba muerto. El viejo nunca llegó, y la fies-
ta se quedó hecha.

Pasaban los días y se hacía más fuerte el temor de estar tratando de res-
catar un cadáver. Por eso Fidel reunió a los hermanos para decirnos: "Pre-
parémonos para lo peor. Si no devuelven a papá, es posible que toque
pelear con esta gente, y si hay que pelear, al que encuentren lo van a
matar. La vida pública para los hermanos Castaño se acabó". Luego
supimos que la orden después del secuestro era acabar con los Castaño.

El siete de febrero de 1980 llegó Paturo con la última carta de las
FARC, ocho meses después del secuestro. Cuando Fidel la recibió en la
mesa del comedor, la abrió y ansioso, la leyó, pero rápidamente su rostro
se enfureció y mantuvo la mirada fija en la hoja mientras la empuñaba en
su mano para destruirla, arrugándola con los dedos. Tiró al piso la boleta
y con la misma rabia tomó un lápiz y en una hoja de cuaderno escribió
mientras decía en voz alta: "Nunca he tenido esa plata y si la tuviera
algún día, sería para combatirlos a ustedes. Fidel Castaño".

Fidel nos ocultó la boleta, pero luego aseguró que pedían por mi padre
cincuenta millones de pesos más. Ya se habían dado cincuenta y él intuía
que papá ya estaba muerto. Las FARC querían una excusa para no tener
que darnos un cadáver. Fidel le entregó la carta a Paturo y le dijo: "Tóme
y llévela. NO hay nada más que decir".

Parte de lo que le cuento, lo supimos después de localizar al campesino
que lo vio el día de su muerte. Nos trajo hasta el sitio donde lo vio sin
vida, y no encontramos nada.

Hemos luchado hasta hoy para encontrar el cadáver de mi padre y
todavía no descartamos la posibilidad de hallarlo. Si lo arrojaron al río
Bagre, como dicen, ya no hay nada que hacer. Pero, al parecer, fue otro
cuento que empezó a regar las FARC para que no lo buscáramos más.

Interrumpamos un momento. ¡Estoy seco! Voy a tomar un poco de
agua. No es fácil para mí contar esta parte de la historia.

Visiblemente afectado, Castaño se paró hasta una pequeña nevera
al lado del comedor. Regresó con dos botellas de agua en la mano y
como quien quiere terminar de relatar algo que al evocar lo atormentó

ta, dejó una en la mesa, se bebió la mitad de la otra y, sin mediar pala-
bra, continuó:

—Así nació nuestro problema con la guerrilla; ahí comenzó la ven-
ganza de los hermanos Castaño. Nunca nos devolvieron el cadáver de mi
padre, y durante esos meses las FARC regó el cuento de que por la carta de
Fidel lo había asesinado. Pero nadie confirmaba la mala noticia y el cuer-
po nunca apareció. Nuestra venganza duró dos años. Encontramos y eje-
cutam a todos los que participaron en el secuestro. Sólo queda uno vivo.

Durante el primer año fuimos una organización de espíritu exclusiva-
mente vengativo, y cuando ya habíamos ejecutado a la mayor parte de los
asesinos de mi padre, comenzamos a ser justicieros. La venganza como tal
no conduce a nada. Pretendíamos también hacer justicia, lo que siempre
ha faltado. No queríamos ver a otras familias sufrir la tragedia que pade-
cimos con nuestro padre. Nos enfrentamos a la guerrilla a muerte.
Decidimos proteger a la familia cercana: primos y tíos; posteriormente,
comenzamos a preguntarnos: "¿Qué le puede pasar al papá de este amigo
o de este otro que nos han ayudado tanto?" Descubrimos que existía un
grupo de personas que defender; encontramos una causa.

Yo me olvidé del estudio y de mi sueño de ser profesor. Le ayudaba a
mi hermano Fidel en el Bar Minero, cargaba canastas de cerveza, bajaba
cajas y hacía el aseo. No era la primera vez que trabajaba. Cuando el pre-
cio de la leche bajaba, mamá hacía queso en la casa y yo recorría el pue-
blo vendiendo. Como ahora esa época de sueños hermosos.

Mi vida se partió en dos, antes y después del secuestro de papá. Ahora
tenía un solo norte: encontrar a los secuestradores del viejo en la guerrilla.

Mi hermano Manuelito y mis primos Hernando y Panina no estaban.
Fidel sólo me encontró a mí, me dio un revolver 38 recortado y me dijo:

"Hernando, Conrado fue el guerrillero que secuestró a papá, el mismo
que lo sacó de la finca. El juez penal lo va a soltar y no hay más de otra
llo vamos a matar! Nos corresponde en nombre de la autentica jus-
ticia moral, actuar como jueces y aplicar el castigo: su ejecución".

Tres días atrás, habíamos denunciado a Conrado Ramírez, que se
paseaba por el pueblo, vestido de civil con camisa y pantalón blanco, lle-
vaba un sombrero barbisio de color negro y bebía desenfrenado en el bar
La Cantina, al frente del almacén. Singer, en la plaza principal de
Segovia. Con mi hermano Fidel fuimos al batallón y le informamos al
Ejército que de inmediato lo capturó y lo puso a órdenes de un juez.

Fidel fue el primero en querer declarar en su contra, pero el juez lo inhabilitó con un rebuscado y absurdo argumento: "Usted es hijo de la víctima. Su declaración está viciada por el dolor y no sirve". A mí sólo me dijo que por ser menor de edad no me podía tomar ninguna declaración. Buscamos a los trabajadores de la finca, a los mismos ordeñadores que Conrado amenazó con un fusil cuando secuestró a papá, pero tenían pavor de declarar en contra de un guerrillero. Las FARC controlaban la región y en Segovia, la mayoría de los cargos públicos eran ejercidos por gente suya, camuflada en los partidos políticos tradicionales. Conrado Ramírez había trabajado en la finca de mi padre y el día del plagio iba encapuchado, pero los trabajadores lo reconocieron. Nos juraban en privado que Conrado era uno de los responsables aunque jamás lo dieran ante el juez, un reconocido militante de las FARC que se escondía en el partido liberal. Lo que yo bauticé como guerrilla institucionalizada. La ausencia de justicia fue el detonante de lo que sucedería horas más tarde: La primera ejecución extrajudicial de la Autodefensa en nombre de una auténtica justicia que no existe aún en Colombia, pues hoy los fiscales y jueces actúan por dinero o presiones políticas.

Eran casi las seis de la tarde y ya estaba oscureciendo cuando dejaron libre a Conrado. Fidel y yo no íbamos a permitir que se escapara. Lo estábamos vigilando. Mi hermano cargaba una pistola y yo, el revólver 38 recortado. Dispuestos a vengar el secuestro de papá, lo seguimos hasta la calle principal del pueblo repleta de hospedajes, misceláneas y ventas ambulantes de ropa, en casetas instaladas al borde de la acera. El guerrillero entró a las residencias Fujiyama y de inmediato Fidel me dijo: "Carlitos, éste aquí se muere. Póngame atención. Yo me hago en la esquina de arriba y usted en la de abajo. Conrado tiene que salir en cualquier momento. Si sale para su lado, le toca a usted; si sale hacia arriba, a mí. ¿Listo?". Fidel se acomodó y yo me ubiqué en la esquina que me correspondía. Tenía tanto miedo, que me sudaban las manos, y en mi mente sólo repetía un deseo: "Dios mío, que no salga para acá, que no salga para acá". Afortunadamente caminó hacia el lado de Fidel. Mi hermano ejecutó al sinvergüenza ese la misma noche que fue dejado en libertad. Nos tocó correr mucho para escondernos, pero no tuvimos ningún inconveniente a la hora de volver. La muerte de Conrado le encantó al pueblo entero y a los militares, más. Trataron de investigar quién había sido pero todos guardaron silencio y algunos hasta lo celebraron. Como

sucedió en la obra maestra del teatro español del siglo XVIII Fuenteovejuna Félix Lope de Vega relata cómo en el pueblo de Fuenteovejuna un hombre comete un asesinato en contra del enemigo de todos, y cuando la justicia le indagó a sus habitantes quién fue, contestaron todos a una, "Fuenteovejuna, Señor". Así sucedió con el pueblo de Segovia.

Quince días después, llegamos a la base del Ejército y nos convertimos en los mejores guías e informantes que tuvieron las fuerzas armadas anexas al Batallón Bomboná. Nos presentamos: un muchacho Vanegas, lamentablemente hoy preso, tres trabajadores de la finca, Fidel, mi primo Panina, H2 y yo. Como guías del Ejército, les empezamos a mostrar quiénes apoyaban a las FARC, dónde guardaban la munición, en qué lugar dormían los guerrilleros. En esa época posaban de civiles y guardaban el fusil en las casas, vivían en las afueras del pueblo y los llamaban guerrilla periférica. Con nuestros datos los capturaban y algunos lograron ser procesados. No sumábamos en la Autodefensa más de diez personas. En ese momento nuestra pequeña organización era legal y aún no era delito defender la propia vida en Colombia.

Nuestra venganza continuó después de la muerte de Conrado. Uno a uno fueron ejecutados los secuestradores de mi padre. Obtuvimos información que nos condujo a saber quiénes participaron de manera directa. La segunda ejecución fue la del negro Clemente que se realizó en una carretera entre Segovia y la vereda El Cañaveral. La tercera fue la de un alias Mortiño, otro guerrillero que participó en el secuestro. La cuarta fue la de Miguel González. Este sinvergüenza era un trabajador de la finca de papá. Fingió no saber nada, pero desde tiempo atrás incitaba a la guerrilla para que secuestrara al viejo. Con su intención buscaba quedarse con la finca El Hundidor. La quinta ejecución fue la de alias 'Maní', el vigilante de mi padre, aquel que más lo maltrató y le decía: "Oligarca hijoeputa".

La captura de un guerrillero nos conducía a otro, y poco a poco descubrimos lo que realmente sucedió con mi padre. Confirmamos que lo habían matado a sangre fría cuando pactamos con un comandante guerrillero la entrega de información clave. Gilberto Aguilar alias 'Montañez', fue el comandante que decidió voltearse a las FARC y nos entregó a los demás secuestradores de papá. Montañez ingresó después a las filas de la Autodefensa y hoy está preso. Lo conocíamos desde que mi hermano Manuelito hacía caminatas juveniles y sin malicia con el Cuatro Frente de las FARC. Su testimonio fue fundamental para encontrar a los auto-

res intelectuales, entre los que estaba Gilberto Gallego, el presidente del sindicato de trabajadores de la Frontino Gold Mine. Fue un caso muy sonado en aquella época. Gallego era dueño del teatro municipal donde proyectaban películas de corte comunista y allí, a la salida del teatro, en plena plaza se le dio de baja. Recuerdo que los sindicatos paralizaron Segovia tres días. Luego vino la séptima ejecución, otro sindicalista gestor del secuestro de mi padre. Ellos eligieron a mi padre como ~~un~~ candidato para plagiar. Así fue como nos arruinaron la vida!

Quedaron algunos que desafortunados huyeron, pero a mí nunca se me olvidó lo que hicieron. Por eso, cinco años más tarde, retuve durante tres años a la familia de otro de los gestores intelectuales del plagio. Al final decidí devolverlos porque todo indicaba que ya había muerto. Nadie sabía de él.

Otros tres guerrilleros que estaban el día que se llevaron a papá, murieron de viejos. A uno más lo mató las FARC por indisciplinado. El penúltimo lo vine a encontrar hace poco tiempo le estoy hablando de 1995 casi 15 años después de la muerte de mi padre. El tipo era recluso de la cárcel de Bellavista, en Medellín, y no fue complicado ejecutarlo. Pusimos a un bandido a robar en el municipio de Barbosa, que ingresó por el techo de una casa efectuando el mayor ruido posible, se robó una plata. Pretendíamos que lo capturarán para enviarlo a la cárcel, pero la Policía detuvieron. Logramos que lo mandaran a la prisión de Bellavista y pagamos 5.000 pesos ~~para~~ que lo cambiarán de celda. Allí cumplió su misión, aunque se le fue la mano: le metió treinta puñaladas al secuestrador. Como a los dos años, sacamos a ese muchacho de la cárcel.

Así transcurrieron los primeros años después de la muerte de papá. Iniciamos la respuesta a una guerra que nos desafiaron, y nuestro sentimiento antisubversivo creció antes que apaciguarse. Éramos unos pistoleros vengadores con una causa por la justicia. ¡Así de sencillo!

Estando con el Ejército nunca realizamos una ejecución. Preferíamos actuar de noche, y por la mañana amanecía un guerrillero muerto. Se buscaba ayudar a las Fuerzas Armadas. Es que yo le digo una cosa, si la sociedad ayudara sin miedo, con todo lo que sabe y ve, la autoridad legalmente acabaría con el flagelo que sea. Pero en Colombia no existe esa conciencia. Hay un egoísmo enorme entre los ciudadanos y una falta de credibilidad en la justicia. Cada quien defiende lo suyo, creyendo que la guerra no lo va a tocar, y la indiferencia de los ciudadanos la capitaliza la gue-

rilla. Aquí no hay sentido de pertenencia por nuestra patria, y eso es gravísimo. He aquí una de las grandes causas de la debacle y el descrédito del país, como decía el doctor Carlos Lleras.

Muchas veces se nos acercó un policía o un cabo para decirme: "¿Carlitos, ve a ese hombre en la esquina del cementerio? Es un guerrillero. No hay ninguna prueba contra él. Ustedes verán qué hacen". Yo le contestaba: "Si no hay policía ni ejército por aquí, yo mando a los muchachos". Se coordinaba la acción y dos muchachos caminaban hacia la puerta del cementerio, y al salir el subversivo, lo ejecutaban. Al principio era así como funcionábamos, pero el método se fue perfeccionando con el tiempo para no cometer injusticias y tener la seguridad de que el muerto fuera realmente guerrillero.

—¿Cuántos años tenía usted en ese momento, comandante? —le pregunté.

Castaño movió rápidamente sus pupilas tratando de recordar, pues para las fechas no tiene buena memoria y menos para recordar la edad exacta que tenía cuando sucedieron hechos trascendentales de su vida.

—Cumpla mis dieciséis. Eso fue después de mayo, en el segundo semestre de 1982 para ser exactos.

—¿Cuál fue la primera 'ejecución' que usted realizó directamente sin intermediarios?

"Eso fue por esa misma época, en Remedios, Antioquia. Un primo hermano manejaba la inteligencia en el pueblo. La inteligencia en ese entonces era un güevón en bicicleta para arriba y para abajo, para ver qué escuchaba. Al verme llegar, mi primo me dijo: "Hermano, anoche llegó Idelfonso. Llevaba veinte días en el monte y está ahora en la casa". Idelfonso era hermano de uno de los hombres que secuestró a papá. Además lo andábamos buscando porque su casa era el sitio donde remitian las boletas de los secuestrados las extorsiones y los futuros atentados de las FARC.

Yo había presenciado ejecuciones, pero no me había involucrado directamente como ejecutor. Además, Fidel no quería que me metiera en nada de eso, pues decía: "Cualquier guerrillero puede estar armado y te puede matar. Nosotros no podemos morirnos. Si nos matan, la causa se acaba y hay que vivir mucho tiempo". Y a decir verdad, a mí no se me había ocurrido empuñar un arma para hacer una acción militar. Pero ese día no hubo forma de esperar. Me fui armado con un revolver Colt 32, largo, de cinco tiros. Mi primera intención no era ejecutarlo; quería espiar-

lo. Pasaba por el frente de la casa y justo en ese momento el tipo abrió la puerta y salió a la acera. Yo estaba en la mitad de la calle, en todo el frente de la puerta cuando el guerrillero me miró y, de inmediato, me reconoció. Él sabía que los Castaño los buscábamos.

Entonces gritó: "¡Mija, el revólver!" Mi reacción fue inmediata. Saqué el revólver y le disparé, fallé y al ver que no había acertado, pensé: "Este hijoeputa me mata de aquí para abajo". Idelfonso entró nuevamente a la casa por el extenso y oscuro corredor que conducía a la sala, y yo ya iba en la puerta corriendo tras él. Cuando lo alcancé en el solar de la casa, estaba agachado sacando una rula. Lo del revólver era mentira. Recuerda, como si fuera hoy, lo que le grité: "No creas que me vas a matar a traición y amarrado como a mi papá, hijueputa".

Con la rula en la mano, volteó y me miró aterrado. Yo le apunté a la cabeza y le metí un disparo en el cuello. El hombre dio dos pasos atrás y se recostó en la pared. Ahí le metí tres tiros más en la cabeza, los únicos que me quedaban. Era tanta la rabia, que le seguí martillando en seco con los ojos cerrados. Yo solo oía el tic, tic, tic.

Con los ojos aún cerrados, di la vuelta para salir. Sin embargo, le oí, un ronquido, un ruido extraño, y pensé: "Este se me va a parar". Lentamente giré la cabeza por encima del hombro para mirarlo y vi su rostro destrozado por los orificios de entrada y salida de los cuatro balazos.

La imagen fue horrible. Lo vi tan feo y desfigurado que entré en pánico y salí corriendo. Cómo sería el susto que al frente de la casa, y en plena calle, boté el revólver porque me estorbaba para escapar. Corrí, corrí y corrí sin parar. Pasé por las últimas casas del pueblo como un caballo desbocado durante veinte minutos. Tratada de cansar el cuerpo para descansar el alma. Lejos del pueblo, paré y me senté sin saliva al borde de la trocha; en medio de una oscura noche sin luna. La ausencia de saliva no era producto del cansancio, era del terror que me produjo mirar a ese hombre. Cuando lo vi, no sé por qué pensé que así había quedado mi padre.

Permanecí unos días escondido mientras Fidel llegaba de Medellín. El regaño se venía, pero mi mente ya estaba atormentada, pues después de que a uno le pasa la rabia, viene el autocuestionamiento. Viví tres días de fuertes náuseas y mareo.

Cuando Fidel me saludó, me hizo el reclamo muy a su estilo, en un tono de voz fuerte, más fuerte que la mía. ¡Imágnese! Claro que corto y sin una mala palabra. Yo nunca le oí a Fidel mentar la madre. Sólo me

dijo: "¡Carlitos, por Dios! ¡Cómo se le ocurre ir a usted solo a hacer una acción de esas! ¡Cómo es que se va por todo el frente de la casa del tipo ihombre!".

Ya un poco más calmado dijo algo que hoy, veintinueve años después, aún le repito a las tropas de la Autodefensa en formación: "A uno sólo le dan dos segundos para reaccionar si no aprovecha ese tiempo, no hay poder humano que logre evitar lo que le va a pasar".

Fidel era en ese entonces un hombre de treinta y cinco años y desde que yo nací, la autoridad en la casa fue siempre compartida por mi papá y él. Después del regaño, su actitud fue la siguiente: "Lo que usted hizo, Carlitos, tiene una sanción y un premio". "¿Por qué?" Le pregunté. "Porque cuando ya la había embarrado, lo que tenía que hacer fue lo que hizo, sino el muerto hubiera sido usted".

Con cierto sentimiento de culpa, le dije: "Pero el tipo no tenía ningún revólver, Fidel". A lo que replicó de inmediato:

"¿Pero si lo hubiera tenido, qué? Mire, Carlitos, yo le traía a usted de regalo una camiseta y unos tenis nuevos. El castigo es que sólo le voy a dar los tenis".

Eran unos zapatos de lona con suela de caucho amarillo. Los quería tanto que cuando llovía me gustaba caminar por la arena mojada para ver la huella que dejaba el labrado de la suela al pisar. Yo ya era casi mayor de edad, pero decía: "¡Que huella tan hermosa la que deja este tenis!" ¡Cosas de niño!

—¿Y su niñez?

Kenia, su futura esposa, nos interrumpió y con la ingenuidad con que una mujer joven cuenta algo íntimo, dijo con en su marcado acento costeno:

—Mira, Mauricio, imagínate que Carlos le clavaba unas puntillitas de cabeza gruesa a los tacones de los zapatos negritos con que se iba a la escuela. Los hacía sonar cuando pasaba por el pasillo que llevaba a los salones, sólo para que todos sus compañeritos lo oyeran caminar: tac, tac, tac, tac. Al oír los pasos, se quedaban callados pensando que era un señor muy grande.

Castaño la miró sonriente durante la corta anécdota y le dijo:

— ¡Amor, cómo cuentas esas cosas!

De repente, se puso de pie e interrumpió la charla:

—Bueno, periodista, nosotros nos vamos ya. Hay que cumplirle a los

suegros. *Mañana muy temprano comenzamos las actividades. De pronto aprovechamos y para visitar a mi madre y podremos avanzar en el libro.*

Ya era la segunda vez que trataba de encartillarme en la historia de su infancia en Arnáiz. Después de conocer los pormenores de la venganza de los Castaño, sentía curiosidad por saber cómo era su vida antes de los catorce años. El secuestro de su padre, sin duda, le dio un giro a su vida.

Por esos días, la vida de Carlos Castaño giraba en torno a su matrimonio. Falaban apenas quince días para casarse por segunda vez.

—*Soy bien conservador para esas cosas. Soy godílo. Sólo he tenido dos mujeres en mi vida Claudia. la madre de mis dos hijos, con quien me casé a los dieciocho años, y Kenia, mi futura esposa.*

Durante estas dos relaciones tuvo otra de siete años de duración, sin matrimonio ni hijos. A Castaño no le gusta hablar mucho de ella. Únicamente dice que la recuerda con gratitud.

Por un momento hablé a solas con Kenia, antes de abordar el helicóptero que nos condujo desde Antioquia hasta la finca en Córdoba. Entrable una corta charla con ella. Entré sutilmente en confianza al no tomar notas ni prender la grabadora. En ese instante todo lo dicho se fue a la memoria. Por eso, antes de acostarme, decidí recordar la respuesta de lo que era una pregunta obligada para ella: “¿Cómo se conocieron?”.

Impresionado por las duras historias que me había narrado Carlos Castaño durante el segundo día de encuentro, tomé la libreta y mientras me vencía el sueño, descansé al escribir fragmentos de un relato de amor en medio de la guerra: “Yo conocí a Carlos, después de un funeral. Había muerto el papá de una compañera de estudio de Montería, y ella me pidió el favor de que la acompañara donde Castaño, pues el papá de ella era un ganadero muy querido en la región y él deseaba darle las condolencias. Cuando conocí a Carlos me pareció un señor mayor y no se me pasó por la cabeza tener algo con él, en cambio a él sí. El señor fallecido era un un viejo amigo y él trataba de ayudar a mi amiga y a su familia en lo que fuera necesario. Con esa disculpa, me empezó a llamar a la casa ¿Que cómo seguía? me preguntaba. Que la cuidara, me decía. Siempre que él le enviaba el chofer a ella, a la salida del colegio, le pedía que me trajera. Como era por la tarde, en mi casa ni se enteraban. Monábamos a caballo y,

de vez en cuando, nos invitaba a almorzar, hasta que empezó a llamarme sólo a mí, alrededor de las seis de la mañana. Yo vivía con el teléfono inalámbrico en mi cuarto para que no contestara mi mamá. Después me inventé que tenía un curso de inglés en el colegio y como supuestamente era por la tarde, comencé a aceptar sus invitaciones más seguido.

Un día, llamó a la casa y mi mamá le contestó. Le dijo que yo no estaba y cuando ella le preguntó “¿De parte de quién?” Él le dijo: “De Carlos Castaño”. Mi mamá colgó y casi le da un yeyo cuando relacionó la voz del teléfono con la del comandante que salía en la televisión. Casi me castigan, pero yo acudí a una excusa: le conté que acompañaba a mi amiga Mamá me prohibió que volviera pero a mí él ya me gustaba: era tierno, chistoso y me enviaba unas flores divinas. Cada vez se hizo más difícil que yo fuera a verlo. Él me llamaba y me decía, como a las carreras: “Hola. ¿Cómo estás? Te extraño” Y me colgaba. Luego me volvía a llamar y me decía: “Quiero verte” Y volvía a colgar. Cuando por fin pude reencontrarme con él nos vimos en el cruce de dos carreteras. Él venía en una camioneta y yo en otra. Se subió al puesto del conductor, me dijo que tenía mucho trabajo y que no se podía demorar. Me miró a los ojos y dijo: “Quiero que te quedes conmigo”. Yo le pregunté: “¿Cómo así?” Y ahí le dio un arranque raro. De pronto se me acercó, me robó un beso y se bajó del carro corriendo. ¡Yo quedé lista! Pasaron varios días. No me llamaba y yo esperaba que fueran las seis de la mañana. Mi mamá me lloró y me dijo: “Si te vuelves a ver con ese tipo, le cuento a tu papá”. Cuando volvimos a hablar, él me propuso que me fuera con él. Yo, sin pensarlo, le dije que sí y me volé de la casa. El cuento es que yo lloraba por dejar a mi familia, pero quería estar con él. Esa misma noche, le enviamos una carta a mi papá y a mi mamá, y luego, los llamamos. A los tres días nos reunimos con mis padres en una finca y oficializamos nuestro noviazgo. Yo le dije a mi familia que quería quedarme con él. Que ya era una decisión tomada. Mi mamá lloraba, mi papá estaba muy molesto y sólo le decía a Carlos que me cuidara pero esto se dio después de mucha discusión.

Días más tarde, íbamos a caballo por una trocha en medio de la selva del Paramillo. Se acercó, me dio el anillo y me pidió que nos casáramos.

MI INFANCIA

Desde que me volé de casa, no me he separado de él. Me regaló a Lolita, la perrita que nos hace compañía. Todas las noches, después de orar, nos dormimos leyendo. Sea la hora que sea, él siempre se levanta y me despierta para darme el beso de los buenos días. Hoy, mi mamá y mi papá han aprendido a querirlo y tienen una excelente relación con él. Mi hermanito, ni hablar. Desde el momento en que lo supo fue el más feliz de todos. Dice: "Mi cuñado es Carlos Castaño. ¡No joda!".

—Le cuento que a mí no me gusta ir a la zona donde está mi mamá, es muy lejos de la montaña y corro riesgos, prefiero traerla a un lugar más cercano. Pero a la vieja no le gusta moverse de su casa, ella no cambia su rancho y nunca le ha gustado el lujo. Yo me la he querido llevar para una casita mejor, en un clima menos caliente. ¡Pero nada! Es caprichosa como ella sola. A mí me gusta picarle la lengua, porque es tremenda. Ahora la va a conocer ¿Hoy si lo dejó dormir? —me preguntó Castaño, mientras conducía.

Sentado en el borde del asiento trasero de la Toyota, con mis dos manos apoyadas en las sillas delanteras, le contesté:

—Sí, aunque para decirle la verdad, me levanté a las cuatro, a las cinco y a las seis de la mañana, pensando que usted llegaría en cualquier momento.

La tranquilidad con la que se desplaza uno de los hombres más buscados del país, me sorprendía cada vez más.

—Esta es zona de Autodefensa, es muy difícil que hasta aquí llegue un guerrillero sin ser detectado; tenemos gente nuestra con radio teléfonos carenta kilómetros a la redonda, que nos reporta si hay algún reten o un operativo militar, eso sin contar los campesinos, agricultores y ganaderos amigos que nos avisan por teléfono cualquier movimiento inusual.

—¿Estas carreteras las han construido ustedes?— le pregunté.

—Claro que sí. Construimos carreteras internas en las fincas y éstas van formando una gran troncal en todo el norte del país. Un día me dio por salirme a la troncal de la costa, sólo un trayecto de cinco kilómetros pensaba recorrer, mientras tomaba la vía destapada otra vez. Lo normal es que siempre me avisen si puedo pasar o no. Mis hombres acostumbra preparar la salida, pero ese día me fui sin avisar. Salí a la altura del peaje. Como

iba de civil y no veía policía ni ejército, me atreví a pasar. Tranquilamente bajé el vidrio, le di el dinero a la niña, se quedó mirándome y dijo: "Yo a usted lo he visto en alguna parte, ¿dónde?, ¿dónde?", se preguntaba sin darme el tiquete. Me lo dio y dijo: "En televisión. ¡Claro!" "Pero ¿cómo se llama usted?", me volvió a preguntar. Yo le sonreí y seguí, fue graciosa su reacción, pero lo que hicimos fue una locura, y le dije a Kenia: "Si en un peaje me reconocen, no puedo volver a salir del monte".

Luego opté por avanzar un poco más, pero tengo la mala y la buena suerte de encontrarme un retén de la Policía vial. A los diez hombres de la escolta les hice esconder los fusiles, pues consideré menos imprudente parar en el retén. El policía se me acercó y, al reconocermé, se quedó impávido. ¿Agente, como está? ¿Usted sabe quién soy yo, cierto?". Le pregunté con voz serena, y me dijo: "Claro que sí". Entonces sólo me quedó decirle: "Me perdona, pero yo voy a ver unas tropas que tengo por aquí, pero no voy a quedarme".

Aunque me la jugué, para pasar, fue un abuso y un irrespeto a la autoridad que él representa. Lo que me impató, después, fue su rápida respuesta: "Como ordene, comandante".

Yo me fui de inmediato. ¡Qué susto el que me dio! Desde ese día prometí jamás volver a hacer una gracia de esas.

La casa de la madre del comandante de las Autodefensas Unidas de Colombia es más sencilla y humilde de lo que cualquier persona se pueda imaginar. Sin lujos. Teniendo en cuenta que Castaño se gasta seis mil millones de pesos en el mantenimiento de su organización, unos tres millones de dólares, al mes, se podía esperar, por lo menos, algo más moderno para su mamá. Pero doña Rosa no quiere más de lo que tiene, desea seguir siendo la misma campesina de Amalfi. Atravesamos la puerta y nos aproximamos a una casa de madera, con techo de paja, un baño, dos habitaciones y un corredor que conduce a la cocina. El corredor hace las veces de sala-comedor. Allí, cerca de una hamaca y una hermosa mecedora, se encontraron:

—*Hola, mi viejita.*

—Ay, mi niño.

Doña Rosa abrazó a su hijo dejando por segundos la cabeza recclinada en el hombro de Castaño.

—*Mamá, saluda a Kenia. Y te quiero presentar a un señor que está de paso y te quería conocer.*

Castaño me había advertido que así me presentaría para evitar que ella se intimidara conmigo. La habíamos sorprendido cocinando y haciendo las cosas que entretienen a las mamás. Doña Rosa se quitó unas gafas de marco grande y se peinó su cabello corto, poblado por las canas de la edad y la virtud. Después de aceptarle un queso con dulce de guayaba, Castaño la provocó para que hablara.

—*Todos mis hermanos hicieron su primera comunión con el mismo vestido; la hora de ir a la iglesia era cuando uno crecía y le encajaba el traje. ¿Cierto, doña Rosa, que como yo me quedé pequeño y no crecía, nunca me sirvió el vestido y casi no hago la primera comunión?*

Al instante, replicó de pie desde la mecedora donde le acariciaba el cabello a Kenia:

—No hable bobadas, a usted se le arregló su vestido y pudo hacer la primera comunión, como Dios manda; con el padre Toño la hicieron unos y con el padre Montoya, otros.

—*Mamá, pero yo he sido el más adelantadito de los hermanos, el más juicioso, ¿cierto?*

Doña Rosa agachó un poco la cabeza y lo miró como regañándolo al decirle:

—*"Árbol que nace torcido, su tronco no endereza".*

—*¡Doña Rosa, cómo dice usted eso! Ya sé que quiere más a mi hermano Héctor, que es muy sano, y nunca quiso la Autodefensa, ¿sí o no, mamá?*

—No, señor, a todos los hijos los quiero por igual. Estén o no metidos en eso.

Entre pregunta y respuesta, Carlos no perdía la sonrisa al molestar a su mamá, y ella hacía lo mismo, pero trataba de ocultarlo.

—Mire, mi niño, el que inventó las armas debe estar ardiéndose en el infierno.

—*Pero yo que las uso buscando cambiar y mejorar este país, ¿qué mamá?*

—No, mi niño, el error fue habernos ido para la ciudad.

—*Es que mi mamá dice que desde que nos fuimos para Medellín, todo lo malo nos empezó a pasar.*

—*¿Mi viejita ya tiene listo el vestido para mi matrimonio?*

—*¡Qué matrimonio! No le vaya a hacer ese mal a esta niña tan linda. Ella está muy pequeña para usted.*

—¿Pero cuántos años se llevaban mi papá y usted?

—Eso era otra época, déjela que ella está muy bien así, muy linda solita.

—*Vejita, usted por qué no se va conmigo y Manuelito, mi hermano, para una casita más cerca, donde yo la pueda visitar, mire que hace rato no la veía y allá va a estar mejor.*

Doña Rosa hizo cara de no querer moverse de ahí; la misma expresión tuvo Manuelito, que ya es un señor de cincuenta años y está cansado de huirle a la guerra, pues a donde va como cualquier ciudadano común y corriente, corre el peligro de morir por ser un Castaño.

Mientras doña Rosa me servía otra taza de agua de panela, observé su cuarto. Al frente de una sencilla cama y un nocherito ordenado, se ubicaba la mesa que más cuida, pues allí reposa una imagen de la Virgen María, junto a una Biblia y un Sagrado Corazón de Jesús. Las figuras están escoltadas por la foto del padre Leonidas Moreno y el Papa Juan Pablo II, juntos.

—*Ese cura sí que me ha dado dolores de cabeza, pero es un gran hombre de Dios*—dijo Castaño—. *Como misionero, es el que más ha hecho por los negritos del Chocó, también es el que más palo me ha dado y con el que más diferencias tengo por las "Comunidades de Paz". Él, tratando de salvar su obra, las ha defendido, sabiendo que están infiltradas por las FARC, y la guerrilla las utiliza para hacer fechorías.*

—*Mi mamá es lo más camandulera del mundo; y es que ha sufrido mucho, se le ve el dolor en el rostro*—, me susurró.

—Su expresión es dura y llena de nostalgia, le dije.

—*Ella es una mártir, y la pena ya la anestesió. Se le murió su esposo y la guerra ya le ha quitado cinco hijos, cuatro hombres y la niña menor. Lo de papá fue lo más duro para ella, casi se nos muere. Ellos habían logrado formar un hogar católico y conservador laureanista. En esa época decían de mi papá que su palabra era una escritura. Él sigue siendo mi ejemplo ideal de rectitud, de ética y valores. Recio, implacable; una autocracia, un patriarca. En esa época se iba a misa de 5 de la mañana y se rezaban los tres rosarios a las 5 de la tarde.*

En la casa siempre fue importante trabajar, por eso él nos pagaba salario por nuestra ayuda en la finca, los fines de semana. Nos daba dos pesos semanales, ahorrábamos y luego él le completaba a uno con el fin de comprar los cuadernos para estudiar. Desde niños nos enseñó que uno debía

ganarse el dinero para mantenerse. En la finca madrugaba a poner el agua, y me decía: "Carlitos, a echar el agua". Tenía que coger por toda la acequia hasta la toma y encausarla. Luego me correspondía ir a enjear las vacas, pues no sabía ordeñar bien, estaba muy pelao, de ocho años. Después me tocaba recoger la boniña vieja y llevarla a una huerta para abonarla, regresaba de llevar cuatro o cinco viajes de boniña y nos gritaba mamá: "Carlitos y Reynaldo, a 'garitar'". Yo creo que ese término no existe, pero así le decíamos a llevar la comida a los trabajadores de la finca, que estaban rozando en un tajo de nuestra tierra. En una olla llevábamos la sopa y en una 'jiquera' o 'catanga', cargábamos el seco envuelto en hojas de plátano: arroz, carne, tajadas y arepa.

—Ya era malicioso cuando eso— dijo su hermano Manuelito, quien escuchaba a Carlos Castaño, desde la puerta de la habitación de doña Rosa. Cuenta el 'Mono Candelillo', un amigo y trovador, que le metían piedritas al seco y, cuando alguien las mordía, soltaban la risa. Carlitos se venía a pelo en la yegua de papá por un despeñadero y frenaba en la puerta del corral. Jugaba a no dejarse caer y decía, después del regaño, "*te asustaste, te asustaste*".

Regresamos a la sala de la casa y allí fue Teresita, su cuñada, quien recordó cómo hablaba Carlos Castaño, cuando era niño:

—Trataba de tu a tu a todo el mundo. Recuerdo que iba una vez con don Jesús, alma bendita, y pasaron por donde don Antonio Arango, el hombre más serio del pueblo, y Carlitos, al pasar por el frente de su negocio, le gritaba: "*Como estás, hombre, Tóño*". "¡Qué hubo, Carlitos!, le contestaba el señor. Don Jesús lo regañó y le dijo: "¿Qué es eso de hombre, Tóño? No ve que es un señor muy importante". Carlitos le contestaba: "*Tranquilo, papá, que ése es amigo mío*".

Victoria, la profesora que le enseñó a leer, cuenta que siempre se había adelantado. Una vez lo sacó a escribir las vocales y él, tímidamente, salió al tablero. Cada vez que escribía una letra, él la miraba, ella aprobaba y él sonreía, hasta completar las cinco vocales. Cuando terminó, se devolvió a la silla tan seguro como el que más sabía. Ella dice que usted le llamaba la atención por el exceso de respeto que le tenía a ella.

—*No era sólo respeto*—dijo Castaño. *Era admiración por todo lo que sabía la profesora; además, yo quería ser profesor.*

—*Mamá, pero vea que yo hacía buenas obras cuando era muchacho: le enseñé a jugar ajedrez a la hija del alcalde, después de ganarme el cam-*

peonato en la escuela. Pero me empujé con ella y se acabaron las clases privadas. Les inundé la casa de anturios blancos y rojos a las hermanitas del convento. La monja Carmen Julia y a la hermana María Helena fueron alumnas mías, les enseñé a montar en bicicleta. Cuando yo trabajaba los domingos limando los pitones, apretando radios y limpiando medidas libres, me llevé una de la ciclas del alquiladero 'La Niña' para el patio de la Normal de Señoritas, y allá aprendieron las religiosas. Siempre he sido amigo de las monjas y los curas. En la misa del domingo, leía la palabra de Dios. Recuerdo que en Medellín, antes de ser secuestrado papá, dialogaba con el párroco de la iglesia Santa Rita de Casia en el barrio Simón Bolívar. Al padre Heladio le preguntaba con frecuencia sobre la problemática de Medellín, cómo vivían las personas?, ¿por qué tanta gente junta?, ¿dónde hay empleo para todos? Un cura enseña y hay bastante que aprenderle; además, ellos están dispuestos. Conseguir quién le enseñe a uno gratis o sin ningún interés, es difícil. En cambio a ellos es fácil llegarles y no necesita uno pretextos; charlar con un obispo es delicioso, porque ellos han estudiado un jurgo. Yo a los curas siempre les digo papás, pero cuando estoy bravo con ellos les digo: "¡Vea, sacerdote!".

—No sé si sea un privilegio, pero veo algo y siempre lo recuerdo; para mí no pasa casi nada inadvertido en la vida, quizá por eso retengo tan bien muchas cosas. Mi papá me enseñó de pequeño que no se decía "Colombia" sino "mi Colombia"; nunca le oí decir "el país", siempre decía "nuestro país". El tenía sentido de pertenencia y repetía que esto era nuestro y que me correspondía cuidarlo. Quizá de ahí venga algo de mi fascinación por lo que hago y por los símbolos patrios. Siempre fui primero y segundo en la Normal de Menores, izé bandera tres veces en un año, pocos repetíamos, y los que lo hacíamos, portábamos el asta por el patio principal de la escuela. Me condecoraron con dos medallitas y un escudo. ¡Los símbolos me han emocionado siempre! Me aprendí el Himno Nacional completo, la estrofa que más me gusta es: "Bolívar cruza el Andes, que riegan en dos océanos, espadas cual centellas fulguran en Junín, centauros indomables descienden de los llanos y empieza a presentirse de su epopeya el fin". No he olvidado el mensaje de Simón Bolívar.

Teresa, quien está aquí con nosotros, fue la primera persona que me informó sobre la muerte de Fidel, ella era la esposa de mi hermano Ramiro. Se quedó con nosotros y ha sido la líder de toda nuestra reforma

agraria en Córdoba, cuando Fidel regaló diez mil hectáreas de tierra y fundó un colegio. Ella adelanta otras obras sociales que se han hecho en la zona. A Ramiro, su esposo, lo mataron a los veintiséis años, saltó de la feria de ganado donde trabajaba, cuando varios hombres le dispararon. Yo venía de la zona rural, y cuando llegué a la casa, en el barrio Las Vegas, de Medellín, mamá me esperaba con el periódico El Colombiano. En la sección de sucesos breves, aparecía el nombre de mi hermano, y doña Rosa me dijo: "Mijo, tienen a Ramiro en la cárcel".

Yo leí bien y me di cuenta que ella no entendió la noticia del periódico: "Los vecinos escucharon el 'tableteo', mientras llegaban las autoridades". Ella no logró comprender el término 'tableteo'. A mí me entró un frío impresionante. Mamá creía que estaba detenido, cuando estaba muerto.

Después fallecieron Eufacio de treinta años y Reynaldo de veinticuatro. Ellos traían unas armas del departamento del Guaviare, en el sur del país. Iban a comprar unos fusiles brasileños a unos traficantes de armas en plena selva, pero los vendedores resultaron ser guerrilla y a la hora del negocio los mataron.

El caso de mi hermanita, la menor de la casa, también le dio muy duro a mi mamá. A Rumalda no le gustaba andar con escuela en la universidad EAFIT. Uno de esos días, al salir de clase, como a las dos de la tarde, un grupo de guerrilleros la secuestró y, al tratar de sacarla de la ciudad, en un descuido de los tipos, a más de setenta kilómetros por hora, ella abrió la puerta y se les tiro del carro. Era una Castaño.

Doña Rosa escuchaba de lejos el relato de su hijo, se acercó a la silla donde estaba Carlos Castaño y le dijo, mientras le acariciaba la cabeza.

—Ay, mi niño, a usted le ha tocado estar en todas las tragedias de la familia.

—Bueno, mamá, nos vamos, porque tengo el anillo de seguridad muy disperso y no estoy tranquilo. Cuídense, mi viejita, hasta luego, Manuelito.

Castaño se despidió de doña Rosa, como si en la noche regresara; le dio un abrazo, un beso en la frente y no la volvió a mirar. Su rostro, piel canela, curtido por los años, se tornó nostálgico. Doña Rosa se llevó continuamente su mano a la boca y giraba la cabeza de izquierda a derecha, pero conservaba la mirada fija en nosotros. Yo nunca dejé de mirarla, tenía una cara blanca larga. Inmersa en una expresión de angustia. El estruendo de una escuela más numerosa, por lo menos veinte hombres en dos camionetas de estaca, contrastaba

con el silencio de doña Rosa en la puerta del corral, donde inclinó su cuerpo para recostarse en la madera y pensar lo que, según Castaño, siempre se pregunta al verlo partir: "Ay, Dios mío, quien sabe qué cosa mala va a pasar este año".

Nos alejábamos en silencio de la casa de su progenitora. Nuevamente Castaño había fracasado en su intento de llevársela más cerca al monte, donde podría visitarla seguido.

—Doña Rosa siempre me dijo que el gran sueño de Fidel fue ser un hombre rico, y lo fue. Todas estas tierras por donde nos movemos ahora fueron de Fidel y, antes de morir, las regaló. Se donaron más de diez mil hectáreas de tierra a los campesinos. Había que mostrar en las regiones que lo nuestro funcionaba, y donar la mitad de lo que él tenía era la mejor estrategia, ésa fue la famosa reforma agraria del 91, en Córdoba.

Al entregarte tierra a más de cinco mil familias y mucho ex guerrillero reinsertado del grupo EPL, sin duda, captabamos fuerza social, y fuerza social es poder. Además, íbamos desvirtuando el discurso de la guerrilla; ellos decían que nosotros éramos unos terratenientes y una anti reforma agraria. Teresa ha estado al frente de Funpazcor, la fundación para la paz de Córdoba. Desde la muerte de Ramiro, mi hermano, ella se ha convertido en la gran canalizadora de recursos, siempre lícitos para nuestra obra social, que, a la postre, acrecienta el apoyo popular a la organización en Córdoba.

—Y que pasó con el resto de las tierras de su hermano?

—Cuando Fidel murió, dejó unas veinte mil hectáreas de tierra, treinta mil cabezas de ganado y unos doscientos millones de pesos guardados. La mayor parte de su fortuna estaba en obras de arte, pero casi todo se la gastó en la guerra.

Antes del secuestro de papá, Fidel no le quitaba un peso a nadie, era un hombre rebuscador, pero, después, todo cambió. Mi hermano nunca buscó la guerra como una forma de hacer negocio y volverse un hombre rico, él se la encontró en el camino.

Lo primero que uno descubre es que ninguna guerra se financie lícitamente. ¡Jamás! Generalmente, todos los ideales son nobles y, aunque no siempre son los más justos, tienen presentación. Le voy a contar cómo comenzó a financiar esta guerra. A los 16 años, mi hermano se fue de la casa. Cuenta don Efraín Ruiz, el mejor amigo de papá, que un día Fidel se apareció con un maletín de mano en la carnicería y le dijo: "¿Qué

hubo, viejo?" "¿Qué más, Fidel? coname", le contestó don Efraín, desde el mostrador, cuando, de manera directa, mi hermano le pidió su ayuda: "Viejo, es que necesito que me prestes dos mil pesos, que me voy para Medellín. No me vas a decir que no y tampoco le digas a mi papá". "Eso no le va a gustar a don Jesús y yo no tengo toda esa plata". Entonces Fidel le insistió decidido: "¿Me la vas a prestar, sí o no?"

Don Efraín no creía que mi hermano sería capaz de dejar el pueblo e irse a andar la ciudad. Pero, al verlo salir con el maletín hacia la parada de buses escalera, sacó dos mil pesos del producido y lo siguió. Cuando lo vio subirse al bus, que iba para Medellín, se le acercó preocupado, pues le daba pesar dejar ir al muchacho sin el dinero, le sonrió y le dijo: "Fidel, creí que no era verdad, me los pagas cuando puedas".

Cinco años más tarde, Fidel volvió a la casa, pagó los dos mil pesos con intereses y le compró la mitad de la finca a mi papá; montó el bar en Segovia y se dedicó a trabajar, de sol a sol. Se metía a la finca a levantar el ganado y en la feria revendía reses.

Nunca tuvo ánimos expansionistas, pero vino el secuestro y asesinato de nuestro padre, y mi hermano cambió. Comenzó el enfrentamiento con la guerrilla y se convirtió en lo que fue, hasta el día de su muerte, una máquina de hacer plata.

A partir de ese momento entendí que siempre es más sucio financiar la guerra que hacerla. Tuvimos una mina de oro en Amalfi, con papeles y todo, no daba oro, pero justificaba los robos de mercancía que hacía Fidel en Medellín, con un camión que tuvo en compañía con don Efraín. Un día robaban llantas, otro plantas eléctricas, después lotes de motobombas. Con la mina de oro se justificaba la plata y toda se le invertía a la guerra. Robó madera toda la que quiso, compraba una buena cantidad en efectivo a buen precio y luego mandaba a unos trabajadores en la noche y se llevaba el resto. Imagínese que llegó hasta tener distribuidora de maderas en Bogotá. Hacía lo mismo con piedra 'Peldar' y llegó a producir aguardiente chiviado en su propio alambique. Era un gran tahur y robaba, jugando cartas al marcar el póker. Se llevaba caballos de una región y los cambiaba con alguien que se los robaba en otra.

Como verá, Fidel fue antisubversivo hasta los tuéanos pero no tenía todos los escrúpulos. Tuvo una ética rara, nunca permitió que se atracara a una persona y jamás extorsionó a alguien pero realizaba grandes robos. En las minas de diamantes en Venezuela y Brasil, no iba a comprar para

vender, estaba pendiente del momento en que sabía la remesa para atracarla con unos picaros. Amigo de Víctor Carranza, tranzaron en repetidos negocios, no sé si robó en las minas de esmeraldas.

Eso fue al principio, después surgieron las ayudas y las donaciones de la gente, víctima de la guerrilla. Algunas casi en secreto. Una vez llegamos a la finca de una de las familias más prestantes de Antioquia, los Bedou. Pedimos ayuda y la respuesta fue tajante, nos dijeron que ellos pagaban impuestos. Estábamos durmiendo en una finca cercana, cuando apareció un hombre con quinientos mil pesos, una donación anónima, pero nosotros sabíamos que venía de ellos, pero no querían que se supiera. Eso era mucho dinero en la época!

Así sucedió con mucha gente, y hoy el sistema de donaciones de simpatizantes antiguerrilleros es más moderno. Siempre están circulando en el país cincuenta cuentas a nombre de gente nuestra, los números de las cuentas pasan anotados en papitos de simpatizante a simpatizante, de reunión en reunión, de coctel en coctel, y el que quiere enviarle dinero a la Autodefensa, lo hace a través de una consignación anónima o en efectivo. Hace poco recibimos un estimulante regalo de cien millones de pesos y esta es la hora que he buscado y buscado la persona que nos los dio y no la he podido encontrar.

Mientras Fidel conseguía dinero, yo estaba cada vez más al frente de la causa antisubversiva; ya realizábamos acciones en Zaragoza, Segovia, Yalí, Yolombó. Sólo sumábamos unos doce muchachos por el horizonte antioqueño.

Para esa época, la guerrilla había tomado posesión de nuestra finca; vendían nuestro ganado en el pueblo y desplazaron a los trabajadores, después de matar a Germán, nuestro último administrador. Fidel creía que no era posible recuperar el ganado de papá, unas seiscientas vacas lecheras. La zona es limitrofe con el sur de Bolívar, donde regía una concentración poderosa de guerrilla, el Cuarto Frente de las FARC y la compañía Honor del ELN.

Le dije que lo intentaríamos y me fui para el batallón Bombona, y me recibió un mayor Zárate y luego un coronel del cual no recuerdo el nombre. Me presenté, le conté mi problema, y el coronel me dijo: "Primero ayúdeme a realizar unas operaciones allá, sírvale de guía al Ejército". Yo le dije que sí y, de inmediato, nos trasladaron en un helicóptero hasta la base en Segovia, donde me presentaron al capitán

Francisco Rey, nos dieron unos sombreros, ponchos y nos enviaron a la carretera que de la finca 'El Hundidor' conduce a Segovia. Al primer bus escalera, que subía, lo detuvieron y, al instante, reconocí cuatro guerrilleros de civil. A la media noche ya se tenía información de un campamento cercano; los atacó el Ejército, dieron de baja cinco guerrilleros y se recuperaron varios fusiles M-14. Nosotros continuamos ayudándoles, mientras les pedía que me colaboraran para sacar el ganado, pero se rehusaron, porque era un riesgo muy alto enviar tropa hacia ese lado, repleto de guerrilla.

No vi otra alternativa que arriesgarme a sacar mi ganado. Lo monté como pude y sólo cuatro camiones lograron atravesar el pueblo. La alcaldesa de Segovia Rita Tobón, quien actuaba como brazo político de las FARC, ordenó parar los camiones y nos los detuvo a la salida de 'El Hundidor'. Ni el director del ICA en Remedios, ni la alcaldesa quisieron entender mis razones y sólo dijeron: "Cómo pretenden ustedes sacar ese ganado, sin vacunar".

No había forma que entendieran, porque ya la guerrilla de las FARC les había dado orden de no dejar sacar los animales. ¡No habíamos vacunado, porque nos quitaron la finca!

Los camiones se quedaron en el camino, y me fui para Medellín y en la Gobernación de Antioquia le pedí ayuda al secretario de Orden Público, un doctor Juan Guillermo Heredia. El tipo, sentado en el escritorio, me dijo: "Aquí no podemos hacer nada".

La alcaldesa, en un supuesto acto de "legalidad", ordenó devolver el ganado a la finca. El ganado se lo robó la guerrilla después. Ofendido en el alma, quise regalar la finca, pero la subversión no dejó que alguien la recibiera y se apoderaron de todo. Pero, tiempo después, a ese director del ICA lo ejecutamos por subversivo.

Ése era el poder de la guerrilla institucionalizado en todos esos pueblos. Controlaban: Vegachí, Santa Isabel, El Tigre, Yalí, Yolombó, Remedios, La Cruzada, Machuca, Segovia, Zaragoza y El Bague. Un fortín guerrillero y, desde allí, surtían sus frentes de guerra.

Hoy en día, las cosas han cambiado; veintitún años después, usted puede ir y no tiene ningún problema, es una zona liberada.

Tengo ganas de conceder algún día una entrevista allí. Después del secuestro de papá, en esa finca, no he vuelto, sólo la he sobrevolado cuando las tropas del sur de Bolívar reconquistaron el área.

En ese tiempo, logramos muchos éxitos con el Ejército. Ya éramos un grupo más grandecito de treinta hombres. La guerrilla nos miraba con curiosidad, no nos daban importancia y nos decían 'los sapos'. Se referían a nosotros como unos locos, ahí, sueltos. Pero, para desgracia de la guerrilla, descubrimos que no era difícil combatir; ellos también sienten miedo. Con el transcurrir de los días, vimos la clase de ignorantes que son, eran poderosos, pero en su madigüera. Aprendimos que cuando estaban armados y concentrados, no había que pelear con ellos; pero la guerrilla tenía que salir así fuera a tomar agardiente a los pueblos, a los caseríos o a las veredas. Allí se empezaron a morir. Todos los sábados y domingos ejecutábamos guerrilleros en los pueblos.

En Segovia se nos escapó un hombre muy importante de la guerrilla, Deovirgilio Osorno Ota. Viajó a Rusia y, a su regreso, lo logramos encontrar de profesor en el colegio Colombo soviético, en Medellín. Tenía mucha información sobre movimientos urbanos de la guerrilla. Después de su ejecución, comenzamos a observar algo más fuerte detrás de la guerrilla rural. La fortaleza de la subversión radicaba en Medellín y Bogotá. Comprendí que los que disparaban en el monte eran unos idiotas útiles, pobres serviles, que asumían la guerra como una forma de vida.

Entonces nos preparamos y cambiamos la estrategia, enfatizamos en el rastreo de los hombres de la guerrilla, en el sector urbano. El primer coltazo de esta etapa de la Autodefensa se presentó en la vereda Lagartos, entre Remedios y Amalfi. Fue una ejecución muy fuerte, murieron treinta personas. Le voy a contar por qué se hizo. Descubrimos que la guerrilla tenía un 'padrino' en cada pueblo, un hombre poderoso económicamente y prestante dentro de la sociedad. En Remedios, Antioquia, la persona era Mario Gallinazo, quien, cuando lo fuimos a capturar, salvó su vida de esta manera: "No, un momento, a mí no me maten, díganle a Fidel que venga. Fidel fue y el hombre lo contó todo, se le volteó a la guerrilla y nos puso dos guías que nos indicaron dónde estaba escondida la gente de las FARC".

Para que se dé cuenta cómo funcionaban las cosas, le cuento que los dos pagos que se le hicieron a la guerrilla por el secuestro de mi papá, se realizaron a través de 'Paturo', y el contacto de éste con las FARC fue Mario Gallinazo. Nosotros imaginándonos que nos estaba haciendo un gran favor al ser el intermediario, para saber después que se benefició económicamente del secuestro, lo cual se ha vuelto habitual en Colombia.

Con la información de Gallinazo, confirmamos una de nuestras sospechas. En esa época no existía una numerosa concentración de guerrilla. Vivía cada subversivo en sus labores normales; se reunían, sacaban los fusiles, efectuaban la fechoría y se camuflaban después como "población civil". Llegamos hasta Lagartos, una vereda de solo guerrilleros, fue un estruendo, en el periódico titularon "Genocidio en Lagartos".

—¿Y la prensa a quién le adjudicó los más de treinta muertos?

—No específicamente a nosotros. Culparon a los grupos paramilitares. La guerrilla ya venía acuñando el término con mucha fuerza; su fin era contrarrestar la guerra irregular que le desataban sectores del Ejército.

Lo inesperado sucedió. La guerrilla nunca imaginó que le naciera un enemigo irregular, en forma de resistencia civil armada. De igual tamaño y con sus mismos métodos irregulares para enfrentarlos. El Ejército siempre llevaba las de perder, porque representaba lo legal, ipso nosotros actuábamos como ilegales!

Esta clarividencia la poseía el mayor Alejandro Álvarez Henao, del batallón Bomboná, en Puerto Berrio.

Ramón Izasa, 'Caruso' el papá de Henry Pérez, Fidel Castaño y el mayor Álvarez Henao fueron los padres de la Autodefensa paramilitar en Colombia. A el Mayor Álvarez la institución le importaba un cargo, y decía: "¡Muerte a la guerrilla!"

El mayor comenzó a preparar y a capacitar gente en Puerto Boyacá. Nunca supe si ese paramilitarismo fue política del batallón, o de quién era, pero el mayor hacía todo ilegal, conseguía carros, prestaba pistolas, daba instrucción con algunos sargentos y otros soldados.

Por esos años, 'Caruso', ganadero y agricultor de la región ayudó a realizar grandes operativos al Mayor. Por la misma época nosotros veníamos actuando en Antioquia y empezamos a oír historias de gente que venía de esa zona, de los vendedores de ganado, los arroceros y los mineros. Entonces, Fidel dijo: "Tenemos que unirnos, estamos prácticamente en la misma zona". Había que atravesar el cerro de Las Mujeres, cuatro días subiendo y tres bajando para llegar a Puerto Berrio, frontera con el Magdalena Medio.

—¿Había caminos o puro monte?

Pura trocha, pero la considerábamos una autopista, íéramos campesinos! Confirmamos una avanzada de cinco, una retaguardia de cator-

ce y los demás en el centro. Cerraba de cincuenta hombres armados con mini-ingram 9 milímetros, Uzis, escopetas y changuones de cinco tiros. Vestidos de civil y sombrero o alguna gorra. Igual que la guerrilla; ellos no andaban de uniforme todo el tiempo, vivían de paisanos, como nosotros, sólo se lo ponían cuando llegaba un periodista. Nosotros no poseíamos ni un fusil.

Llegamos a Puerto Berrio y en el batallón Bomboná nos presentaron al mayor Álvarez, que nos contactó con 'Caruso'. Una Autodefensa con más recursos, dos camperos Land Rover y un automóvil pequeño Dodge Polara. Ahí comenzamos a realizar acciones juntos, les pedíamos prestados hombres para hacer incursiones en Antioquia y les colaborábamos a ellos en la zona del Medio Magdalena. Cambiábamos hombres porque, manteniendo las tropas en una zona, la guerrilla terminó por conocerlos y los eliminaban día a día. Las relaciones con 'Caruso' prosperaron.

Pero surgieron denuncias al Ejército y se iniciaron investigaciones de la Procuraduría a oficiales. Miembros del Ejército y la Policía empezaron a tratar de acabarnos. Permitían una, dos o tres acciones y luego capturaban a quienes la realizaban. Comprendí que había individuos dentro de las fuerzas armadas, absolutamente antiguerrilleros; con tolerancia táctica de sus superiores, quienes se lavaban las manos cada vez que lo requerían. Como también conocí oficiales que no se transaban y capturaban a la gente que le ayudaba a determinado teniente. Nos capturaron gente y nos mataron varios muchachos. Un día Fidel se levantó y me dijo: "Hermano, esto no es por aquí. Del lado del Ejército no vamos a llegar a ningún Pereira, más adelante nos van a matar, vamos a pelear a nuestra manera". Cuando Fidel empezó, tenía una cosa en la cabeza, ganar la guerra, fuera como fuera. Recuerdo que me dijo: "Es guerra de tierra arrasada".

Seis meses después de llegar a Puerto Boyacá, ya teníamos más de cien hombres nuestros y comenzamos a recuperar fusiles; en una acción con la gente de 'Caruso'. A la salida de San Roque, Antioquia, sabíamos que la guerrilla montaba habitualmente un reten. Anunciaba cuando retuvieron un bus escalera procedente de Medellín, nosotros estábamos escondidos en un barranco y les disparamos a cinco metros.

Se recuperaron dos fusiles G-3, uno para los de Puerto Boyacá y otro para nosotros. Así llegó el primer fusil a la Autodefensa. Lo comenzó a utilizar un comandante de nombre Aureliano y mire lo anecdótico, murió fusilado, como El Buendía en Cien años de soledad.

La camioneta permaneció diez minutos estacionada el frente de la finca, Castaño no paraba de hablar y yo tampoco pretendía detener su relato.

—Los demás fusiles los compró la Autodefensa a contrabandistas de cigarrillos y electrodomésticos. Dicha etapa coincidió con la degradación del conflicto, nuestras ejecuciones a guerrilleros aumentaron, la gente se encontraba ahogada por la extorsión y los secuestros. Los agricultores y ganaderos arruinados, cada vez simpatizaban más con nosotros. Las fuerzas armadas no los defendían frente a los abusos de la guerrilla. Contábamos con una ventaja insuperable: el verdadero apoyo del pueblo. En cualquier zona teníamos una finca de algún amigo dónde llegar, nos daban comida y dormíamos bien.

¿Nuestro secreto? Capitalizar la estrategia de la guerrilla, que era y sigue siendo lesantiosa! Lo primero que hacen al llegar a una región es asesinar a las personas que ejercen algún liderazgo sobre la comunidad y continuaban con cualquier persona que generara empleo. ¿Los primeros que se morían en los pueblos, quienes eran? El dueño de la proveedora de alimentos, de la fonda que siempre hay al terminarse la vía principal. El tipo que viajaba a comprar las cosechas de maíz o lo que hubiera, también se moría. El señor que sobresalía económicamente se convertía en otra víctima. En el pueblo sobrevivían los ricos que aceptaban convertirse en padrinos de la guerrilla.

La guerrilla destruye todo lo que se llame progreso. ¿Qué sucede? Ellos son Gulliver en el país de los enanos. Donde haya una sociedad medio estable económicamente, con empleo, ellos ahí no son nadie, no tienen espacio para la revolución. Pero si la gente está sin un solo líder, sin fuentes de empleo y sin recursos, ellos entran. Al principio saben manejar recursos y logran poner a la gente a trabajar. Pero pasan los días y se ve que no tienen ni idea de lo que es enriquecer una región. Al permanecer la guerrilla las carreteras empiezan a degradarse y poco a poco, la región se va alejando de los centros de acopio, la zona se aísla del resto del país, y ellos van ganando terreno. Buscan formar una línea fronteriza que les da poder: alejan al Estado, el mismo del que pedían presencia al comienzo de su lucha revolucionaria.

Lo que le estoy contando no es nuevo, lo puede medir con estadísticas o buscar en testimonios y es opuesto a lo que hace la Autodefensa. Además, está escrito en todos los libros sobre el comunismo. El que piense que des-

pues de viejos Mariulanda, Cano y Reyes dejaran de ser comunistas, está loco. Eso es tan difícil como explicar que las FARC ahora son un movimiento bolivariano marxista-leninista. Ese es el cuento que le metieron al presidente Hugo Chávez, en Venezuela, para echárselo al bolsillo.

Por eso yo siempre he dicho: "A mí me pueden pintar como 'Satanás' ante el mundo, pero la pregunta que tarde o temprano tendrán que poner en la balanza es: "¿Qué consecuencias genera lo que ha liderado Castaño?", eso es lo importante. Sólo me consuela que yo no empecé esta guerra, y las Autodefensas somos hijas legítimas de las guerrillas en Colombia.

Poco a poco he ido creando un nuevo concepto universal. Un ejército ilegal que en pleno año 2001 no es paramilitar, ni paragobiernos. Que defiende el sistema y el Estado con armas que le quita a la autoridad porque lo reemplaza en varias zonas, pero no lo enfrenta. Pide Justicia y está a su vez al margen de la ley. Es una especie de grupo "Paraestatal". Esto no me lo ha enseñado nadie y si ha ido prosperando es porque les a sí!

Castaño se fue y horas más tarde, el cansancio me aniquiló, caí bocabajo y aún vestido en una cama. La finca no contaba con lujos y la habitación era similar a la de anoche: aire acondicionado, una pila de libros sobre el escritorio, un baño enchapado en baldosa. Televisión satelital, un clóset con ropa para cualquier ocasión y la caja de 'mecato' que delataba el lugar como uno de los parajes favoritos de Carlos Castaño.

Se acercaban las 12 de la noche, cuando me despertó un repetido e imprudente golpeteo en la puerta, el correo de guerra. Al abrir la habitación, un hombre visiblemente afanado me entregó una carta antes de esfumarse:

—Un mensaje del comando Castaño.

Una hoja amarilla de esos blocs de anotaciones, que dicen en la portada: "Especial para tomar notas en reuniones y seminarios". Se les olvidó decir que además también sirven en el monte para enviar mensajes al estilo de los ejércitos del Imperio romano. Para Castaño, la carta perdura como el medio más seguro a la hora de transmitir algo importante o privado; a pesar de usar con frecuencia el teléfono satelital y la *Internet*, prefiere la nota en papel o las instrucciones grabadas en la mente de su mensajero.

La hoja doblada en forma de sobre indicaba, en su singular caligrafía, cuál sería mi destino a la mañana siguiente:·

"Señor Aranguren:
Saludo cordial.

Se han incrementado los operativos en la zona, no quiero poner en el más mínimo riesgo su integridad, en la mañana lo llevarán a un sitio donde habrá condiciones para continuar nuestro encuentro.

Carlos Castaño".

HISTORIA DE LA AUTODEFENSA

La camioneta Toyota cuatro puertas se detuvo y con dificultad subió a un inmenso planchón de madera, que mueve los carros de orilla a orilla sobre el río Sinú. Habíamos dejado la finca muy temprano y mientras navegábamos para atravesar el silencioso cauce, le pregunté a Iván, el conductor:

—¿Hacia dónde vamos?

—Estamos un poco retirados de nuestro destino, primero recogemos a monseñor, en Montería, y después gastamos unas dos horas por la vía pavimentada y unas tres más por carretera destapada hasta llegar al mar, en el Urabá choccano, de ahí ascendemos un tramo pequeño hasta llegar al sitio donde el patrón nos aguarda.

Con la respuesta, me quedó claro que los operativos militares obligaron a que Carlos Castaño se moviera durante la noche hasta un lugar seguro. Cuando el conductor habló de recoger a Monseñor, me imaginé que llevaríamos un obispo, pero no, es el sobrenombre de un viejo amigo de los Castaño.

Subimos y bajamos por las montañas que hacen parte del cerro del Jockey, hasta una casa incrustada en el fin del mundo. Allí se encontraba Castaño con el hombre con quien hoy comparte la dirección política de las Autodefensas Unidas de Colombia, Ernesto Báez.

Ernesto Báez es el único de los nueve miembros del Estado Mayor de las Autodefensas al que no le dicen comandante, se dirigen a él como el doctor Ernesto. No acostumbra a vestir de camuflado y la verdad no le luciría, pues en un 'comando' de alto rango, que se apoya al caminar en un bastón elegante, como el que usa, no encaja.

—“Soy Iván Roberto Duque, ése es mi nombre; el de guerra es Ernesto Báez”. Me dijo

—El doctor Ernesto fue la primera persona a la que yo le oí el cuento de una Autodefensa civil armada, cuando comencé a realizar operativos conjuntos con las Autodefensas de Puerto Boyacá. En ese momento, para obtener una cita con Iván Roberto Duque, se requería hacer fila. Ernesto pertenecía a la base política de la Autodefensa de Puerto Boyacá y era el pupilo de Pablo Emilio Guarín. Su cuento me interesó, porque en el fondo yo era más político que militar, y él insistía en la necesidad de construir una fuerza social que apoyara la Autodefensa, y una economía real en la zona, distinta a la ilícita. Sembró en mí la necesidad de darle un discurso político a la organización.

El había pasado una temporada en la cárcel Modelo, en Bogotá, y cuando quedó libre nos encontramos. En ese año progresaba en la identidad política-militar de la Autodefensa de Córdoba y Urabá. El persistente Ernesto, después de soportar traiciones, fracasos y desengaños en Puerto Boyacá, persistía idealista e incansable a pesar de que las Autodefensas, que él ayudó a crear, se las penetró el narcotráfico y terminó por acabarle su carrera política.

—Yo creo, mi doctor Ernesto, que usted se va a morir y va a estar luchando por la Autodefensa!

Ernesto interrumpió para decir:

—Comandante Castaño, recuerde esa canción que dice: "Después de que uno viva veinte años de desengaño, qué importa uno más".

—Al morir Fidel, yo me convertí en un solitario arquitecto político de la Autodefensa, y Ernesto era el complemento irremplazable para transmitir identidad a la organización y transformarla en lo que es hoy. ¡Por Dios! Sería una irresponsabilidad con la historia, no incluirlo como una de las almas políticas de este cuento; es uno de mis formadores y saltaríamos a la verdad si no damos cabida a la vida y los pesares de este 'pato' tan sufrido, porque hoy está mejor que nunca, pero atravesó las duras y las maduras.

Castaño soltó una de sus carcajadas contagiosas y luego se quedó en silencio. Ahí comenzó a hablar Ernesto Báez, cuya particular forma de contar anécdotas hizo más amenas las ocho horas de su relato. Su memoria es prodigiosa, recordaba frases y fechas exactas, nombres con precisión y los detalles mínimos que olvidaba los novelaba.

—Entre 1980 y 1981, era estudiante de la Facultad de Derecho en la Universidad de Caldas. Vivía el ambiente universitario de agitación política, por los sucesos protagonizados por el grupo guerrillero M-19; la

toma a la embajada dominicana y el robo de armas en el cantón norte. En la facultad bullían los simpatizantes del 'M', y figuraba como líder estudiantil de izquierda Bernardo Jaramillo Ossa. Diez años después candidato presidencial. El grupo de Bernardo copaba los órganos de poder, el consejo académico, el de la facultad y el consejo superior. En la universidad se estudiaba semestre y medio, porque cualquier asamblea estudiantil convocada por los sectores de izquierda, precipitaba un paro de cinco meses, lo cual originaba una inconformidad enorme. Bajo mi orientación, organizamos un grupo, Movimiento de Unidad para la Restauración Académica, MURA. De inmediato tendieron al movimiento de ultraderecha. Nuestro grupo que sólo pretendía impedir tanto paro, se extendió rápidamente por la Facultad de Derecho y diez facultades más. A los dos años superamos la mayoría estudiantil de la izquierda. Eso me ocasionó hasta peleas callejeras. Una noche, en una esquina cualquiera del barrio San Jorge, en Mani-Primero hablamos y discutimos, pero me gritaron reaccionario y ultraderechista. No me dejé y los traté de marxistas criminales. Al final, amanecimos todos en el calabozo.

Me entrevistaron de un periódico regional y el reportero me habló de Pablo Emilio Guarín, un concejal por el partido comunista y ahora, desde el partido liberal, lideraba un proyecto político anticomunista, en Puerto Boyacá. Me regaló la última edición de su periódico *Puerto Rojo*. Devoré la entrevista, me impactó y fui a conocerlo.

—Pero qué fue lo que te llamó la atención de la entrevista? —preguntó Castaño.

—El titular— le contestó Ernesto. En la foto de la primera página aparecían las fotografías de tres hombres de las FARC, Jacobo Arenas, Braulio Herrera y Manuel Marulanda. "Estos son los carniceros de la Uribe, más peligrosos como criminales armados de fusil que como pacíficos negociadores de paz". Por esa época, las FARC adelantaban conversaciones con el gobierno de Belisario Betancur, se planeaba la zona de la Uribe como posible sitio de la negociación.

—En la entrevista le preguntaban a Pablo Guarín que si no tenía miedo de la muerte, y él contestó: "En mi familia los pantalones nunca se acaban por las rodillas". El hombre acuñó una frase que hizo carrera: "Si a la vera del camino encuentran mi cadáver, no lo recojan,

dejen que los buitres de las FARC lo devoren; recojan más bien mis banderas y sigan adelante”.

Castaño, entonces, tomó la palabra, para acentuar la importancia de ese momento en la historia de la Autodefensa.

—*Por esos días, a finales de 1982, se dio la primera reunión de ganaderos, agricultores y comerciantes de la región. Cerca de doscientos cincuenta empresarios se organizaron para defenderse de los atropellos de la guerrilla. Con base en las disposiciones legales de 1965 y 1968, que permitía a los ciudadanos portar armas con salvoconductos. El espíritu de la ley pretendía que los ciudadanos se organizaran y cuidaran sus predios, con colaboración de las fuerzas armadas. Como era algo legal, surgió la primera asociación de autodefensa colectiva, ACDEGAM, Asociación Campesina de Ganaderos y Agricultores del Magdalena Medio. La reunión se efectuó en Medellín, porque el setenta por ciento de ellos no podía regresar a las fincas.*

Las FARC nunca se imaginaron que esta agremiación de damnificados de la guerrilla se convertiría en el cimiento de las Autodefensas. De calcularlo nos habrían aplastado.

Existen documentos internos de las FARC en los que planteaban que la población civil no podía estar al lado del Estado, deberían como mínimo estar al margen.

—Se construyeron cuarenta y dos escuelas y los profesores eran pagados por ACDEGAM; además, se montaron diez puestos de salud y se comenzaron a realizar brigadas de atención básica. La población ya estaba de nuestro lado y el espíritu anticomunista se regó; recuerdo que Pablo Guarán mandó a hacer la valla que está a la entrada del pueblo y aún hoy dice: “Bienvenidos a Puerto Boyacá, tierra de paz y progreso, capital antisubversiva de Colombia”.

A los profesores de los colegios se les instruía en darle especial importancia a la clase de cívica: desde aprenderse el *Himno Nacional* hasta los desfiles patrios, para recuperar los valores que se habían perdido en diez años de infiltración guerrillera.

En la emisora teníamos un programa de poesía antisubversiva, era de esa poesía vernácula que gusta al pueblo. Los curas fueron fundamentales en este proceso; en un país tan católico apareció el padre Ciro, quien desde el púlpito y el confesionario, en la calle y en las reuniones con la comunidad pregonaba el temor marxista, influido por el

nuevo Papa Juan Pablo II y su posición anticomunista. El padre veía a la guerrilla y le decía a la gente: “¡Ojo, que son atcos! Un comunista es un aliado del diablo, del mismo Satanás”.

Ya Pablo Guarán era una figura política, e hizo una alianza con Jaime Castro, el ex ministro y luego alcalde de Bogotá. Ese trabajo político lo llevó hasta el Congreso de la República, como representante a la Cámara; ya la Autodefensa, como proyecto político, estaba funcionando. Para esa época, se dio uno de los debates que hicieron historia en el Congreso de la República, entre Pablo Emilio Guarán y Carlos Enrique Cardona. Fue un verdadero pugilato, pues Cardona, en nombre de la Unión Patriótica, brazo político de las FARC, le reclamaba investigaciones por un gran número de desapariciones forzadas de gente del M-19 y de otras que se dieron en el holocausto del Palacio de Justicia. Esa vez, Pablo Emilio Guarán le dijo: “Usted es un guerrillero vestido de civil, que disfruta de los gajes que la democracia colombiana le ha otorgado; aquí es el pacífico Carlos Enrique Cardona, que funge como parlamentario y defensor de los derechos humanos, pero sale de este recinto y es el temible Braulio Herrera, quien armado con un fusil secuestra, mata mujeres inermes y campesinos indefensos en los campos de Colombia”.

Castaño tomó la palabra de nuevo:

—*Pablo Guarán siempre fue antisubversivo y enemigo del narcotráfico. Mientras esto sucedía, Rodríguez Gacha penetraba el aparato militar de la Autodefensa del Magdalena Medio y la guerra de alias El Mexicano contra la UP estaba en su peor momento. Era que Gacha no tenía el poder para golpear militarmente a las FARC, y entonces decidió matar a todos los políticos de la Unión Patriótica. Más de la mitad de los muertos del brazo político de las FARC, que no son todos los que dicen, apuntó a Gonzalo Rodríguez Gacha, alias ‘El Mexicano’.*

La guerra entre este narco y las FARC comenzó cuando El Mexicano tenía un emporio de cocaína en Cartú, un municipio perdido en la selva. Hoy está dominado y explotado por las FARC y allí producen toda la cocaína que le vendían a ‘Fernandinho’, el capo del narcotráfico en Brasil.

—*Mire que la historia no se queda con nada. El hombre que cuidaba los laboratorios de coca era el ‘Mono Jojoy’, hoy jefe militar de las FARC y miembro del secretariado. El ‘Mono Jojoy’ y Rodríguez Gacha se reunieron en Medellín porque le habían robado al narco más de doscientos*

kilos de coca. Ese día, 'El Mexicano' le dijo al 'Mono Jojoy': "Si no me devuelven esa mercancía, van a tener guerra conmigo". Las FARC le devolvieron parte de la coca; Gacha, confiado, entró en otros dos negocios más y ya cuando los laboratorios estaban terminados, le quitaron cuatro veces más de lo que le habían robado antes. ¡Y ahí comienza la guerra!

—Pero usted por su lado ejecutó a muchos hombres de la Unión Patriótica?— preguntó.

—Yo por mi cuenta adelantaba una guerra contra la guerrilla urbana y puedo tener responsabilidad en la ejecución de treinta a cuarenta guerrilleros fuera de combate, escondidos en la Unión Patriótica. Distinto al odio cerril de Rodríguez Gacha que atacaba todo lo que fuera comunista, yo para esa época ya hacía la diferencia entre un hombre de izquierda dentro de la UP y uno de las FARC dentro de la Unión Patriótica. Los de las FARC fueron los que yo ejecuté.

Por un momento nos quedamos callados, en especial yo. Castaño acababa de adjudicarse para la historia cuarenta muertos. Aunque seguro en cada caso él tratará de encontrar una absurda justificación dentro de la ética de su guerra. Eran cuarenta vidas, entonces me cuestioné: "¿En qué momento un hombre llega a decidir sobre la vida de otro? Sea guerrillero o miembro de la Autodefensa. ¿De qué forma tan imperceptible nos fuimos metiendo y justificando este círculo vicioso de la muerte? El que mata lo hace porque le mataron a alguien, y hoy es cada vez más difícil parar la cadena de odio, y se aprecia cada vez más lejos el perdón". Miré a Castaño y le pregunté:

—Comandante, saliéndome del tema ¿qué es para usted el perdón? —Se lo contesto en una sola frase. Es no tener intención de retaliación contra alguien y no reaccionar de manera violenta contra esa persona. Sin embargo, el perdón para mí tiene un límite: cuando la persona sigue representando un riesgo para otros, ahí es castigable. Pero si usted quiere saber si me atormentan esas muertes, le puedo decir esto: a mí también me martilla la conciencia por cosas que hice y no pude impedir, unas por acción y otras por que fue imposible hacerlo. Con la conciencia, que es el espejo del alma, uno no puede hacerse el pendejo; ese examen que me hago no es fácil. Pero aún me desahogo al concluir: la culpa no la tengo yo, la tienen estos que secuestraron a papá.

Después de un breve silencio, Ernesto Báez interrumpió de tajo y continuamos con la historia.

—Cuando Rodríguez Gacha ordenó asesinar al candidato presidencial de la Unión Patriótica, Jaime Pardo Leal, la vida de Pablo Guarín, el inspirador de la Autodefensa, cambió para siempre. Recuerdo que me dijo: "Esta muerte es lamentable y traerá muchas connotaciones negativas".

—¡Claro!—exclamó Castaño.—Entre El Mexicano y las FARC existió una guerra sucia por cocaína, no por una ideología.

—El panorama continuó nublandose, hasta que a finales de 1987 vino la muerte de Pablo Emilio Guarín, lo que significó la consolidación total del poder de 'El Mexicano' en Puerto Boyacá. Nada ni nadie prevalecía frente a él, y las autoridades, menos. La Policía, la Fiscalía, el Ejército, el Das y los alcaldes convivían con los dólares de 'El Mexicano'. En principio se pensó que la muerte de Pablo Guarín fue un atentado de las FARC al más vehementemente de sus críticos.

—Y las FARC no lo negaron—dijo Castaño.—Recuerdo que el pronunciamiento fue inmediato. El propio Raúl Reyes dijo: "Fue la justicia del pueblo". Las FARC capitalizaron este homicidio y nunca negaron que lo hubieran hecho, pero tampoco se lo adjudicaron. Por mucho tiempo, en Puerto Boyacá estuvieron convencidos que fueron las FARC las que lo mataron. Pero quien ordenó la muerte de Pablo Guarín fue 'El Mexicano', y Henry Pérez lo sabía, pero se quedó callado. Ahora 'El Mexicano', el todopoderoso de la región, controlaba lo político y lo militar en Puerto Boyacá.

'El Mexicano' llegó a tener mil quinientos hombres a su servicio. Organizó el famoso curso de los instructores israelitas y británicos en 'La 50', así se llamaba la finca donde se realizó. Allí conocí a Yair Klain. Asistí a ese curso porque se abrieron cupos para gente distinta a los hombres de Rodríguez Gacha. Los Castaño obtuvimos cinco lugares, yo ocupé uno de los cupos que teníamos. Mi sobrenombre para la época era 'El Pelao'. El verdadero propósito de 'El Mexicano' con estos entrenamientos era preparar cuatrocientos hombres para atacar la Uribe, donde estarían el Gobierno y las FARC negociando la paz.

Sobre ese curso dictado por Yair Klain se especuló mucho, y yo creo que Klain vino engañado a Colombia, por Ariel Otero y dos militares activos y corrompidos, del Ejército. Ariel era un hombre despreciable, fue el segundo hombre de Henry Pérez. El instructor israelí siempre pensó que el Estado colombiano lo contrató para dictar esos cursos.

Me impresionaron mucho sus conceptos y nunca se me olvidará lo que decía: "No temas que te llamen mercenario, si eres mercenario de un Estado; a los estados hay que defenderlos con la Constitución y por fuera de la Constitución". ¡Eso era una maravilla para mí! Bueno, al fin y al cabo el era israelita.

Por esa época, Henry Pérez era un títere de 'El Mexicano', quien tenía un acuerdo con Pablo Escobar para proteger la hacienda Nápoles. En la historia del mundo, nunca hubo un sitio con tanta intensidad en el negocio del narcotráfico, allí hacían los famosos vuelos con euros de veinte mil kilos de coca mensualmente a los Estados Unidos y regresaban el dinero en bultos. Yo vi llegar un camión repleto de dólares, no los contaban, sólo daban un grito: "Denominación de veinte dólares". Luego los pesaban y sabían cuánto dinero había ingresado. ¡Increíble! ¿A quién se le iba a ocurrir con tanto dinero irse para el monte y pelear contra la guerrilla? ¡A nadie! Escobar y Rodríguez Gacha llamaban a esto el 'eye'.

Ernesto Báez continuó su relato:

—Los pocos que quedaban en ACDEGAM nos acompañaron en el nuevo intento político, la gente honesta que comenzó con nosotros, la misma que al elegir a Pablo Guarín como congresista, nos iba a ayudar a elegir a su hijo Oscar. Formamos el Movimiento de Reconstrucción Nacional, MORENA. La parte militar de la Autodefensa, muy alejada de nosotros y cercana a los intereses de 'El Mexicano', comenzó a cometer errores gravísimos, como las masacres de los contrabandistas y la de La Rochela, hecha por la gente de Gacha. Ante los ojos del país, la Autodefensa de Puerto Boyacá era un grupo de paramilitares manejados por el narcotráfico, pero aún no se había destapado toda la podredumbre. El escándalo vino cuando se conoció el famoso *Dossier paramilitar*, publicado por la revista *Semana*, en abril de 1989. Por primera vez se ponía a la luz pública toda la estructura, no se dijo nada que no fuese real.

—*Eso fue un gran triunfo para la guerrilla y un gran perjuicio para la Autodefensa de los hermanos Castaño, que no obedecíamos órdenes de ningún narcotraficante.*

—Pero usted seguía siendo amigo de Henry Pérez conociendo que como comandante militar de esas Autodefensas él tenía una alianza con el narcotráfico?—le pregunté a Ernesto Báez.

—No; para ese momento, Henry reflexionó y, días más tarde, se reunió con varios de los antisubversivos que quedábamos y nos dijo:

"He pensado mucho sobre el futuro de la región y yo me voy a separar de Pablo Escobar, pero no puedo tomar esa decisión de la noche a la mañana, cortar de tajo, es un suicidio, debo fingir una alianza con Pablo y esa es la única forma de facilitar la captura de Escobar y recomponer esto."

En ese instante, interrumpió Castaño.

—*Es ahí donde yo vuelvo a ser aliado de Henry. Siempre lo consideré un amigo, sabía que se había equivocado al dejarse tentar por el poder corruptor del dinero de los narcos. Además, yo necesitaba alguien que me ayudara en mi guerra contra Pablo Escobar. Digo mi guerra porque, a espaldas de mi hermano Fidel, que aún mantenía una buena amistad con Pablo, yo ya venía actuando de manera discreta en contra de Escobar, y durante más de tres años mantuve una guerra fría contra Pablo. Henry también lo hizo, pero Pablo lo descubrió y lo mandó a matar.*

Ernesto Báez retomó la palabra:

—Ahí comenzó la debacle total de la Autodefensa, que ya estaba narcotizada. La situación se agravó más porque esa misma noche su esposa Marina Ruiz convocó a una reunión. Asistimos los cercanos a Henry, y Marina nombró un nuevo comandante, al decir: "Yo considero que esto debemos superarlo ya. Henry murió y creo que la persona indicada para ocupar su lugar es Ariel Otero; esto, mientras se calman un poquito las cosas y se nombra un nuevo comandante en propiedad". Nadie se opuso al deseo de la viuda, en esos momentos dolorosos, pero pensé: "Esto va a originar una tragedia peor".

—*Yo fui más lejos—dijo Castaño.—A ese hombre hay que matarlo y punto, era una víbora, una peligrosa serpiente que había estado al servicio de 'El Mexicano'; era amigo del asesino de Galdán, llegó hasta el punto de ayudar a que Rueda Rocha se volara de la cárcel y después se lo llevó como escolta para Puerto Boyacá. Fracassado en el Ejército como teniente era un hombre disociador, que sobrevivía al mantener en guerra a los demás. Infundía miedo y nunca miraba a los ojos cuando uno le hablaba.*

—Y para rematar—replicó Ernesto Báez—se supo que era el amante de la mujer de Henry Pérez, la misma que solicitó que se le nombrara comandante de manera temporal. Así se mantuvo como único comandante. Durante los seis meses se dedicó exclusivamente a robar y a enriquecerse. Un asesino codicioso que intentaba ser un rey Midas. Toda la gente cercana a Henry tuvo que irse. Yo arranqué

para el monte, donde me mantuvo durante un mes el viejo Ramón Isaza, quien había anunciado a su manera todos los males que traería el narcotráfico.

Quedé sin Autodefensa, sin proyecto político, sin carro y propiedades, porque todas nos las quitó Ariel Otero. De plata, nada, mejor dicho, quedé llevado del 'hijueputa'.

—Al final del año, Ariel Otero alquiló un vuelo charter y se voló con un gran botín de guerra, llegó a Cali y entre lo que se llevó estaba Marina Ruiz su amante. Antes de irse, Ariel le entregó a Jaime Eduardo Rueda Rocha treinta fusiles con la misión de ubicarse en un sitio estratégico y dar de baja a todos los que él había robado.

—Yo quise ayudarle a la gente de Puerto Boyacá—dijo Castaño. —Ejecutamos a Ariel Otero, un bandido muy peligroso. A Marina la dejé libre, terminó en la cárcel y creo que ya salió. Otero fue ejecutado después de un juicio por traición y entregado sin vida a la gente que él había maltratado en Puerto Boyacá. Ese fue el final de ese sinvergüenza.

—Y ese fue el comienzo de mis problemas,—dijo Ernesto Báez—Es que imagínese, que cuando encontraron el cadáver de Ariel Otero, a mí me llamaron a indagatoria como presunto responsable de su muerte. Cuando Ariel se voló de Puerto Boyacá, el *Noticiero 24 Horas* me entrevistó y dije en la televisión: "Ariel Otero es un traidor, un asesino y un ladrón".

Cuando encontraron el cadáver de este personaje tirado en una cuneta a la salida del pueblo, tenía un cartón con la siguiente frase escrita: "Muerto por traidor, asesino y ladrón".

Tiempo después me desempeñaba como secretario de gobierno de Boyacá y me acusaron por conformación de grupos ilegalmente armados y me detuvieron para llevarme al patio quinto de la Cárcel Modelo. Allí llegué y a las primeras personas que me encontré fueron Francisco Galán y Felipe Torres, comandantes guerrilleros de ELN. Estaban de espalda viendo la noticia de mi captura por televisión, cuando sintieron la presencia de un extraño, voltearon a mirar y era yo el que los saludaba: "Buenas noches".

Años más tarde fui dejado el libertad y busqué reunirme con el comandante Castaño. Nos encontramos a la salida del hotel Dann, en Bogotá.

—A mí me dio mucha satisfacción volverlo a ver. Recuerdo que habíamos durante cuarenta minutos y veinte días más tarde, estaba en zona de

Autodefensa. Durante la visita comprendí que habíamos el mismo idioma y nos entendíamos por señas, en cuanto a la filosofía que buscaba inculcarle a la organización. Fue cuando me dijo: "Esto es lo que yo siempre he soñado, yo quiero recoger lo que hay sembrado aquí y veo la forma de darle más identidad a esta organización. Comandante, usted ha logrado lo más difícil, crear solidaridad colectiva en torno a la Autodefensa, tiene fuerza social y una comunidad que lo rodea".

—Cambiano de tema ¿Cómo y cuándo decidieron usted y su hermano instalarse en Córdoba?—pregunté.

—Con Fidel buscábamos un sitio que nos diera las garantías, queríamos un lugar cerca de las plantaciones de banano en la zona del Urabá, pero esa zona resultaba impenetrable en 1985. Necesitábamos una zona equidistante, un eje donde nuestra Autodefensa pudiera expandirse, aspirábamos a tener salida al mar y frontera con los departamentos de Córdoba, Antioquia y Chocó. Intentamos entrar al alto San Juan, en el Urabá, y la guerrilla nos mató algunos muchachos. Recuerdo que sacamos un mapa de alto relieve y definimos una nueva zona donde nacer, el Alto Sinú. Pusimos la punta del lápiz en las tierras alrededor del río, allí existía guerrilla hasta llegar a Montería, pero estar cerca de la capital del departamento de Córdoba, conllevaba sus ventajas.

Nos ofrecían extensiones de tierra abandonadas, a buenos precios y, sobre todo, fértiles. Los ganaderos las dejaron por los continuos secuestros y extorsiones. A lo anterior, se sumó la personalidad de los habitantes de Córdoba, otro tipo de costumbres, desprevénidos y poco pícaros.

Yo le pregunté a Fidel: ¿Y cuánta plata tenemos? Recuerdo que me contestó: "Mil millones de pesos".

—Comandante, eso en 1985 era bastante dinero, mínimo unos dos millones de dólares—le dije a Castaño y, de inmediato, replicó:

—Es cierto pero lo importante era la forma como Fidel lo administraba. Compró tierras por un valor de siete mil millones de pesos y a cada finquero le abonó una considerable cantidad de dinero, el resto lo quedó debiendo. Se hacía el negocio así la guerrilla tuviera ocupadas las tierras.

La finca las Tangas en la rivera del río Sinú fue la primera zona liberada por nosotros en Córdoba. Ahí combatieron mi primo, el 'H2', Fidel y otros muchachos, a los que meses después llamaban en la región 'los tangueros'. Para la época, yo permanecía más tiempo en la lucha urbana. Fidel logró hacer algo muy importante al comienzo, aguantó la

represalia de la guerrilla y pudo vincular gente de otros lugares del país para que invitiera bajo su protección. Al mismo tiempo, no dejaba que la gente honesta de la región se saliera y abandonara el proyecto. La salida de un hombre honesto y reconocido en la zona infundía miedo, generaba una ola de pánico entre los demás inversionistas. Fidel logró hacer lo que quería poco a poco y con mucho esfuerzo. De pronto comenzó a llegar mucha más gente de afuera, hubo más apoyo económico y se ganó la guerra en Córdoba.

Nosotros en esa época no contábamos con muchos hombres, no pasábamos de cien combatientes. La diferencia radicaba en que nosotros enfrentábamos a la guerrilla continuamente. Yo manejaba toda la red urbana, era el operativo, por así decirlo. Fui usando esta fuerza, de tal manera, que en Antioquia parecía que nosotros teníamos grupo militar inmenso, pero en verdad ese poder fue simbólico y virtual.

¿Qué era lo que se hacía? Después de tener identificados a guerrilleros y grandes colaboradores de la subversión, se realizaban acciones simultáneas, por ejemplo: el 31 de diciembre de 1984, se hizo una, que causó revuelo. En un solo día dimos de baja a un grupo de guerrilleros en Medellín, Anápsi, Remedios, Segovia, y concluyó con la ejecución de cinco subversivos más en San Carlos. Los guerrilleros habían bajado al pueblo a pasar el año nuevo. Al día siguiente, la noticia era que nuestros comandos urbanos actuaron simultáneamente, con un saldo de veinte ejecutados. Las operaciones eran limpias, sin un escolta muerto, sin inocentes heridos y, sobre todo, muy rápidas. Esto le dio un poder inmenso a mi hermano Fidel Castaño; tanto que Pablo Escobar se acercó cada vez más a Fidel y se hicieron muy buenos amigos. De todas formas, ya existía un nexo años atrás:

Fidel facilitó que Pablo Escobar oculara laboratorios de cocaína en zonas controladas por la Autodefensa. Otra de las formas sucias como se comenzó a financiar la guerra contra la guerrilla. Las FARC hacía lo mismo que nosotros. Escobar invitaba a Fidel a las reuniones donde iba a tomar decisiones trascendentales, su único objetivo era verse más poderoso ante los demás, y a Pablo le gustaba mostrar a Fidel.

Mi hermano representó un poder igual al de Pablo Escobar, pero en lo militar y tropero. Nunca se me olvidará que Fidel escondió varias veces a Pablo Escobar en la casa de Santa Helena, en Medellín, un perfecto escondite. En una de esas oportunidades, yo estaba allí con mi hermano,

y Pablo se fue a dormir; yo me acerqué al oído de Fidel y le insinué que lo ejecutáramos: "Hermano, nosotros estamos aquí solos, armados y con ese hombre tan peligroso y tan malo arriba durmiendo...". Fidel me dijo: "Tranquilo, que él nos va a ayudar después en la lucha contra la guerrilla".

Fidel siempre albergó esa esperanza, pero yo conocía que Escobar se identificaba con la guerrilla y que además era amigo de ellos. Era evidente el peligro que representaba Pablo Escobar al ser tan amigo de la subversión, pero enfrentarlo representaba una locura, pues en aquella época el Cartel de Medellín se mantenía unido y en pleno apogeo.

—¿Pero ustedes le hicieron a Pablo Escobar un trabajo o algo parecido? —le pregunté a Castaño.

—¡Jamás! Para tratar a los Castaño como mercenarios de un capo 'narcó'; nos tendrían primero que tocar las pelotas. ¡Nunca se dio! Para Pablo Escobar era suficiente tener sentido a su lado a mi hermano Fidel.

MI VIAJE A ISRAEL Y LA LUCHA ANTI SUBVERSIVA URBANA

—Buenas noches, señores, —saludó el 'Alemán'.

Castaño se puso de pie y le dio un abrazo:

—*Bienvenido, Alemancio', lo esperaba más temprano.*

—Llueve y la vía está hecha un fangal, mi querido amigo, —respondió el 'Alemán'.

—*Acompañémos,* —le invitó Castaño, y el 'Alemán' tomó el lugar que quedaba en la mesa.

Su piel blanca y contextura física concentraron mi atención. Un gigante y musculoso comandante. No vestía camuflado, sólo *jean*, camiseta, gorra y gafas oscuras; se asemejaba a un excursionista experto no a un comandante de mil hombres. Además de controlar gran parte de la Costa Pacífica y el golfo de Urabá. Es uno de los más jóvenes entre los comandantes, tiene veintisiete años de edad.

Después de comer, vino el tercer termo de café, y continuó la charla, que inicié con una pregunta pendiente.

—¿Cuándo se inició lo que usted llamó la lucha antisubversiva urbana?

—*Es difícil puntualizar una fecha exacta porque desde 1980 se inició la persecución a los secuestradores de mi padre y ya se ejecutaba guerrille-ros en los pueblos. Mi percepción sobre esta guerra cambió radicalmente después de mi viaje a Israel, en 1983, cuando cumplí dieciocho años de edad.*

—¿Estudió en Israel?

—*Le advierto, cuando hablo de Israel, nadie me detiene, soy un estudioso de la historia del pueblo israelita y la conozco tan bien como la de Colombia, mire: en economía, representa la fortaleza de Estados Unidos y Francia; en cuanto a seguridad, es la contención del fundamentalismo de*

Oriente; un polo a tierra de ese hervidero en el que se ha convertido la región. El invento de la ley del retorno es de una imaginación sutilmente perversa, pero plena de dignidad. ¿Y cómo le parece su FDI? Para quitarse el sombrero. Se funden con su nación en un mismo cuerpo. ¡Maravillas!

La historia de Israel es deliciosa e ilustrativa. Se debe comenzar por coger un shekel con la mano, es como recibido de Cristo, hasta la unidad monetaria la inventaron. Tuve la oportunidad de estar un mes en la Universidad Hebrea de Jerusalén, estudiando ciencias básicas. A los judíos los admiro por su valentía al enfrentar al antisemitismo, por su estrategia de la diáspora, la firmeza de su Sionismo, su mística, su religión y, sobre todo, su nacionalismo. ¡Una verruquera!

He estudiado sus gobiernos desde Ben Gurión, hasta Sharon. La primer ministra Golda Meir y mi madre son para mí, sin duda alguna, las mujeres que representan lo máximo, en su género, por la excelencia. Con eso le digo todo.

Infinidad de temas aprendí en Israel y a este país le debo parte de mi cultura, mis logros humanos y militares, aunque repito que no sólo aprendí en Israel lo relacionado con el entrenamiento militar. De allí vine convencido que es posible derrotar a la guerrilla en Colombia. Yo comencé a ver cómo un pueblo logra defenderse del mundo entero. Entendí cómo involucrar a la causa a alguien que tuviera algo que perder en una guerra, con el fin de convertirlo en enemigo de mis enemigos.

De hecho, el concepto de autodefensa en armas lo copié de los israelitas; cada ciudadano de esa nación es un militar en potencia. Me sorprendió ver que el curso que yo iniciaba, lo terminaba simultáneamente un grupo de ciudadanos comunes y corrientes, abogados, ingenieros y médicos. Sin lugar a duda, es un pueblo visionario y ejemplo de superación, su solidaridad e inteligencia le ha permitido tejer una telaña de apoyo mutuo. Poseen un sentido especial de la responsabilidad y un profundo respeto entre ellos, pues son conscientes que sólo juntos pueden sobrevivir.

Mi curso duró un año, tres meses de trabajo y uno de descanso. En los intervalos viajaba a Colombia, permanecía un mes y regresaba de inmediato. Viaje Madrid-Tel Aviv, y allí nos recibió un ex militar del Ejército israelí. Como el mismo avión reunía varios integrantes del curso, nos trasladaron en ómnibus hasta una casona ubicada a cuatro horas del aeropuerto. El sitio donde fuimos recibidos y acomodados en nuestras

habitaciones era una escuela privada; el grupo lo conformábamos chilenos, mexicanos, españoles y argentinos. Por Europa asistía un grupo de franceses, con ellos hablé de su "legión extranjera".

El curso no tenía nombre, sólo un número, el 562, lo comenzamos cuarenta hombres, algunos se retiraron. El primer día nos practicaron un minucioso chequeo médico y al día siguiente nos levantamos a las cuatro de la mañana a entrenamiento físico, degayunamos y comenzamos a recibir conferencias. Distinto a lo que la gente se imagina, se estudió con más ahínco en un aula que en prácticas. Las conferencias enfatizaban en la forma en la que se mueve el mundo regular e irregular. Estudiamos geopolítica; política, las guerras de Oriente, fundamentos de armamento aéreo y manejo psicológico de operaciones. Recibimos charlas sobre el negocio del armamento en el mundo, cómo comprar fusiles. Pero sustancialmente algo me marcó, aprendí a comportarme de una manera distinta.

En lo práctico, recibía instrucción en estrategias urbanas, cómo proteger a un personaje, cómo le matan a uno el protegido o cómo debe ejecutarse, si es el caso. Aprendimos a bloquear un carro blindado y utilizar las granadas de fragmentación para romper entrando a un objetivo, practicamos con lanzagranadas múltiple y entrenamos para dar golpes certeros con RPG7, o introducir el proyectil de un obús por una ventana. Cursos complementarios de conocimiento sobre terrorismo y antiterrorismo, miras nocturnas y paracaidismo, incluso aprendimos a fabricar explosivos manuales. En fin, nos enseñaron de lo que saben los israelitas; pero, para ser sincero, poco se aplica lo aprendido en el tipo de guerra que se ha vivido en Colombia. Me educué con buenas bases y lo más importante, allí aprendí a dominar y controlar el miedo.

Era y sigo siendo muy miedoso, me aterra de manera notoria la muerte. Como expresó el ex presidente Misael Pastrana Borrero alguna vez: "Lo duro es la moridá".

Allí complementé mi educación, pues se insistía en el comportamiento, en la forma de vestir y de hablar en público. Recibí una clase para aprender a entrar y registrarse en un hotel, moviéndose con propiedad. Se analizaba la forma de actuar ante los policías de inmigración en los aeropuertos, léamos en bibliotecas y se trabajaba durante largas sesiones la autotécnica y la seguridad que debe tener el individuo. Un inigualable proceso en el cual me enseñaron a valorarme y a tener confianza en mí, a ganar en momentos difíciles mediante la intimidación.

Comencé a utilizar saco y corbata, y nunca me vestí de manera diferente mientras visitaba una ciudad, hasta dirigía los operativos urbanos con tal formalidad. Desde los dieciocho años, mi ropero era exclusivamente trajes, no el de un joven de mi edad. Recuerdo como anécdota que por ser más bajito y liviano del curso, cuando realizábamos maniobras aéreas y nos lanzábamos en paracaídas durante la noche a unas islas del Mediterráneo, debía colocarme un lastre, para equilibrar las velocidades de caída. Aún mantengo contacto con algunos de mis compañeros de curso que no olvidan aquellos salos.

Mientras viví en Israel, gané algunos amigos, entre ellos, un viejo al que me encantaba visitar para oírlo cantar o recitar poesía en hebreo, su lengua nativa, la misma de la Biblia. Emocionante. También tuve la oportunidad de conocer militares de nuestro país, los hombres del batallón Colombia, en el desierto del Sinaí. No conocí el batallón, pero en mis días de descanso nos encontrábamos en sitios que usualmente frecuentaban; compartía con amigos oficiales y sargentos. Allí conocí en esa época, al coronel del Ejército Alfonso Martínez Poveda, quien más adelante sería nombrado comandante de este Batallón y se encontraba de paso por Israel. Alfonso era hermano del famoso coronel de la Policía Hugo Martínez Poveda, comandante del Bloque de Búsqueda que dio de baja a Pablo Escobar.

Hago referencia a Alfonso, porque fue una víctima de Pablo en la guerra del narcotráfico contra el Estado: Dos años después de regresar del batallón Colombia, se convirtió en el director la Defensa Civil en Antioquia, para prestar ayuda en prevención y atención de desastres naturales.

Pero Pablo Escobar lo mandó a matar, acusándolo de pasar información a los organismos de seguridad del Estado, decía que Martínez le dio información al general Jaime Ruiz Barrera, 'El Gato', comandante de la BR4.

Ese día, Pablo Escobar eligió a su propio justiciero sin saberlo, pues el hermano de Alfonso, Hugo Martínez Poveda, dirigió como comandante del Bloque de Búsqueda, el grupo de policías que lo persiguió a muerte. Martínez no descansó hasta ver muerto a Escobar. Lo asistía una razón adicional a su obligación como policía. Pablo le había quitado a su hermano. Pero de la guerra contra Pablo y los PEDES hablamos después, pero no podía dejar pasar inadvertido ese inevitable encuentro con el destino, que vivió el bandido de los bandidos, Pablo Escobar.

Al regresar al país, yo era otra persona. En Israel logré abrir mi mente, las ganas de conocer cada vez más del mundo eran impresionantes, aprendí de otras guerras y poseía ya una visión panorámica del país. Traté de absorber todo el conocimiento posible de los judíos, un admirable pueblo, el pueblo de Dios, que siempre ha vivido en guerra y durante miles de años ha estado en función de defenderse, invadir y ganar territorio. El viaje a Tierra Santa fue trascendental en mi vida.

LOS PADRINOS DE LA GUERRILLA

—Porque no hablamos un poco de algo de las personas a las que usted llama “padrinos de la guerrilla” — pregunté

—Los padrinos de la guerrilla siempre viven en la legalidad y son supuestamente prestantes, tienen poder de convocatoria y son personajes en la zona. Pero facilitan los secuestros a la guerrilla y al mismo tiempo le prestan el dinero a las familias para que puedan pagar el plagio. Lo peor es que reciben un porcentaje de las utilidades que arroja el secuestro. La Autodefensa copia el mismo esquema de la guerrilla, con la diferencia que nosotros no secuestramos, solo extorcionamos con cariño y casi coartado. Al lado nuestro los “padrinos” se enriquecen, pueden invertir porque hay seguridad en la zona y su misión es convocar a la gente para que colabore con la causa de la Autodefensa.

—¿Cómo se cambian de bando los padrinos de la guerrilla? — pregunté

A medida que la presión militar los va asfixiando se voltean, pues no saben meterse al monte porque son unos bacanes. Optan por sumarse a la fuerza que mayor poder esté ejerciendo. Ellos no tienen una gran razón de fondo que los motive, su única ideología es el dinero.

Permítame que ahora le cuente casos tan aberrantes como el del narcotraficante Gustavo Escobar, quien no era familiar de Pablo Escobar pero sí trabajaba con él y, además, era el aliado más importante de la guerrilla del EPL. Este hombre puso a su hermano Emilio 'Ñoño' como el gran tesoro de sus tierras, muchas en sociedad con la subversión, Gustavo fue uno de los más grandes padrinos de la guerrilla que tuve que ejecutar. La información de los nexos del comandante del EPL Bernardo Gutiérrez, alias 'Tigre Moño', con Gustavo Escobar Fernández, nos llegó por los días en que los hermanos Castaño llegamos al departamento de Córdoba.

La alianza del narcotráfico y la guerrilla estaba en su mejor momento con Gustavo Escobar, un 'narco' inescrupuloso; tenía poder, relaciones con gente adinerada de Medellín y estaba vinculado a la empresa privada. Un hombre muy peligroso.

A través de su hermano Emilio 'Ñono', podía vender semanalmente novecientas cabezas de ganado a la feta, en Medellín, el 30% del mercado de la época. Tenía fácilmente quinientos camiones y era uno de los mayores compradores de insuñes para fincas. Movía tranquilamente cuatro o cinco mil millones de pesos al mes. Ese sinvergüenza trabajaba las fincas con su hermano y generaba empleo, pero arrojó a gente honesta y trabajadora para llegar hasta ese punto. Por eso se tomó la decisión de ejecutar a Gustavo, el cerebro de todo, y dejar vivo al que manejaba las tierras, al testaferró, su hermano Emilio 'Ñono'. En el EPL era respetado y querido, era un jefe más de la guerrilla, una especie de patrón y a la vez socio.

Con esto no pretendo hablar mal de la gente del EPL; a ellos los respeto, porque años después dejaron las armas y se reinsertaron de verdad. Mi amistad con esos ex guerrilleros me ha ayudado a conocer más a fondo el modus operandi de la subversión.

Gustavo Escobar convirtió a su hermano en uno de los grandes terratenientes de Colombia, fácilmente lograron acumular cien mil hectáreas de tierra productiva y así fue como la consiguió. Mientras el poder militar del EPL entraba y asolaba una región al secuestrar y extorsionar a su gente honesta, la tierra perdía valor y de pronto aparecían de la nada, como los grandes salvadores, Gustavo Escobar y su hermano Emilio 'Ñono'. Compraban las tierras a precio de huevo y la gente terminaba agradecidos, porque eran hombres supuestamente prestantes. La misma historia que narró nuestro Nobel en su libro "La mala hora".

Pero, tenga en cuenta que ésta no sólo era una estrategia del EPL, también un método utilizado por las guerrillas del ELN y las FARC. Padrinos de la subversión, como Gustavo, lograron adquirir un elevado número de fincas de la mejor calidad. Fincas bajas, medias y en tierra alta, para ceba, levante y cría de ganado.

Gustavo acumuló muy rápido, porque contaba con el dinero del narcotráfico para invertir y además casi nada, socio de la guerrilla. No existía para él ningún problema hasta cuando llegué yo.

Recuerdo que le gustaba que le dijeran: "Doctor, no, doctor". ¡Doctor! Imagínese el personaje.

—Pero ustedes hacen lo mismo en ciertas zonas para "limpiarlas" de todo lo cercano a guerrilla? —le pregunté a Castaño.

—Partamos del principio, su pregunta es la respuesta. Somos un mal necesario y debemos ser transitorios; contrarrestamos a la guerrilla con sus mismos métodos, pero el fin es opuesto.

Fidel y yo estábamos preocupados con lo que le sucedería al país si se dejaba progresar esta alianza, más yo que mi hermano. Fidel cometió el error de decirle una vez a Gustavo Escobar: "Hombre, Gustavo, ¿por qué estás patrocinando vos esta guerrilla?". La respuesta fue tajante: "Fidelio, aquí pensamos distinto, el enemigo es el Estado colombiano y hay que estar con el que esté contra el Estado". Fidel, muy prudente, no le dijo lo que pensaba; mi hermano no cazaba una guerra antes de tenerla ya ganada, a no ser que se la cazaran a él.

Pero ese comentario casi me cuesta la vida, Gustavo Escobar intuía que yo era muy peligroso para él, pues, a pesar de la posición conciliadora de Fidel, yo ya había ejecutado gente suya aliada al EPL. Por eso me mandó a matar en dos oportunidades. La primera fue en Medellín. Me confundieron con un miembro de nuestros comandos urbanos que viajaba en uno de mis carros y lo asesinaron. En teoría me mataron porque yo me había movilizándolo esa semana en este vehículo de vidrios polarizados.

Diseñé varios intentos para ejecutarlo en Medellín y no fue posible. Intenté refugiarme por unos días en San Carlos, Antioquia, y hasta allá arribaron los sicarios. Transitable por la última calle del pueblo en un campero Mitsubishi, bajaba por una trocha, al lado había un barranco alto, y pero Mitsubishi, bajaba por una trocha, al lado había un barranco alto, y desde allí me dispararon con pistolas 9 milímetros.

Por suerte no mataron a mis dos acompañantes, Humberto Zea y su esposa Judith. El parabrisas quedó destrozado y el techo del campero, con alguna perforaciones. De manera increíble sólo resulté herido en una pierna, una bala atravesó mi muslo derecho con dos orificios de entrada y dos de salida por la posición de mi cuerpo al volante. En el hospital de San Carlos, los médicos diagnosticaron que la herida no revestía gravedad y que podía irme, si lo deseaba. Entonces alquilé un campero Land Rover y me fui en la silla trasera, no quise llevar una camilla, como lo acostumbraban esos camperos convertidos en ambulancias. Preferí viajar sentado, con el suero gota a gota en la mano.

A mi hermano Fidel ya se le había avisado y se vino como un rayo, solo y sin escolta, en su camioneta Ford Bronco, por una carretera llena de

guerrilla, una zona brava, entre los municipios de Granada y San Carlos. Ésta es una de las manifestaciones de arrojo y cariño que recuerdo de Fidel. Nos encontramos en la carretera y no me dejó caminar para cambiar de carro. El mismo me cargó en sus brazos y, cuando me trasladaba a su camioneta, me dijo: "Yo venía a recibir un cadáver, créame lo habían matado". Entonces le contesté: "No se preocupe, hombre, que todavía nos falta camino".

Al ver que corría peligro en Medellín, decidí irme para Bogotá y esconderme un tiempo, mientras planeaba la ejecución del padrino de la guerrilla, Gustavo Escobar. Alquilé un apartamento pequeño en la 116 con 11 y me dediqué a estudiar inglés en el Colombo Americano de la calle 114 con carrera 15. Allí decidí hacer el operativo en Bogotá, en el puente aéreo Avianca. Fue una acción limpia, hasta espectacular, podría decir, allí sólo murió el que tenía que morirse. Eso de poner cargas de dinamita o disparar ráfagas de metralleta a lo loco, eso es de bandidos, pues muere gente inocente.

Siempre se dice en la crónica roja: "Bastaron sólo cinco minutos para acabar con la vida del criminal". No, no, no. Fueron días enteros de trabajo y sincronismo en las horas finales. Cuento este caso, para dejar bien claro al país que quien estuviere con la guerrilla era enemigo nuestro, incluidos los narcotraficantes.

Esa mañana, nos llegó un dato de nuestro informante 'Carriello', el hermano de uno de los escoltas de Gustavo Escobar. "Vá para Bogotá en su avión". Gustavo tenía tres aviones y dos helicópteros, lo que un 'naro' grande acostumbraba a usar en ese tiempo. Yo lo esperaba con el hombre preparado para realizar la acción. Manuel, un lisiado y enfermo terminal que apenas podía mantenerse en pie y con dificultad daba pasos. Una operación suicida pero tenía como motivación adicional que su madre y dos hermanos habían muerto en una toma guerrillera.

Manuel se apoyaba en mi hombro y el plan era dejarlo en un sitio cercano a Gustavo Escobar y evitar que éste me viera, pues si me llegaba a identificar, el muerto sería yo. Gustavo contaba con una fuerte escolta, en carros blindados y en el puente aéreo en Bogotá, lo acompañaban nueve hombres.

A paso lento, nos acercamos a la Librería Nacional. Era el sitio perfecto, Manuel tenía que proceder en el instante que Gustavo Escobar saliera de la librería. Justo al frente, hay unas sillas y allí dejé a Manuel.

Recuerdo que un señor estaba sentado leyendo el periódico y le dije: "Por favor, por qué no le cedemos la silla al enfermo".

Los escoltas estaban en la puerta y Manuel sentado a dos metros, con la pistola lista debajo de la camiseta. Ahí me la jugué toda, me fui caminando sin mirar atrás y pensé: "Si Manuel no actúa, me toca a mí". No transcurrió medio minuto, cuando oí los disparos. Fue un disparo seco, un silencio y tres tiros más seguidos. Después oí por lo menos diez disparos al mismo tiempo. Sin mirar, sabía que Manuel le disparó cuatro veces a Gustavo y la escolta acababa de reaccionar matándolo.

No lo pensé y aceleré el paso hacia la puerta, pero las cerraron, eran eléctricas, entonces pensé: "¡Madre mía! La gente en el aeropuerto me observó cargando a Manuel". Como la única puerta que no se cerraba de manera automática era la de la salida internacional utilizada solo para vuelos a Nueva York, salté una cinta roja, que dividía la salida nacional de la internacional y salí caminando; daba pasos largos, pesados y rápidos cuando me escapé.

Ese fue el final de uno de los padrinos de la guerrilla. Hombres como éstos los hay en todas las regiones de Colombia, la gente honesta de verdad lo sabe y al principio no lo dice, pero al final terminan delatándolos.

LA LUCHA ANTISUBVERSIVA ORBANA Y EL GRUPO DE LOS SEIS

—Cuando yo estuve al lado de las fuerzas armadas en la legalidad, noté que para algunos de ellos todo lo que fuera izquierda era guerrilla y, por consiguiente, el enemigo. Yo no estaba de acuerdo con esa apreciación, porque en medio de la lucha antisubversiva urbana conocí sindicalistas respetables que no querían a la guerrilla. Pero también había guerrilleros de las FARC y el ELN, que se disfrazaban de militantes y sindicalistas.

Se veían contradicciones muy raras, por ejemplo, algunos políticos de la UP no compartían el accionar militar de las FARC. Viene a la memoria una conversación telefónica que escuché entre dos comandantes de la guerrilla: "Tenemos un traidor a la causa y es de nuestro nivel". En ese momento me hice la pregunta: "¿cuáles son en realidad los guerrilleros?". De ahí en adelante me dediqué a amularles el cerebro a los que en verdad actuaban como subversivos de ciudad. De esto no me arrepiento, ni me arrepentiré jamás!

Para mí, esa determinación fue sabia. He tenido que ejecutar menos gente al apuntar donde es. La guerra la hubieran prolongado más. Ahora estoy convencido de que soy quien lleva la guerra a su final. Si no hubiera tomado este camino drástico, habría hecho lo mismo que los gobernantes bandidos de este país, alimentar las guerras para que algunos ganen dinero, y nosotros seguiríamos ahí poniendo el pellejo. ¡No, señores! Si para algo me ha iluminado Dios es para entender esto. Convertí este conflicto en una guerra de alta intensidad, que toca los sectores que tiene que tocar: los aliados ocultos de la guerrilla.

El ELN era quien más guerrilleros tenía manejando sindicatos. Las FARC también, pero de una manera distinta, nunca aspiraban a la presidencia del sindicato, siempre lograban infiltrar gente en cargos medios, como los del personero o el tesorero. Las FARC los ubicaba en los principales sindicatos del país: Sofasa, las cementeras, Furesa, instituciones del Estado, la Amuc, las siderúrgicas, entre otras empresas. Ellos camuflaban muy bien allí a sus pees gordos. Los mismo que les manejaban el dinero y además les indicaban a quién extorsionar y secuestrar. Una telaraña tan bien tejida, que las FARC se sorprendieron muchísimo cuando se comenzaron a morir. Mi trabajo en la lucha antisubversiva urbana comenzó a dar frutos.

Ellos intuían que quienes podían descubrir a sus grandes infiltrados no podían ser los militares, esa información provenía de gente muy mezclada: intelectuales o gente del sector económico. "Estos sectores no tienen cómo meterse en una guerra abierta contra nosotros", pensaban. Para las FARC, estas ejecuciones eran como crímenes de Estado; ellos estaban convencidos de que sus enemigos no tenían acceso a esta gente o a alguna información sobre ellos. Ahí es donde aparece el 'Grupo de los Seis'. Gracias a estos señores, no soy hoy en día un bandido y, aunque en las esferas del poder se sabe algo de ellos, también es bueno que la otra parte del país conozca un poco para bien de la historia.

—Pero quiénes eran? —le pregunté.

Al Grupo de los Seis ubíquelo durante un espacio muy largo de la historia nacional, como hombres al nivel de la más alta sociedad colombiana. ¡La crema y nata!

Para mí fue un privilegio el paso que tuve por las vida de esas personas, y no hay que ponerle un toque macabro, era un grupo de seis colombianos a los que denomino verdaderos patriotas, comprometidos con

Colombia. Ellos me convencieron de la importancia de actuar patrióticamente y dedicar mi vida a la defensa del país, y entregarla si es el caso. Eran personajes de todo respeto y credibilidad, que por su edad avanzada vieron en mi la posibilidad de tener un hombre de la patria.

Déjeme decirle, que antes de llegar a ellos, realicé muchas acciones urbanas, más de cincuenta, todas de manera independiente.

Conoció al primero de ellos en 1987, días después de la muerte de Jaime Pardo Leal, candidato a la presidencia por la Unión Patriótica. Viajábamos en su carro y encontré allí un símbolo tallado en bronce que me llamó la atención al verlo por primera vez en mi vida. Le pregunté qué era, y el me lo explicó: Sociedad que se defiende. Y un mes después, me invitó a una reunión con dos hombres del grupo. El primer encuentro fue bien secreto y allí me manifestaron su preocupación por la muerte del candidato de la izquierda "Por Dios, cómo se asesina a Jaime Pardo Leal, eso desvirtúa a la antisubversión".

Coincidió con ellos y tratamos de analizar las razones y las consecuencias de las acciones de Gonzalo Rodríguez Gacha, alias 'El Mexicano'. Uno de ellos exclamó: "Aquí tiene que haber alguien que encartile esto, Carlos. En Colombia hay gente como usted, con la que se puede trabajar, sólo hace falta un poco de orientación política, un norte y unos derroteros".

Un año después, pude conocer a los demás, por el grado de responsabilidad y seriedad mío. Allí adquirí conciencia que hay colombianos que sin estar en el poder, sí están tratando de mover los hilos de la nación. Le voy a explicar la forma como trabajamos, y lo que voy a contar no implica que ellos sean responsables de estos hechos. Yo les decía: "Señores, he descubierto que algunos de los grandes jefes de las FARC y del ELN en la legalidad están aquí". Les mostraba una relación escrita con sus nombres, sus cargos o ubicación de los enemigos. ¿Cuál se debe ejecutar?, les preguntaba, y el papelito con los nombres se iba con ellos a otro cuarto. De allí regresaba señalado el nombre o los nombres de las personas que debían ser ejecutadas, y la acción se realizaba con muy buenos resultados. Nunca vi cómo se identificaba y elegía el objetivo, pero sí veía los efectos por la respuesta violenta de la subversión armada.

Sin ellos, quien sabe cómo hubiera adelantado yo una guerra sin norte, dado que con ellos o sin ellos lo iba a hacer.

Un día, invité a Fidel a una de esas reuniones y, a la salida, me dijo: "Usted se está acercando al verdadero poder".

No los obsesionaba el dinero ni el poder, eran unos verdaderos nacionalistas que nunca me invitaron ni me enseñaron a eliminar persona sin razón absoluta; allí aprendí que hay cierto tipo de acciones militares que alguien tiene que hacer para impedir que el Estado las haga como tal, y sucede en todas las naciones en formación. Me enseñaron a querer y creer en Colombia, con ellos me convencí que algunos tenemos que sacrificarnos por el país. El Grupo de los Seis se mantuvo activo hasta los primeros años de la década del noventa, pues varios de sus integrantes fallecieron.

—Si ellos estuvieron en desacuerdo con la muerte de Pardo Leal, el primer candidato a la presidencia por la UP, ¿opinaron lo mismo de la muerte de Bernardo Jaramillo Ossa, el segundo candidato a la presidencia por la Unión Patriótica? Para todos estaba claro que Jaramillo, siendo líder de la UP, había criticado públicamente muchas de las actuaciones violentas de la guerrilla de las FARC. —le pregunté a Castaño—.

—Pardo murió en 1987 y Jaramillo en 1990. En su momento, eran dos países muy distintos. En el noventa, el narcotráfico estaba enfrentado de manera abierta con el Estado y existía ya una 'narcoguerrilla' armándose. Lo único que voy a decir es que a Bernardo Jaramillo Ossa lo mató una antiterrorización civil, y no fui yo. Estuve presente el día que se tomó la decisión y manifesté mi desacuerdo. Uno podía abstenerse de votar y, al final, dije: "Yo no quiero ser ni cómplice en esta acción". No lo ejecutó ninguno de mis comandos, pero sí sectores cercanos a las mismas fuerzas que yo conducía.

—¿Dónde se planteó la muerte de Bernardo Jaramillo? ¿Fue en el Grupo de los Seis?

—Alguien lo hizo y yo escuché simplemente, sí... —contestó Castaño, un poco incomodo—. Yo he dicho claramente de cuáles casos soy responsable y de cuáles no lo soy. Además de los que estoy relatando, siempre explico el porqué. ¡Hombre por Dios! Hoy me arrepiento de no haber impedido la muerte de Bernardo Jaramillo Ossa.

Debe quedar algo muy claro, en este país no soy el único que dispara, quizá si soy el único que se atreve a asumir sus actuaciones y explicarlas. En Colombia hay casos como el de Jaramillo, en que todas las esferas del poder, los afectados, los beneficiados y hasta los meros espectadores conocen de dónde vino la orden, pero resulta que asumen una especie de silencio absurdo de conveniencia nacional frente a una situación tan grave. La doble moral de la clase dirigente Colombiana.

Hay hechos que, por grandes o pequeños, de pronto le dan a uno una inmensa claridad sobre esta guerra.

Alguna vez se presentó una situación, que siempre recordaré, y allí sobre el terreno terminé por convencerme que la pelea con la guerrilla había que darla en el aérea rural y en las ciudades, como yo lo venía haciendo. Eran como las 5 de la tarde, cuando llegué al campamento de Fidel, programaba un operativo en la zona rural de una vereda que se llama Tres Palmitas. Entonces mi hermano me preguntó: "¿En qué anda?" Antes de proponerme que asistiera al operativo, le manifesté mi deseo de manejarlo. Me decía: "Vamos a ver si todavía sirve para la lucha rural".

Fidel no tuvo inconveniente en dejarme ir, y me dijo: "Van con un informante confiable, tenemos localizado a uno de los guerrilleros más sanguinarios del quinto frente de las FARC, está en la casa de la mamá, ese es el objetivo".

Como a las 11 de la noche, nos acercamos al guerrillero. En la avanzada, se alcanzó a percatar de nuestra presencia y con una pistola se atrincheró en la casa de manera para defenderse. En ese momento, la orden fue disparar fuego cruzado desde distintos flancos. De pronto, el guerrillero dejó de disparar y creímos que se logró escapar por el patio, por el cual ordené que se rodeara a buena distancia la casa. El silencio continuó, entonces ordené el registro con dos hombres más y, cuando entré en la casa, el tipo yacía tirado sin vida en el corredor, que conducía a una de las habitaciones. Seguí buscando en la casa hasta que me acerqué a la cama y debajo se ocultaba un muchacho de diez años, invadido de pánico. Le pregunté a la viejita, que también se ocultó de la balacera arrojándose al piso para protegerse: "¿Quién es el pelao? Me dijo con la voz aún temblorosa: "Es mi nieto, el hijo de mi muchacho". De inmediato, lo saqué de la casa y la señora empezó a llorar. Prendí el radio, le informé a Fidel lo sucedido y le comenté que encontramos al hermano del guerrillero. La respuesta de Fidel fue categórica: "¡Hay que ejecutarlo!". "Hombre, Fidel, sólo tiene diez años y tiembla del miedo", me contestó. "Ese mismo 'pelao' es el que después lo mata a usted, y no lo dude", me insistió.

La conversación por radiotelefono terminó así. Yo debía tomar una decisión, lo miré y di la orden: "Señores, nos vamos y nos llevamos a este pelao". Opté por capturarlo y entregárselo a la comandancia del ejército,

lo que terminó salvándole la vida pues cuando Fidel sugirió ejecutarlo, me detuve a pensar: "Si lo dejo vivo, puede ser perfectamente un Carlos Castaño en el futuro y me va a perseguir a muerte. Si lo mato, a cuántos niños más me va a tocar ejecutar". Esa reflexión fue bien dolorosa.

Le dije a Fidel: "Hernando, a los que hay que seguir ejecutando es a los que logran alienar estas mentes ignorantes. Los jefes de las FARC son los responsables de que estos 'pelaos' se maten aquí mientras ellos viven en Bogotá felices en hoteles cinco estrellas, viajan al extranjero y hacen propaganda guerrillera mientras esconden sus atrocidades. ¡A esos es a los que hay que matar!".

—En ese momento surgió una diferencia con su hermano Fidel? —le pregunté a Castaño.

—¡Nunca! —me contestó airado—. Yo jamás en la vida tuve diferencias o rivalidades con mi hermano. La contradicción la viví yo. Me pregunté y le pregunté a Fidel. ¿Por qué hay que matarlo? Mis argumentos se fortalecían cada vez más, mi premisa era la misma, y recuerdo que le dije a Fidel: "Hay que ejecutar a esos que perversamente ponen a que los campesinos nos matemos entre nosotros". ¿Dónde y cuándo vamos a corregir el problema?, me preguntaba. En mi mente, un pensamiento se hacía cada vez más certero. Esto va a seguir igual y las órdenes se van a seguir dando si los que están en las capitales no se mueren primero".

Regresé a la ciudad a seguir buscando los cerebros de la guerra. Posaban de no ser guerrilleros, no eran los dueños de las fincas ni les pertenecía el capital, pero vivían de la guerra. Alimentaban a los ejércitos de lado y lado, y respetaban los intereses del establecimiento. Son los verdaderos "señores de la guerra".

—¿Por qué no citamos algunos ejemplos, comandante?

—Le puedo hablar de hombres como Jaime Ángel del Valle, Jesús Aguado de Medellín, Jorge Gneco, Luis Felipe Vélez, presidente del sindicato ADIDA, quien desde Medellín podía enviar grupos de diez o quince hombres semanalmente para que se alistarán en la guerrilla del EPL. Adoctrinaba esos muchachos de los colegios Liceo Antioqueño y Pascual Bravo. Él no murió por sindicalista, como lo hizo por la izquierda, la guerrilla y algunas ONG. Se murió por ser un señor de la guerra, que se escondía en un sindicato.

Después de su ejecución, dije: "Muchos jóvenes de la ciudad y niños del campo se salvan de la muerte con la desaparición de este sinvergüenza".

Otro caso fue el del senador por la Unión Patriótica, Pedro Luis Valencia, también catedrático de la Universidad de Antioquia. Un comando de la Autodefensa irrumpió a las 7 y 30 de la mañana en su casa, en el barrio Calzans, lo capturó y lo ejecutó. Esa misma casa fue lugar de tránsito de muchos secuestrados en Medellín. Al garage llegaban los militantes urbanos con la víctima atada de pies y manos, en el baúl del carro, allí se subía un hombre de las milicias rurales de las FARC y se llevaba a la víctima para el monte. Yo supe de siete secuestrados que pasaron por esa casa. ¡Y Valencia era un senador de la República por la Unión Patriótica!

Este hombre era perverso, antes de ejecutarlo, yo mismo le hice un seguimiento y descubrí que era un teórico de izquierda impresionante; me camuflé entre el público del auditorio y asistí a tres de sus conferencias, y allí me quedó claro que era un alimentador de la guerra, atizaba la lucha de clases y para él los ricos eran los responsables de todo lo malo, era un gran sembrador de odio. La representación de Stalin.

Lo que yo hice fue ejecutar a los guerrilleros activos dentro de las organizaciones de izquierda. Una etapa muy fuerte a la que yo llamé "la depuración". ¡Ojo! Pero se respetó a los líderes de la izquierda colombiana, que no fuesen subversivos.

—¿A qué líderes de izquierda admira usted?

—A los sindicalistas que defienden los derechos del obrero, a los personajes líderes de los movimientos de Izquierda como Luis Eduardo Garzón y Angelino Garzón, a quienes siempre he respetado. Lamenté que fallciera Bernardo Jaramillo Ossa, quien nunca debió morir. Tampoco se atentó contra hombres como Julio Roberto Gómez, un sindicalista moderado. Muchos hombres del partido comunista nunca fueron objetivo militar nuestro, Gilberto Vieira y Gerardo Molina, los fundadores del PC en Colombia. Respetamos también a Hernán Motta Motta, senador de izquierda, quien llevaba mensajes de las FARC al Gobierno, pero en un tono conciliador, fue un hombre moderado y decente, se manifiesta dentro de su ideología. Carlos Romero, fue otra persona a quien le reconocimos su tendencia política, porque nunca fue guerrillero, era un hombre de izquierda, cosa muy distinta.

Como éstos, se dieron muchos casos en la lucha antiterrorista urbana, pero, vuelvo y repito, a mí no me queda la menor duda que más del cincuenta por ciento de los políticos de la Unión Patriótica, los mató 'El Mexicano' en una guerra por cocaína con las FARC.

—Pero con todas esas "ejecuciones extrajudiciales" no cometió usted crímenes injustificables. Usted no es juez para decretar la pena de muerte? —le pregunté a Castaño.

—Ejecutar a un hombre es un crimen, yo solo justifico la muerte de un ser humano en casos extremos de legítima defensa, pero cuando se está en la guerra es otra cosa. En una guerra irregular como la que nos tocó vivir, es injustificable. Lo único que me deja tranquilo es que esta guerra no la comencé yo; somos efecto, no causa. En la mayoría de los casos se analizaron dos fuentes no conexas, pruebas, grabaciones y documentos que nos permitía tomar la decisión. Eso no quiere decir que en los comienzos de la lucha antisubversiva pude haber cometido graves errores con terceros y conmigo mismo.

—¿Era consciente de las consecuencias que esto le traería a usted? —No. Después del secuestro y muerte de mi padre, yo aún era un niño y estaba enneguecido por el odio, la rabia y el deseo de venganza. Quizá el error más grande de mi vida fue que avancé sin ser previsorio y nunca tuve un terreno allanado al que yo pudiera retornar. Sin darme cuenta, poco a poco, fui pasando una frontera de no retorno a la normalidad, hasta que llegue el fin de la guerra.

Pero sigo teniendo un sentimiento antisubversivo irremunciable. Lo que pasa es que uno va cometiendo errores y esos excesos quedan temporalmente sumergidos. Pero el hecho que estén ocultos no lo exime de tener un compromiso más adelante con su enemigos irregulares o con la justicia; espero que no sea frente a la justicia de la subversión institucionalizada, por eso prefiero la justicia internacional, ella podría entender objetivamente mi tragedia. El punto de no retorno nunca es fácil percibirlo. Eso es lo que más le recalcó hoy en día a la nueva generación de comandantes y combatientes en la Autodefensa, les hago ver hasta dónde puede uno dejar avanzar el odio, porque pelear con odio sólo conduce a cometer errores. A nuestras filas ingresan muchachos que por convicción son antisubversivos, pero otros vienen porque han sido víctimas de los excesos de la guerrilla y su odio es inmenso. Ésta es la triste historia del odio que generó el odio.

En medio de la entrevista con Castaño, el comandante 'Aleman' se levantó de la mesa y conversaba en voz baja con varios hombres de la escolta, y por radioteléfono recibía mensajes. Castaño detuvo la conversación y preguntó en voz alta:

—¿Qué pasa, 'Alemancio'?

—Tenemos un enfrentamiento cerca, comandante.

—¿Dónde? —preguntó Castaño, mientras se paraba de la mesa para acercarse al 'Aleman'.

Sin ningún asomo de intranquilidad, Carlos Castaño se acercó y nos dijo:

—Señores, lo más seguro es que nos tengamos que separar, lamentablemente, no vamos a poder dormir aquí esta noche. Creo que lo mejor, es que usted regrese a Montería, porque yo me voy a enmarañar y nos espera una buena carnicada. Es posible que me desplace hasta un campamento que tengo selva adentro, en el Nudo de Paramillo, donde pienso estar unos ocho días. Pero antes quiero que nos veamos con Adolfo Paz, 'Don Berna', mi fiel amigo y compañero de Causa y en la guerra contra Pablo Escobar. Adolfo, mi hermano Fidel y yo conformamos la dirección del grupo los PEPEs, los perseguidos por Pablo Escobar. Mañana buscaremos la forma de reencontrarnos. Creo que va muy bien acompañado por el doctor Ernesto y 'Monseñor', son muy buenos conversadores.

Mientras pasábamos los maletones de una camioneta a otra, Carlos Castaño alcanzó a cambiarse de ropa, un *blue jean* ancho y unas botas pantaneras de caucho, que le llegaban a la rodilla. Antes de salir, comenzó a llover nuevamente y la temperatura daba la sensación de subir, pero no, solo la humedad incrementaba.

El viaje fue lento, porque la vía parecía un jabón, sacado de una tina. La camioneta se deslizaba y se enterraba a su antojo en el fangal, mientras el conductor giraba rápidamente la dirección hacia el lado contrario de donde se precipitara el carro.

Con pantano hasta en las orejas, dejamos a Ernesto Báez en una finca cercana, eran las tres de la mañana. Casi no abren el hotel. Llegamos a Montería y el receptionista salió en piyama. Dormí tranquilamente hasta el medio día, cuando me visitó un enviado de Castaño. Al bajar a la recepción, alcancé a ver una camioneta que me conduciría hasta la finca "Cocuelo". Llegué a la solitaria casa de una sola planta, similar a las anteriores, me ubiqué en el kiosco y después del almuerzo vino una corta espera. Escoltado por dos camionetas con veinte hombres, reapeació Castaño.

LA GUERRA CONTRA PABLO ESCOBAR

—El día que Pablo Escobar ordenó mi muerte, salí ileso del atentado y horas más tarde, redacté dos cartas. Una a mi hermano, en la que le conté lo sucedido, y otra a Escobar, donde le escribí algo que nadie se atrevía a decirle:

Antioquia, 1 de enero de 1992

Pablo:

Mientras le he servido en lo que creo debo hacer, según mi criterio, usted intentó matarme a traición. No se extrañe si mañana lo entregue su esposa o cualquier miembro de su familia, cuando descubran que no es un ser humano sino una bestia traicionera lo que tienen en la casa.

Carlos Castaño Gil.

Esta carta le llegó a Escobar y se encolerizó. ¡Ese hombre era un alacrán! Pero las guerras son así, primero hay que sacarle la rabia al enemigo para descomponerlo. Mientras más pantera negra se crea y más inmisde, más duro hay que tratarlo.

Alguna vez le oí decir a Pablo: "Cuando un tipo no se deja ver y hay que "bajarlo", no le mande un "combo", mándele dos o tres...". Escobar intentó matarme con tres "combos" integrados cada uno por dos sicarios, en total seis hombres armados.

Al comenzar el día me dirigía hacia Medellín y al aproximarme al peaje de Yarumal, en un campero Misubishi con mi esposa y mi hija reduje la velocidad. A unos cien metros, un taxi Renault 9 que se encontraba estacionado en la berna, aceleró de manera abrupta y se hizo adelante de nosotros. Me pareció un poco raro, lo confieso, pero a mí todo en la vida me ha parecido raro. No me gustó mucho, por eso mermé un poco la velocidad de manera desprevenida. Soy excesivamente precavido y des-

confiado, por eso detallé que el taxi lo manejaba un muchacho sin camisa, acompañado por otro joven, y parecía no haber nadie en la silla trasera. De repente, se levantó un hombre en la silla trasera, miró hacia mi carro y volvió a esconderse. Esto sucedió en segundos y me pareció ver que el de adelante le dijo al que se paró: "Míralo".

Ellos pasaron rápidamente el peaje, mientras yo preferí hacerlo despacio, con toda la precaución del caso. El taxi, de manera extraña, no se adelantó, se detuvo en el carril izquierdo, por donde venían los carros en sentido contrario, pero dejaba un espacio libre en la calzada.

De inmediato le dije a mi esposa: "Esto está muy raro. No voy a pasar por el carril derecho". Acelere el carro al máximo y me colé rápidamente por el pequeño espacio que habían dejado al lado izquierdo, el campero alcanzó hasta patinar cuando pasé por la berna y por algún cascajo que había allí regado. Yo no miré, y cuando el tacómetro subió a cien kilómetros por hora, le pregunté a mi esposa: ¿Usted vio lo que pasó? Ella me contestó: "Sí, fue muy raro". ¿Qué reacción tuvieron cuando me les pasó por el lado contrario? "Todos nos miraron, los tres que estaban en el taxi", contestó.

Seguí avanzando a un ritmo fuerte, entre cien y ciento veinte kilómetros por hora, en una vía con curvas. De pronto pensé que era pura paranoia mía, pero comencé a ver las luces del taxi por el retrovisor. En las rectas avanzaba a ciento cuarenta kilómetros, y el taxi ahí, a la distancia. Las llantas chillaban porque tomaba las curvas a mucha velocidad en tercera y las revoluciones del carro se acercaban a ocho mil, ya iba arriesgando. Desconcertado, decidí metirme por una variante que hay antes de llegar al municipio de Santa Rosa. Yo de trochas y atajos sí conozco. Era una vía sin asfalto, que nos dejaba adelante del pueblo.

Con mi esposa reflexionaba: "Serán unos borrachos, pues es la madrugada posterior al 31 de diciembre y puede ser sugestión mía". Pero no, me iban a matar con mi esposa y mi hija. Años más tarde, capturé a uno de esos hombres y me lo contó todo con detalles. El sicario que iba en la silla trasera del taxi llevaba un fusil G-3 y a la salida del peaje estaba listo para disparar la ráfaga de veinte tiros, justo cuando yo pasara.

Salté de nuevo a la autopista con una tranquilidad relativa, muy atento con el taxi, pero no lo volví a ver. Pasé por el municipio de Don Matías y llegué a un cerro donde están los restaurantes a lado y lado de la carretera, y vi dos motos salir de uno de los restaurantes. Dejé de acelerar para

observarlos bien, cuando el parillero de la moto que iba adelante, como a unos cien metros, dejó caer su gorra. De inmediato presentí sin lugar a equivocarme: "Comenzaron el operativo y me quieren matar".

Noté que la moto se detuvo y el segundo sicario se bajó y la recogió para darme tranquilidad, pero, al agacharse, le alcancé a ver debajo del poncho una sub-ametralladora M.P5 recortada, una arma fina, que muy poquitos teníamos. De inmediato pisé a fondo el freno y levanté la palanca de emergencia, a unos sesenta kilómetros por hora, para intentar dár un trompo y quedar en contra vía y así huir, pero di la vuelta entera y quedé frente al sicario otra vez. No dudé en sacar la pistola y le hice cuatro disparos.

Mientras los tipos tomaban una mejor posición que les permitiera disparar desde la moto, alcancé a ver mas adelante, que los otros atravesaron su moto impidiendo el paso de los vehículos que se aproximaban en sentido contrario. Yo manobré el campero y lo arrinconé a un muro de contención amarilla con negro, en el filo de un precipicio, tan profundo, que mi hija se asomó y me dijo: "Papi, no me vayas a dejar caer ahí, que eso esta muy miedoso". Recuerdo que mi hija no dijo una palabra sobre los sicarios y mi esposa me preguntaba: "¿Nos van a matar?".

"Tranquilas, que no va a pasar nada", les dije, y me bajé ordenándoles que se quedaran ahí. Me escondí detrás de una piedra a un costado de mi carro a esperar que salieran los sicarios. Sólo tenía una pistola 7-56 y un proveedor en el bolsillo, ya me había gastado cuatro tiros, me quedaban ocho en la recámara del arma y doce en el otro proveedor. Cuando salieron los que me habían disparado y su moto había resbalado sobre la cuneta de cemento a la salida del restaurante, me incliné, puse una rodilla en el piso y les apunté, recosté mi cabeza en el hombro, mientras mi mano izquierda abrazaba la derecha que empuñaba mi arma. Con la meta en la mano fueron cruzando frente a mí y el sicario y me gritó: "¡La cosa no es contra usted, iparsel!, nosotros vamos es por el carrito!". Luego aceleraron la moto, y yo les contesté: "¡Pase que no voy a disparar!". Mientras se alejaban, no dejé de apuntarles hasta que se fueron. Luego regresé por trochas hasta una zona segura y controlada por la Autodefensa.

El atentado se dio porque Pablo Escobar ya intuía que yo, a espaldas de mi hermano Fidel, le estaba ayudando a las autoridades para que lo capturaran, por eso, la realidad es que no puedo calificar de traición su actitud como le escribí en la nota, simplemente, él era mi objetivo y yo me

convertí en el suyo. Las razones es otra cosa. Además, se le había frustrado más de un atentado terrorista, justo de los que yo tenía conocimiento.

—Sospecha que tenía sentido —le comenté a Castaño.

—¡Claro, por Dios! Desde que conocí a Pablo, en 1984, percibí que era un manipulador, que siempre me consideró un instrumento. Yo sabía que tarde o temprano íbamos a rivalizar por las capacidades que cada uno tenía, aunque con horizontes distintos. Siempre he tenido un concepto muy claro de la preservación de la democracia y el Estado. Él odiaba a la clase dirigente y a la oligarquía. Con su poder ya empezaba a sentirse Estado.

Cuando en 1985 se planeó en mi presencia la toma del Palacio de Justicia entre Pablo Escobar y Carlos Pizarro, yo no imaginaba a Pablo tan perverso.

Al lado de Escobar uno se podía convertir perfectamente en un monstruo igual que él. Sinceramente, yo creí que Pablo se caía por gravedad, el propio peso de su accionar endemoniado lo iba a acabar, pero pasaron los años y Escobar se fortalecía, cada vez era más criminal. Creí que la autaridad iba a terminar con él, pero en mi accionar antisubversivo al lado de las instituciones y por fuera de ellas, descubrí que no había quien lo pudiera ejecutar, por el grado de corrupción política y judicial que existe en Colombia.

A principios de 1989, yo ya era un enemigo oculto de Escobar y le suministraba información al DAS. En ese entonces, se me conoció en la central de inteligencia como el informante 'Alekos', al que internamente llamaban "El Fantasma", de lo cual hay registros y grabaciones que lo comprueban. Para un sector de la Policía, siempre fui conocido como 'Alex'.

—Pero comandante, su hermano Fidel Castaño aún era amigo de Pablo y asistía a las reuniones del cartel. ¿Qué opinaba él?

—¡Nada! Fidel no estaba enterado de todo lo que yo tramaba en contra de Pablo. Luché contra Escobar, a escondidas de mi hermano y del DAS. En la central de inteligencia no conocieron mi identidad durante mucho tiempo, siempre fui 'Alekos'. Se lo ocultaba a Fidel, porque mi hermano siempre creyó en Pablo Escobar. Se trataban como amigos y con aprecio. Fue tan 'pablista', que cuando le escribí para contarle que Escobar ordenó mi muerte, no me creyó. Fidel, como todos sus amigos, le era leal por el terror que le tenían. En ese momento convenía ser amigo de Pablo y no su enemigo.

Mi hermano creía en Escobar como en un amigo leal. Enemigo de sus enemigos y amigo de sus amigos. Yo insistí en lo contrario: "Pablo es enemigo de sus amigos y así sobrevive, matando amigos".

Comencé a suministrar información a las autoridades diez meses antes de que estallara el camión bomba con seis mil kilos de dinamita en las instalaciones del DAS en Bogotá, un triste 6 de diciembre de 1989. Recuerdo que mientras los que queremos este país sufríamos al ver cómo fallcieron de manera infame casi cien personas y más de mil quedaron heridas, 'Memín' y el 'Chopo', los hombres de Pablo Escobar que colocaron las seis toneladas de explosivos, celebraban y se sentían mejores que los demás bandidos. ¡No creían en nadie!, a pesar del regaño que les metió Pablo, porque el director del DAS, general Maza Márquez, había salido ileso.

Ellos se ufanaban y contaban abiertamente los detalles del atentado, a la gente de confianza, entre los que, supuestamente, me encontraba yo; tan bocones fueron que ese día les saqué la información necesaria para destruir la bodega donde quedaba la dinamita sobrante del atentado, unos tres mil kilos, que después se utilizarían para realizar tres nuevos atentados con carros bomba de por lo menos quinientos kilos de explosivos cada uno.

Quince días después del atentado, llamé al DAS y pude hablar por segunda vez con el Director de la Central de Inteligencia, Alberto Romero Otero; me lo pasó el coronel Echavarría, de la División de Inteligencia.

Con Echavarría existía cierta confianza porque le había suministrado, en el transcurso del año, cuatro o cinco denuncias importantes.

El señorino lo seleccioné, porque durante esos días leía el libro Entrevista con la historia de la escritora y periodista Oriana Fallaci. También escribió otro libro, Un hombre, sobre la vida de 'Alekos', el rebelde griego de nombre Alejandro Panagulis.

Como 'Alekos' le entregué al director de la Central de Inteligencia la información que evitó la explosión de varios carros bomba en Medellín y Bogotá, donde ubiqué una bodega con dinamita. Le revelé información que evitó la muerte de un candidato presidencial, entre otras denuncias que les salvaron la vida a muchas personas, incluida la del general Miguel Maza Márquez, en dos oportunidades. Más del cincuenta por ciento de los hechos positivos del general Maza, como director del DAS, se deben a mi información como infiltrado de la patria en las filas de Pablo Escobar.

Lo que le dije al señor Alberto Romero, está escrito en esta declaración que el Director de la Central de Inteligencia rindió ante la Fiscalía General de la Nación, cuatro años y tres meses después. Léala y la veremos, es muy importante.

Castaño salió del kiosco de paja y me concentré en el documento. Era la declaración juramentada que el Director regional del Cuerpo Técnico de Investigaciones de la Fiscalía en Medellín, le tomó en las instalaciones del DAS al Director de la Central de Inteligencia, el 28 de marzo de 1994, a las 11 de la mañana, en el proceso 0179, comisión 087.

“¿Jura decir la verdad y nada más que la verdad?”. El señor Alberto Romero contesta que sí, cuando le pregunta el fiscal: “Afirma Carlos Castaño Gil que puso en conocimiento suyo algunas actividades terroristas que se desarrollarían en 1989 y 1990”. Y Alberto Romero contesta: “A finales de 1989 se produjo una llamada telefónica de una persona que tomó el pseudónimo ‘Alekos’ y manifestó su intención de suministrar información referente a los hechos terroristas que estaban ocurriendo en el país, cometidos por el cartel de Medellín. Anunció que en el barrio San Antonio de Bogotá, en la calle 2ª sur con carrera 19, en una bodega contigua a un taller se encontraba una cantidad importante de dinamita y que en aquel sitio se había cargado el camión bomba que fue colocado contra las instalaciones del DAS. Se gestionó la orden de allanamiento y se decomisó tres toneladas de explosivos. Las diligencias adelantadas por la Policía Judicial permitieron con posterioridad identificar los autores materiales y actualmente responden ante la justicia por estos hechos”.

Castaño me había entregado, también, recortes de prensa de la época y así titulaba el periódico *El Colombiano*, el hallazgo, un 27 de diciembre de 1989: “Cae fábrica terrorista en Bogotá”. El encabezado decía: “Golpe del DAS”. Y el antetítulo: “Incautadas 3 toneladas de dinamita. Develado gigantesco plan siniestro”.

El propio general Miguel Maza Márquez reveló detalles del hallazgo de la bodega. En la rueda de prensa que dio en el lugar: “Ésta es la fábrica de carros bomba de los jefes del narcotráfico y se tiene pleno conocimiento que intervino un ex integrante de la organización terrorista vasca ETA. Aquí se preparó el primer atentado terrorista contra mi vida el 30 de mayo de 1989, el carro bomba que destruyó el periódico *El Espectador*, el 2 de septiembre, el vehículo que hizo explosión

cerca al hotel Tegundama y aquí también se preparó la carga explosiva colocada en el avión de Avianca HK 1003 volado con 117 personas a bordo, el pasado 27 de noviembre, y, por supuesto, el atentado a las instalaciones del DAS. El proyecto criminal tenía previsto, entre otras cosas, atentar contra conocidos políticos, funcionarios del gobierno, empresarios y diplomáticos”.

Continué con avidez la lectura de la declaración del jefe de la Central de Inteligencia, como si se tratase de una novela, que no podía dejar de leer. Alberto Romero continuaba así su relato: “Posteriormente ‘Alekos’ llamó y dijo que le agradaba muchísimo la forma y la diligencia como se había hecho la incautación y que él continuaría suministrando información para evitar actos terroristas, pidió un teléfono para comunicarse en horas no hábiles y el día 5 de abril de 1990 anunció que una camioneta Ford F900, de placas TA 5503, contenía una carga de 750 kilos de dinamita amoniacal camuflada, que iba de Medellín para Bogotá a realizar un atentado contra un personaje. Se registró la ubicación del vehículo en la calle 86 con la carrera octava, lugar trasero a la residencia del general Miguel Maza Márquez. La carga fue desactivada por el estrangulamiento de la mecha faltando escasos segundos para que hiciera explosión”.

“El 19 de abril de 1990, ‘Alekos’ informó que en la residencia de la arreta 66b, número 15-06, situada al frente de la cabecera de la pista del aeropuerto Olaya Herrera, en el barrio Santafé de la ciudad de Medellín, estaban unos francotiradores que asesinarían al candidato presidencial conservador Rodrigo Lloreda Caicedo. Esta información le suministró a la Policía Nacional que de inmediato hizo un operativo relámpago, pero por falta de previsión los francotiradores lograron escapar. Se encontró en la residencia un fusil 15 pw, un proveedor y 13 cartuchos, un fusil marca Winchester, calibre 7.62, con mira telescópica de alta precisión, 19 cartuchos y un rocket”.

De inmediato, busqué en los recortes de periódico y allí salió publicado en la edición del viernes 20 de abril, de *El Colombiano*, aparecía en una foto el armamento incautado, a tres columnas, y el título decía: “Frustran atentado terrorista en Medellín”.

El documento continuaba con información adicional filtrada por ‘Alekos’, ese mismo día, según Alberto Romero: “En la plaza José María Villa en Medellín, se encontraba una camioneta Chevrolet Luv

INFORMACIÓN DE DECLARACIÓN QUE RINDE EL SEÑOR ALBERTO ROMERO OTÁLORA, IDEALIZADO CON CÉDULA DE CIUDADANÍA NUMERO 2.692.116 DE BOGOTÁ, RESIDENTE EN LA CARRERA 28 No. 18.00 TELÉFONO 237709.-

po Celebrity de placas TI-5123 acondicionado con 450 kilos de dinamita asonada y localizada a una cuadra del centro administrativo de la Alpujarra en Medellín, este operativo se coordinó con la Policía para que lo efectuaran. En otra oportunidad cuya fecha no figura acá porque el resultado no fué el esperado, suministré la información del lugar al cual en labores de la noche de ese día llegaría Pablo Escobar en un sector cercano a la Ciudad de Medellín y que el sitio estaba acondicionado para recibirlo y había armamento y comunicaciones. Se le avisó a la Policía Nacional Cuerpo Elite el cual hizo el reconocimiento de la zona parece que no con todo el cuidado del caso y fué detectada y al día siguiente allanaron el sector sin que lo hubieran hecho en el sitio donde se presumía se encontrara, tal vez por una mala apreciación del terreno; ALEKOS llamó ese día más tarde y pidió que por lo menos se allanara el sitio y se desmontara el armamento y se senta molesto con la forma como habían hecho el operativo por lo que se le suministró el teléfono de la Jefatura de la Seccional Antioquia y de la Unidad Regional de Inteligencia que estaba siendo desempeñada por OSCAR FREDY PAREDES con el cual se comunicó explicándole debidamente el sitio y el contenido un personal de la Seccional Antioquia efectuó el allanamiento desmontando un armamento, chalecos antibalas y algunos radios de comunicación. Rápidamente del año 90 en una de sus llamadas dijo que iría a estar fuera de Antioquia y que no sabía cuando se volvería a comunicar pero que para cualquier efecto él quería suministrar en identidad y dijo que se llamaba CARLOS CASTAÑO. Se le preguntó si estaba interesado en el pago de recompensa y dijo que eso no le interesaba que lo que había hecho lo hacía porque no estaba de acuerdo con una violencia tan criminal y cobardes. PREGUNTADO.- Qué conocimiento tiene Usted sobre la violación de los hermanos VIDAL y CARLOS CASTAÑO OIL distista de la mencionada con personas vinculadas al Departamento Administrativo de Seguridad.- CONTESTO.- Ninguna con ningún funcionario del DAS que yo conozca. PREGUNTADO.- Se le avisó al con posterioridad ha habido alguna otra comunicación con el señor CARLOS CASTAÑO o ALEKOS.- CONTESTO.- No, para efectos de la cooperación de a información con el señálato de Alekos se manejó toda información que el suministró y cuando fué necesario coordinar con la Policía Nacional se le dió el señálato de El Pantano.- PREGUNTADO.- Si usted decide si desea agregar, corregir o emendar algo más a la presente diligencia.- CONTESTO.- No tengo nada más que agregar.- No siendo otro el objeto de la presente diligencia se termina y firma como aparece por quienes en ella intervinieron una vez leído y aprobado.- Se observó lo de ley.

EL DIRECTOR REGIONAL DEL C.S.I.-

El declarante,

ALBERTO ROMERO OTÁLORA

le placas MM 1605 acondicionada con 250 kilos de dinamita plástica, 50 de metralla. Se coordinó con la Policía Nacional quienes lograron el decomiso del artefacto".

Los detalles de la noticia sólo se conocieron el lunes 7 de mayo de 1990, 'Alekos' había informado del hecho 16 días antes y así lo registró en primera página el periódico *El Colombiano*: "Cuerpo Elite descubrió carro bomba". "Evidada tragedia", decía el pie de foto.

Según el artículo: "El carro bomba descubierto en la plaza mino-rista hubiera sido el tercer atentado en menos de un mes. Ya habían hecho explosión dos artefactos al paso de un convoy del Cuerpo Elite le la Policía, el primero en el puente del Pandequeso había dejado diecinueve personas muertas y el segundo cuatro". Con este operativo realizado por la Policía se evitó una tragedia de incalculables consecuencias", aseguró a la prensa el coronel Carlos Alberto Otálora.

Finalizaba la segunda hoja de la extensa declaración ante el fiscal y Alberto Romero ya separaba las denuncias, sin hacer comentarios, sólo con un punto aparte y continuaba: "El 21 de mayo de 1990 se recibió otra llamada de 'Alekos' e informó de un artefacto explosivo al frente del colegio Helvetia en Bogotá, el carro bomba fue desactivado, contenía 350 tacos de dinamita gelatinosa".

Esta vez no busqué recortes de prensa, miré al vacío y recordé lo cerca que yo estuve de esa bomba, pues acostumbraba a transitar en las mañanas por ese colegio. Ese día, no pasé por ahí, gracias a una fuerte gripa. El frustrado atentado causó un inmenso revuelo, pues en se plantel estudiaban los nietos del entonces presidente de la República Virgilio Barco Vargas.

Seguí leyendo: "El día 27 de junio del mismo año 'Alekos' suministró información que permitió la localización de un taxi marca Chevrolet Celebrity de placas TI-5123 acondicionado con 450 kilos de dinamita amoniacal. Estaba localizado a una cuadra del centro administrativo La Alpujarra en Medellín".

La Alpujarra es uno de los sitios más concurridos de la ciudad, allí se concentran dependencias de la Alcaldía de Medellín, de la Fiscalía la Gobernación de Antioquia, por eso consulté los pocos recortes de prensa que quedaban, con la curiosidad de verificar lo escrito hacía diez años. El periódico titulaba en primera página, de manera escueta, una noticia tristemente recurrente: "Desactivado carro bomba con

450 kilos de dinamita". Debajo de la información íque paradojal. El Gobierno anunciaba un tardío proyecto: "Acción social para rehabilitar sicarios".

Concluía la última hoja de la declaración, cuando, de repente, regresó Castaño:

—Yo le dije que hoy le iba a contar cosas. Está por llegar 'Don Berna', pero si quiere evacúanos preguntas —me sugirió Castaño.

—Comandante, dice en la declaración que usted permanecería fuera de Antioquia por una temporada y que no quería cobrar la recompensa. Pero cómo se enteraba de los inminentes atentados.

—Fácil. En Medellín había mucho bandido a sueldo, incluyendo a los miembros de la organización de Escobar. Pablo quería hacer un atentado y le hacía la propuesta a varias personas que estaban en capacidad de llevarlo a cabo. La gente de Escobar decía: "Hay tanta plata para esta vuelta, ¿quién se le mide?". Así se planearon muchos atentados y, en la mayoría de los casos en los que yo tenía claro que varias personas sabían que un hecho se iba a producir, me atrevía a pasar la información a las autoridades, pues los sospechosos de una delación éramos varios y así podía seguir en mi lucha contra Pablo Escobar.

Sin embargo, no siempre puede evitar muertes en esa guerra tan absurda. En agosto de 1989, me tocó ver, en la víspera de la explosión, un Mercedes Benz blanco cargado con trescientos kilos de dinamita. Con este carro bomba Pablo pensaba asesinar al coronel Valdemar Franklin Quintero, y a esa información tuvimos acceso muy pocas personas. Quise evitarlo, pero pensé con cabeza fría y decidí callar: "Esto equivale a mi muerte de manera inútil", porque era fácil que encontrara al delator y el monstruo iba a seguir vivo.

Esa noche no dormí, era imposible. Saber que iba a estallar un carro-bomba repleto de dinamita al día siguiente fue terrible, pues yo no podía hacer nada. A las 7 y 50 minutos de la mañana en los alrededores del estadio Atanasio Girardot, el carro bomba explotó, como estaba previsto, al paso de una caravana escoltada. Pero una fatal coincidencia se dio, quien cruzaba la calle Pichincha era el gobernador de Antioquia, Antonio Roldán Betancourt, y no el coronel Quintero. Antonio Roldán y varias personas más murieron en el atentado, que, mire lo raro, le causó mucho dolor a Escobar. No sufrió por los inocentes que fallecieron, se lamentó porque consideraba al gobernador su amigo y el pobre Roldán lo era, pero, como muchos, por obligación.

—¿Por qué Alberto Romero, director de la Central de Inteligencia del DAS, terminó declarando ante la Fiscalía a favor suyo?

—Lo que sucedió, se lo explico así: los hombres de Pablo Escobar, que se entregaron a la justicia, querían vengarse de alguna forma de los hermanos Castaño Gil. Entonces me acusaron calumniosamente de ser el autor material de la bomba que explotó en el avión de Avianca. Absurdo. Mi trabajo permanente era evitar el narcoterrorismo de Escobar, por lo cual mi abogado solicitó que se tomara declaración a la persona a quien yo le transmití la información en el DAS.

—Pero si usted era un informante que se autodenominó 'Alekos', ¿cómo se enteraron que 'Alekos' era Carlos Castaño?

—Muy sencillo. Las grabaciones con mi voz existen, pero únicamente se enteraron de que era yo, porque los visité. Un día llamé a la Central de Inteligencia y pedí que me comunicaran con su director, a quien le dije: "Señor Romero, le habla 'Alekos', ¿cómo está?". ¡Caramba, 'Alekos'!, exclamó, sorprendido, y yo continúe: "Algo extremadamente grave está pasando en este país y tenemos que hacer algo o Colombia se destruirá. Yo quiero hablar personalmente con usted". "Alekos", a usted yo le salgo a donde me diga". "No se moleste, señor Romero, yo lo visito". "¿Aquí?", me preguntó, incrédulo. Entonces le contesté: "Sí, señor, mañana estoy en su oficina en las horas de la mañana". La expectativa era enorme, no sabía cómo reaccionaría Romero al enterarse de mi identidad.

Lo que motivaba mi determinación fue la fuga de Escobar, pues yo sabía la oleada terrorista que desataría en todo el país, yo conocía la mente enfermiza de Escobar.

Al día siguiente, llegué al DAS, y cinco hombres me estaban esperando en la puerta, y les dije: "Soy la persona que tiene una reunión con el señor Romero". De inmediato me subieron por un ascensor privado hasta el último piso. Yo estaba vestido de traje y corbata, como siempre, me indicaron la oficina y entré. Al verlo, alcancé a sonreír por dentro sin que se me notara mucho, es que le digo una cosa: pocas personas en el mundo son tan parecidas como el ex narcotraficante Jorge Luis Ochoa y Alberto Romero, fundador de la Central de Inteligencia. Su aspecto es el de un hombre gordo y bonachón.

Romero me esperaba parado detrás de su escritorio, yo caminé hasta las sillas para invitados y, al darle un breve saludo de mano, me dijo: "¡Siéntese, hombre!". Al instante percibí que el encuentro iba a ser más

tenso y frío de lo que me imaginaba, recuerdo que antes de iniciar la conversación medí un silencio eterno en el que alcance a mirar por el inmenso ventanal blindado de su oficina, el hermoso cerro de Monserrate, en Bogotá, con su iglesia en la cima.

De pronto me dijo: "Alekos', nosotros a usted lo dábamos por muerto. Aquí decíamos: al Fantasma lo eliminaron. Incluso, de cada cuerpo sin vida que aparecía en el río Medellín, pensábamos: Ése era. ¿Qué pasó? ¿Por qué no volvió a aparecer?"

Señor Romero, a ustedes siempre les fui fiel, pero sólo una vez les pedí un favor, y como no se me colaboró, sentí ingratitud por parte de ustedes, y, sobre todo, no había confianza para continuar trabajando con el DAS, y como yo trabajo es por Colombia, continué suministrado información a otra institución del Estado. Recuerde el caso del señor Héctor Castaño.

"Sí, 'Alekos', hicimos todo lo que se pudo, pero teníamos encima a una fiscal delegada, con la que trabajar era muy difícil".

"Señor Romero, usted tenía pleno conocimiento que al testigo de "Las Tangas" el DAS le dio un libreto que reció al pie de la letra para mantener preso a Héctor Castaño. Y así acusar al único de los Castaño que lograron capturar. El testigo sabía dónde estaban las fosas, únicamente, lo demás fue producto de un montaje que ustedes hicieron. Yo les comenté que ese individuo es hermano de un señor muy mentado, Fidel Castaño. Resulta que ese hombre es mi principal informante contra Escobar y es el quien me ha dado la mayoría de los positivos al DAS, además ustedes saben que no hay pruebas. Simplemente, me dieron la espalda, señor Romero, yo les pedí algo justo y dentro de la ley, ustedes me dijeron que lo harían y después no cumplieron", y la línea que separa la ingratitud de la traición es tenue, y así no podía uno trabajar con confianza. Entre pregunta y respuesta siempre medió un silencio que mantuvo el encuentro muy lento; yo no dejaba de ser un informante al margen de la ley y él, el jefe de Inteligencia del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS.

Alberto Romero aún no sabía mi verdadera identidad, para él yo seguía siendo Alekos'.

El Héctor Castaño, del que hablábamos, es otro hermano mío que es casi un curra, nunca estuvo de acuerdo con la Autodefensa y es un hombre muy sano. Él había visitado a Fidel en la finca Las Tangas, en el departamento de Córdoba. Resulta que por esa época el DAS, montó un op-

rativo contra nosotros y descubrió unas fosas comunes con cadáveres en predios aledaños a una finca de Fidel. Efectuaron un allanamiento en Medellín y culparon a Héctor Castaño, mi hermano, quien, a pesar de no tener cuentas pendientes con la justicia, es capturado, sin oponer resistencia. Por espacio de tres días, lo mantuvieron detenido de manera irregular en la Cuarta Brigada.

Mientras tanto, el testigo fue sacado de los calabozos del DAS, y obligado a leer un libreto para inculparlo en el hallazgo de las fosas. Esos cuerpos eran de la masacre de Pueblo Bello, un error, un horror y una estupidez que ordenó Fidel a uno de sus hombres. La guerrilla del EPL le había robado a Fidel un ganado y varia gente en la vereda tuvo que ver con el robo. Fidel estaba en Europa, cuando esto, le consultaron y ordenó "recogan" la gente, pero esta ejecución la hizo el 'Cabezón', uno de los peores hombres de la Autodefensa. Casos aberrantes como este no tienen justificación, tiempo después se le hizo un juicio al "Cabezón" y fue ejecutado. Mi hermano Héctor salió libre a los ocho meses y la acusación se cayó por su peso.

Alberto Romero y yo cambiamos el tema, empezamos a hablar de Pablo Escobar, quien se había escapado el 26 de julio de 1992 de "La Catedral" la cárcel palacio que le construyó el gobierno de Cesar Gaviria. Teníamos que hacer algo para controlarlo.

De repente Romero se decidió a preguntar por mi identidad: "'Alekos', ¿quién es usted? ¿Se puede saber o prefiere que sigamos hablando así?". Romero estaba sentado cuando le dije, mirándolo a los ojos: "Soy Carlos Castaño Gil".

Su rostro se descompuso, giró la silla y se paró molesto. Tenía su pistola sobre el escritorio y yo no estaba armado, por eso me acerqué sutilmente a la 9 milímetros, pues no sabía cuál podría ser su reacción. Ya para ese momento Carlos Castaño sonaba como la mano derecha de Fidel, y para Romero era una situación muy difícil, yo creo que alcanzó a pensar: "¿lo arresto o no lo arresto?"

Pero encontrar la respuesta correcta no era fácil, saber que Carlos Castaño era Alekos', lo impresionó mucho mas y tenía un porqué. En ese tiempo el DAS perseguía a muerte, en el norte del país, a los hermanos Castaño. Uno de sus agentes, Emilio Benze Sabaleta, nos capturó mucha gente.

Romero caminó lentamente hasta el ventanal, mantuvo la mirada fija en la inmensidad de la ciudad hasta que se volvió y dijo: "Esto es un

mundo de locos, 'Alekos', y yo no soy un canibal situacional. Usted no me conoce y yo no lo conozco. ¡Usted debe salir de mi oficina cuanto antes! Ah... haga lo que usted crea que debe hacer, pero tenga clara una cosa, yo recibo información de 'Alekos', no de Carlos Castaño".

Yo salí del edificio del DAS y regresé a Medellín. Nunca más volví a hablar con Alberto Romero. Fue un hombre vertical a partir de ese momento, es un hombre honesto, lo último que supe de él fue un mensaje que me envió vía beeper con el teléfono de alguna persona de la Policía a quienes les podía seguir suministrando información, para esta nueva campaña contra Escobar.

Cuatro días más tarde, entregué por tercera vez a Pablo Escobar, estábamos a minutos de incursionar en la etapa final del operativo, y yo mismo me vi obligado a desviarlo por razones que ya le contaré. Nuevamente se salva Escobar.

—¿Cómo sucedió y cuándo se dieron esas delaciones? —pregunté.
—Yo participé como informante en la operación "Apocalipsis I", el 22 de noviembre de 1989. Pero la primera vez que yo entregué a Pablo Escobar fue en la operación policial "Apocalipsis II", el 3 de julio de 1990. La segunda vez fue a la Policía de Medellín, a través del DAS, y en la tercera yo estuve presente en el operativo, pero decidí abortarlo teniendo a Escobar a escasos mil metros, ya le contaré por qué.

En "Apocalipsis I", el contacto con la autoridad lo hizo Henry Pérez, el comandante de las Autodefensas de Puerto Boyacá.

Nosotros coordinábamos las informaciones directamente con las autoridades en Bogotá, a través de dos oficiales y un hombre que había sido 'M-19'. Recuerdo que después de tener clara la ubicación de Escobar, le dije a Henry: "Este operativo debe ser silencioso, si la autoridad le mete helicópteros se corre un riesgo innecesario de un rotundo fracaso. Vámonos por la selva con un grupo de la Autodefensa, ejecutamos a Escobar y después se legaliza. Si entra tropa helicoportada, con seguridad que Escobar se escapa". Henry me decía: "Quién sabe, de pronto no". Pero las Fuerzas Armadas, por impresionar y hacer del operativo todo un espectáculo, cometieron el error y, preciso, Escobar se voló.

Lo más tenaz fue que Pablo con ese ofato tan felino no se dio cuenta, no sospechó de Henry porque pensaba: "Henry no va a ser tan idiota de correr el riesgo de ser capturado también. Él sabe dónde estoy, simplemente

te se acerca en son de amigo, me mata y punto". Esa vez los dos informantes salimos sanos.

Después vino la primera vez que yo entregué a Escobar. A partir de proporcionarles a las autoridades la información, se estructuró la operación "Apocalipsis II".

A finales de junio de 1990, días antes de iniciar la operación, Escobar me mandó a buscar en Medellín, yo aún gozaba de su confianza. Pablo quería que le hiciera un sondeo sobre el accionar de la Policía y el Ejército contra él. Me llevaron hasta La Cristalina, el lugar donde estaba escondido con pocas personas, entre ellas el ex narcotraficante Jorge Luis Ochoa, un hombre pacífico y bonachón que visitaba con frecuencia a Pablo, allí lo vi insistirle, casi rogarle a Escobar que se entregara a las autoridades y buscara el sometimiento a la justicia. Pero Pablo decía: "Si no derrotamos a esta oligarquía, nosotros no tenemos arreglo, Jorge Luis". Escobar siempre consideró que su enemigo no era realmente el Gobierno, era la oligarquía colombiana.

Cinco días después, llegué donde Henry Pérez y organizamos la información para las autoridades. Yo mismo hice los planos, pinté el sitio sobre el mapa y sugerí la mejor forma de entrar y ejecutar a Escobar. Henry sabía por dónde estaba Pablo, pero desconocía el sitio exacto y en qué condiciones se encontraba. Yo había estado en el lugar.

Cuando supe que la Policía iba a utilizar otra vez helicópteros, le dije a Henry: "Si viene tropa helicoportada, volvernos a fracasar, Pablo tiene la maraña de la selva a cincuenta metros y apenas sienta los aparatos, atraviesa el pasto alto que sembró y se vuela". Pero Henry, esperanzado, decía: "Pablo es muy confiado, no creará que están encima".

El contacto con la Policía lo manejó estrictamente Henry, yo le alcancé a decir que me dejara hablar con ellos para que no se utilizaran nuevamente helicópteros, pero era muy celoso, quería todos los méritos como informante, y no me dejó.

Yo insistía que lo mejor era mandarle un grupo de hombres por la vereda Perales, meternos los dos por Nare y así lo bloqueábamos en el cerro. Ahí sí, que entre la Policía y si no le dan lo cogemos nosotros subiendo por la selva.

Al final, la Policía no accedió a la propuesta y solo pidieron un guía, Henry asignó a Ponzóna, un gran amigo y compañero de Autodefensa, quién viajó a Bogotá y de allí la Policía lo trasladó a Medellín, querían la

información y no sugerencias de cómo hacer el operativo. Por nada del mundo iban a permitir que quedara algún antecedente de colaboración civil en el hecho y menos de la Autodefensa, no permitieron que participáramos militarmente.

Mi inquietud había sido premonitrice, yo era el único que había estado con Escobar en el sitio y no se atendió mi sugerencia. Nuevamente el espectáculo avisó del operativo.

Después me enteré que ese operativo se cayó, porque Hernán Henao, uno de los hombres de Escobar, estaba en una torre altísima que hay en el municipio de Doradal, desde donde logró ver los helicópteros, y le dio a Pablo los cinco minutos que necesitaba para volarse. Ese día, la suerte también estuvo del lado de Escobar, los helicópteros lo alcanzaron y antrallaron la zona donde estaba, pero de manera milagrosa se salvó.

Jamás diría que la Policía no tuvo intenciones, claro que las tenía, había ganas de destruir a Escobar, pero nuevamente se les escapó.

Allí la Policía dio de baja al hombre que Pablo más quería sobre la tierra, su cuñado Mario Henao. Ese día pudo haber sido Pablo, pero no fue. Escobar descubrió a Henry y no dudó en mandarlo a matar, el ala 'narca' de la Autodefensa de Puerto Boyacá que había sido comprada por Escobar para hacerle contrainteligencia le ayudó. Además en esta operación estuvo involucrada tropa de la Autodefensa de Puerto Boyacá.

En ese momento Escobar desconfiaba hasta de su sombra. Yo aún estaba sano, pero Pablo cada vez sospechaba más de Carlos Castaño.

Después de los fracasos de Apocalipsis I y II, ya había decidido que sí iba a entregar a Pablo Escobar, establecería contacto directo con un sector de la Policía que actuara de manera irregular y con el cual podría montar el operativo, para que se viera como una acción de la autoridad. Esto sucedió cuatro días después de la reunión con Alberto Romero, en las instalaciones del DAS, en Bogotá, en los primeros días de agosto del 92.

Al llegar a Medellín, ya sabía dónde estaba durmiendo Pablo Escobar, pues le venía haciendo inteligencia desde su fuga de la Catedral, y mi informante lo tenía localizado. Dos días después, de forma irregular, me presentaron en la ciudad a un mayor de la Policía Nacional, a el le dije: "Mañana vamos a ejecutar a Escobar". Yo he hecho dos buenas apuestas en la vida, ese día convencido que Pablo se moría en la semana en la que de verdad fue dado de baja. La primera la perdí, la segunda la gané.

Programé el operativo teniendo en cuenta hasta el más mínimo detalle.

La tarde anterior verifiqué el dato con mi informante, un hombre de Escobar, el muchacho que le montaba las plantas de teléfono. No había posibilidad que fallara en la acción.

Horas mas tarde me senté con el mayor y un joven funcionario de DAS, a quienes dije: "Necesitamos un camioncito cubierto". El mayor dispuso uno de aluminio y nos quedamos de encontrar a las 2 de la mañana en la calle 80. "Yo llevo dos hombres míos y ponga usted ocho de los suyos, y a las diez de la mañana dé por descontado que Escobar está muerto", Le dije, convencido, al mayor.

En teoría, Escobar estaba muerto, pero ¿qué pasó? Se me agudizó el olfato y de manera disimulada aborté el operativo, me enteré que el mayor de la Policía íme iba a matar!

¿Era orden de la institución desde Bogotá que la ejecución de Escobar incluía mi muerte? No sé... ¿Para quién trabajaba el mayor? No sé...

Una vez muerto Escobar, seguían conmigo, eso me quedó claro. Escobar tenía penetrados casi todos los estamentos del estado, pero este no era el caso del mayor traidor.

—¿Sólo por un presentimiento abandonó el plan?

—Yo intuía que algo así podía presentarse, y estaba preparado. Comenzamos el operativo como estaba previsto. Cuando yo me encontré con el mayor y sus ocho hombres en la carrera 80 con calle 30, a eso de la una de la mañana, todo era normal. Se iba a proceder como lo habíamos acordado la víspera. Pero cuando se subían al furgón los hombres del mayor, uno de los oficiales se acercó y me dice al oído: "No deberíamos encontrarlo hoy". Más claro no canta un gallo, me iban a matar.

Al joven oficial de la Policía, que me previno, lo había conocido antes de ese operativo y, gracias a Dios, me salvó la vida, hoy somos muy buenos amigos.

Después investigué sobre el mayor y me di cuenta qué clase de persona era, sería capaz de entregar a la maná, con tal de beneficiar sus intereses mezquinos.

No hace mucho tiempo me lo encontré, ya está retirado. A pesar de lo que hizo, no le guardo deseos de venganza, pero cuento esto para que el mayor sepa que la historia le cobra lo que hizo. De ahí para adelante, Pablo Escobar mató más de trescientas personas, puso no sé cuántas bombas, y parte de la culpa la tiene el ex oficial.

Transcurrieron los años 1989, 1990, 1991, y en el segundo semestre

ue 1772, a mediados de agosto, hacia cerca de 30 días se había fugado Escobar y decidimos declararle la guerra abierta, y conformamos con mi hermano Fidel y 'Don Berna', el grupo los PEPEs, Perseguidos por Pablo Escobar. Esto fue semanas después de la muerte de los Galeano y los Moncada, cuando Fidel se convenció de lo que yo decía, pues Pablo desató una persecución mortal a sus mejores amigos y socios, entre los que estaba Fidel Castaño. A mí, hacia rato que me quería matar.

Quince meses después, el dos de diciembre de 1993, Pablo Escobar estaba muerto gracias a los PEPEs y su unión con el Estado.

El país no puede desconocer que la posibilidad de encontrar a Pablo Escobar se dio porque nosotros se lo entregamos a la Policía reducido a su más mínima expresión, sin avanzada y sin la seguridad que le brindaban sus principales hombres. Fue gracias a la guerra irregular que le desatamos los PEPEs como el Bloque de Búsqueda, en un operativo exclusivo de la Policía, sin ninguna intervención nuestra, pudo darlo de baja.

En el sentido estricto de la palabra, el primer grupo paraestatal, que ha tenido Colombia en su historia, se llama: los PEPEs.

Fuimos tolerados por la Fiscalía, la Policía, el Ejército, el DAS y la Procuraduría, y el propio presidente César Gaviria Trujillo nunca ordenó que se nos persiguiera. Los periodistas aplaudían en silencio. ¡Y así tenía que ser!

Los estados se protegen con la Constitución y por fuera de ella cuando se ven amenazados por monstruos como Pablo Escobar. Yo lo que siempre me he preguntado es por qué contra Pablo sí se pudo y contra la guerrilla no.

¿Por qué no hubo nunca una condena pública de la guerrilla de las FARC contra Escobar? ¡El ELN lo ayudó en una alianza espantosa!

Castaño tomó un sorbo rápido de agua y me dijo, alterado:

—Disculpe, estoy un poco agitado y me desvié del tema, es que hay cosas que me molestan terriblemente. A medida que le vaya contando, tendrá usted una visión más clara de cómo se ha movido este país, durante años.

Yo seguía con mi lucha urbana, que ya incluía a Pablo Escobar, pues su amistad con todas las guerrillas iba más allá de una simple inclinación política. El M-19 le hacía los secuestros y ya había pasado el holocausto del Palacio de Justicia, financiado por Pablo. Muchas veces se escondió en zonas dominadas por el ELN, que le daba protección. Con las FARC tuvo negocios a través de los narcotraficantes, como Carlos Lehder y 'El Mexicano'.

Y para completar, Pablo siempre quiso que le colaborara en su guerra contra el cartel de Cali y los hermanos Rodríguez Orejuela, pero yo en una guerra de mercenarios no le ayudo a nadie. ¡Jamás!

Escobar sabía que Fidel le colaboraría más fácil, siempre y cuando yo no estuviera. Pero aquel, de alguna forma, me necesitaba, mis contactos con las autoridades y mi amistad con varios oficiales era muy importante para él, y en más de una oportunidad le di información, para evitarle males menores, y ganar su confianza, en bien de mi intención.

—Y cómo lo hacía? —le pregunté.

—Era muy sencillo. Yo manejaba en Medellín un red urbana anti-subversiva con muchos contactos y Pablo sabía que, cerca de mí, se podría enterar de lo que el Ejército y la Policía pensaban de él. Toda la vida he tenido amigos en las Fuerzas Armadas y, de alguna manera, si no hablaban conmigo lo hacían con mi gente, entre ella, muchos ex militares o ex policías, ya miembros de la Autodefensa. Eso sin contar la información que me llegaba de gente en la legalidad a la cual Pablo ya no tenía acceso.

Le daba a Pablo tres o cuatro datos verdaderos, dos falsos y callaba muchos importantes. Sabía en qué estaba, era una guerra fría contra Escobar y debía cuidarme mucho. ¡Esto no era jugar doble! Era jugar a favor del Estado. Si esto me hace traidor, entonces habría que considerar traidores a los defensores de la patria. A mí me enorgullece que me tilden de traidor de Pablo Escobar y por eso siempre estuve intencionalmente a su lado.

En ese momento un fuerte ruido nos distrajo. Dos camionetas entraron en la finca, y Castaño dijo:

—Ése debe ser Adolfo. Qué bueno, ahora sí podemos comenzar con la historia de los PEPEs.

Salimos del kiosco a recibir al famoso 'Don Berna', quien se bajaba serenamente de la camioneta, y Castaño me comentó:

—Adolfo cojea, porque en un atentado recibí diecisiete impactos de bala y perdió su pierna derecha, sin embargo va a todas partes y monta caballo.

Berna se acercó despacio, pues, aparte de la lesión, su considerable peso no le ayudaba para movilizarse rápido, pero su actitud era la de una persona vital.

—Qué bueno tenerlo por aquí. Le presento al periodista que está escribiendo el libro que le comenté.

Volvímos al kiosco, tomamos asiento, y Castaño siguió:

—Los perseguidos por Pablo Escobar ya habíamos realizado algunas acciones, aun no teníamos nombre y necesitábamos identificarnos de alguna manera. Nos preocupaba la reacción de la prensa y el Bloque de Búsqueda de la Policía, pues había que dejar en claro que nuestras acciones eran independientes.

Un día le dije a Adolfo: "Berna, ya sé cómo nos llamamos de hoy en adelante: 'los PEPEs'".

Se rió y me dijo: "Eso son pendejadas tuyas, hombre, eso es una marca de blue jeans". Entonces repliqué: "Cuántas rosas son feas hasta que sale una bien bonita; espere para que vea". Ese día se emitió el primer comunicado en el que firmamos como 'PEPEs', pero los perseguidos por Pablo Escobar ya completábamos varios meses actuando.

—Desde el 19 de junio de 1991, Pablo Escobar se sometió a la justicia en el hotel cinco estrellas en el que se convirtió su cárcel La Catedral. Le pidió a su amigo y socio Fernando Galeano, que lo visitara y lo asesinó. ¿Con esta muerte nacen los Perseguidos por Pablo Escobar? —Pregunté.

—Sí, señor, aunque el grupo, como tal, se conformó meses después, —contestó 'Berna'.— Yo era el jefe de seguridad de Fernando Galeano, y el viernes 3 de julio de 1992, casi un año después de haberse entregado Pablo, éste lo citó en la Catedral, para hablar de una fuerte suma de dinero que los hombres de Escobar le habían robado a Fernando, cerca de veinte millones de dólares, se llegó a especular. Antes de salir para la cárcel, le dije a Fernando: "Patrón, no suba a La Catedral, mandemos a otra persona porque le tengo mucha desconfianza a Pablo". Pero Fernando sentía que Escobar nunca le haría daño, pues hasta ese momento le sirvió como al mejor de los amigos.

Fernando subió al cerro donde estaba incrustada La Catedral, y yo me quedé muy preocupado. La última frase que oí de Fernando fue: "No te preocupes, que yo vuelvo temprano, no quiero que me coja la noche por allá".

Ya Escobar le había quitado dinero a mucha gente que estaba en el negocio, como a Pablo Correa, Rodrigo Villa, Alfonso Cárdenas y a un sobrino de los hermanos Ochoa, los atracó y después los mató. Nosotros manteníamos alguna relación con los trabajadores de Escobar, quien les decía cosas como ésta: "El que tenga en Medellín, más

de veinte millones de pesos es secuestrable". Era la degradación total. Pablo descendió a ese nivel pues perdió a su primo Gustavo Gaviria, su mano derecha en las finanzas. La Policía dio de baja al hombre que le manejaba el negocio del narcotráfico, debilitó su economía y ningún bolsillo aguantaba múltiples guerras.

Peleó con el Estado. Colocó dieciocho carros bomba. Financiaba la guerra contra el Cartel de Cali. Ofrecía a los asesinos a sueldo, cinco millones de pesos por agente de la Policía asesinado. Ordenó la muerte de más de doscientos policías, en Medellín, horror que a ninguno nos gustó, pero nada que hacer, la mayoría de las personas en la ciudad se mostraban amigas de Pablo por obligación. Imponía un principio perverso: "O están conmigo o están contra mí".

Sin excepción quién ejerciera el "bussines" tenía que darle una cuota para colaborar en su lucha contra la extradición. Fernando le daba desde cien hasta doscientos cincuenta mil dólares mensuales.

Escobar arrojó una ciudad, puso a tambalear un país y desafió a los gringos; hasta hoy, es una de las recompensas más caras que han ofrecido los Estados Unidos por un bandido, cinco millones de dólares.

La llegada a La Catedral era muy singular, por lo menos cien soldados la custodiaban, pero todos al servicio de Escobar, con decirle que a la Policía le tenía prohibido subir.

Fernando llegó a la cita con Pablo, acompañado del conductor y un escolta, quienes fueron obligados a quedarse afuera.

Yo intuía que algo grave ocurría, pues Fernando no quería pernoctar allá y eran ya las 10 de la mañana del sábado. A esa hora me informaron que acababan de secuestrar a Mario Galeano, un hermano de Fernando. Mientras confirmábamos si era gente de Pablo, nos dieron las tres de la tarde, cuando nos enteramos que un grupo de hombres armados intentó secuestrar a Rafael Galeano. Se les escapó, y ya nosotros estábamos seguros que era obra de Pablo, y comenzamos a sacar a la familia Galeano de Medellín. Concientes de que se iniciaba un enfrentamiento con Escobar.

Al día siguiente, Pablo me llamó. Con una tranquilidad absoluta, que infundía terror, me dijo: "Éste es un golpe de estado económico. No quiero publicidad. Si usted quiere trabajar conmigo, le respeto la vida". "Ah... y necesito que me entregue a Rafaelito Galeano, aquí le paso a Rey". Rey era la chapa o sobrenombre del 'Arcete'. En esa época,

a mí me decían 'Raúl'. Recuerdo, como si fuera ayer, cuando el 'Arete', uno de los bandidos de Escobar pasó al teléfono y me dijo: "Nosotros andando a pie, con los zapatos rotos y la plata pudriéndose... qué ironía". El arete se refería a los cerca de veinte millones de dólares que ellos le expropiaron a Fernando. Quien se robó ese dinero fue un trabajador de Pablo, al que le decían 'Tifí', cuya novia era la hija del hombre que cuidaba la caleta con el dinero. El 'Tifí' y su novia mataron al viejo, se robaron los veinte millones de dólares, se los llevaron a Pablo y le dijeron: "Eran de Fernando y del negro Galeano, y algunos, por la humedad del sitio, se estaban pudriendo, patrón".

De inmediato, interrumpí para preguntarle a 'Berna':

—¿Entonces Pablo decide matar a Fernando y también ordena que asesinen y le quiten el dinero a sus otros socios, los Moncada?

—Correcto, —me contestó—. Kiko y William Moncada también murieron en La Catedral. Recuerdo un dicho muy popular para esos días: "Cuando Pablo estornuda, a Medellín le da gripa". Esto lo logré hacer mientras engañaba al 'Arete', y cada vez que éste me preguntaba por Rafael Galeano, yo le decía: "No sé dónde está en este momento, pero no se preocupe, cuente con eso, que yo les colaboro". En esos instantes, yo ya sabía que Pablo había matado a Fernando y a Mario Galeano, entonces aproveché para pedirles: "Hagan un gesto de buena voluntad y devuelven los cuerpos". Recuerdo que el 'Arete' preguntó y Escobar le dijo: "El de Mario, tal vez; el de Fernando, imposible".

No me iban a entregar el cadáver de Fernando, porque ya lo habían arrojado al río Cauca, después de torturarlo de manera cruel. Atravesaron sus manos con un taladro, mientras le preguntaban dónde tenía más dinero.

Después de una tremenda golpiza, Pablo ordenó su muerte, le pegaron un tiro en la cabeza y luego lo sacaron al patio de la Cárcel, donde lo amarraron y lo sentaron en una silla rodeado de ropa vieja. Le rociaron gasolina de la cabeza a los pies para incinerarlo y después con una motosierra lo partieron, con el fin de recoger en una sola bolsa los restos y no dejar huella del hecho. El cuerpo de Mario lo recuperé. Fue asesinado y torturado igual que Fernando. Entonces me reuní con Fidel Castaño y nació la idea de unirnos en contra de Escobar.

Castaño intervino para complementar lo dicho por 'Don Berna':

—Pero esto no fue tan rápido. De la muerte de Fernando Galeano a la creación de los PEPEs, como organización, pasaron algo más de tres meses, y en noviembre de 1992, se formó la dirección de los Perseguidos por Pablo Escobar, aunque ya operábamos desde unas semanas antes como tal; ya se había escapado Pablo de La Catedral. 'Berna' lo combatía por su lado y yo por el mío, pues tras la fuga de Escobar, había que saber quiénes estaban con quien.

La primera reunión se dio en una casa que teníamos en el barrio El Poblado, allí estuvimos Fidel, 'Berna', Rodrigo 'Doble Cero' y yo. El grupo lo conformamos nosotros, cinco personas adicionales sobre el terreno y por lo menos cuarenta PEPEs más completaban la estructura.

—Sí, señor, asintió 'Don Berna'. Es que Pablo la entendió no sólo contra los Moncada y los Galeano, sino contra todos. El Gobierno decidió cambiar de cárcel a Escobar y envió una comisión a negociar el traslado. ¡Cómo sería el miedo que le tenían! Esto condujo a que Escobar retuviera al viceministro de Justicia, al director nacional de Prisiones y se volara de la cárcel.

Por esos días, hablé con Rodolfo Ospina Baraya, quien me dijo: "Es necesario acabar con ese monstruo, porque nos va a matar a todos". 'El Chapulín', como le decían a Rodolfo, nieto de el ex presidente Mariano Ospina Pérez, nos hizo el contacto con José Santacruz, Miguel y Gilberto Rodríguez Orejuela.

El apoyo y la ayuda del Cartel de Cali sería determinante, especialmente en dinero y contactos. Me reuní con la cúpula del Cartel de Cali y, al regresar, le manifesté a la dirección de los PEPEs que teníamos el apoyo de esta gente.

—¿Cuánto costó la guerra irregular que ustedes le desataron a Escobar? —le pregunté.

—Cuantificar la guerra contra Pablo es muy difícil, en los quince meses que duró se gastaron más de cincuenta millones de dólares, la mayor parte la puso el Cartel de Cali, en especial los hermanos Rodríguez Orejuela.

—¡Tanto! —insistí.

—Con el pago de informantes, logramos que mucha gente de Pablo se volteara y ayudara a eliminarlo. La información no la dan gratis, y para delatar a Escobar la gente cobraba duro.

Castaño intervino:

—Pero los Rodríguez Orejuela no pusieron todo el dinero, yo diría que no les costó un peso. Ellos la supieron conseguir, que es otra cosa. Una de las fuentes de dinero que tenían era las cuotas que les pedían a los arrepentidos, un grupo de 'marcos' que le había ayudado a Pablo Escobar y no querían morir en la guerra. Un solo arrepentido llegó a dar diez millones de dólares.

Quien manejo la relación con el Cartel de Cali fue 'Berna', yo vine a conocerlos siete meses después de ser creados los PEPEs.

Por el rostro que hizo Castaño cuando 'Berna' mencionó a los hermanos Rodríguez Orejuela, era evidente que a Castaño le incomodó siempre la relación circunstancial con el Cartel de Cali.

'Berna' siguió con el relato:

—Las primeras reuniones del grupo las hicimos en casa de Fidel, quien fue el líder de los Perseguidos por Pablo Escobar. Era el jefe, tenía un nombre que infundía miedo y respeto, por su experiencia aceptamos todas sus recomendaciones. Carlos Castaño y yo éramos los mandos operativos y permanecíamos en Medellín, porque Fidel rara vez venía a la ciudad, permanecía en las fincas de Córdoba.

Después de las primeras acciones de los PEPEs contra Pablo, no sólo sus enemigos intervinieron, todo Medellín nos ayudó a eliminar al bandido de los bandidos.

Castaño interrumpió nuevamente y dijo:

—*Ahí es donde se da esa reunión tan importante en Medellín. En enero de 1993, la sociedad se organizó para dependerse de Pablo Escobar. A nombre de Fidel Castaño, mi hermano, cité a unos de los cincuenta personajes claves de la ciudad y algunos del país. Asistieron políticos, gobernantes, ex gobernantes, industriales y gerentes de empresas. Aparte de los dolientes de los Moncada y Galeano, estaban también los representantes de un grupo de 'marcos'.*

Algunos de los presentes comentaron que ayudaron a Escobar por físico terror y una de esas personalidades tomó la palabra para decir, atemorizado: "Por estar aquí, Pablo de pronto hasta nos mata la familia".

Mi hermano se levantó y replicó en tono amenazante: "Si Pablo les mata la familia por ayudarnos, yo les mato hasta el último de sus parientes, si le ayudan a él". El salón se quedó mudo y, de pronto, uno

de los convocados exclamó: "¡Éste es el principio del fin de Pablo Escobar!".

De ahí en adelante, 'Berna' y yo estuvimos en la muerte de por lo menos treinta grandes secuaces de Pablo Escobar. Nosotros hacíamos los operativos irregulares, encontrábamos al enemigo y lo ejecutábamos como los PEPEs. El Bloque de Búsqueda de la Policía, por su lado, asediaba otros golpes; algunos de ellos con nuestra información.

Los PEPEs nunca hicieron un operativo conjunto con la Policía, y de eso nos cuidábamos mucho, no queríamos ocasionar un problema a la institución como tal, éramos unos aliados tácticos. Gente de bien se nos acercaba y nos decía: "Es importante que el Bloque de Búsqueda de la Policía sepa esto". Nosotros seríamos de puente y ellos confiaban en nuestra información.

Pablo había colocado días antes un carro bomba.

—Después de este acto terrorista, comenzamos una estrategia igual a la Pablo, pero sobre sus propiedades. Dinamitamos los edificios Mónaco, Las Colinas y otros que tenía en Medellín, también la finca La Manuela, cerca de la represa de El Peñol, las propiedades que más quería, por lo cual comenzó a preocuparse Pablo.

—No sólo le acababa de salir un enemigo irregular con la misma capacidad de él, sino que ese enemigo comenzó a ganar adeptos, pues al emitirse el primer comunicado de los PEPEs, muchas personas en Colombia celebraron la aparición del grupo.

—Mientras golpeábamos a Escobar, —dijo Berna— éste nos mató mucha gente que nos daba información, uno de ellos fue un muchacho al que apodaban 'Pinguino'. Escobar quiso dar un escarmiento y ordenó que le pegaran tremenda matada, cien tiros, por sapo. La guerra contra Escobar tuvo unos diez meses de toma y dame. También se nos murieron el 'Cabezón' y 'Calambres', dos informantes importantes.

Pablo tenía inmensas reservas de dinero y la pelea era para largo. Escobar no había perdido aún gente de importancia.

A partir del primer semestre de 1993, poco a poco, la balanza se fue inclinando a nuestro favor y la información proveniente de los PEPEs, y suministrada a través de personajes públicos, era cada vez más importante para el Bloque de Búsqueda de la Policía, pues muchos falsos informantes enviados por Escobar le hacía perder trabajo y tiempo. En el Bloque no conocían a fondo la estructura sicarial

de Pablo, y esa era nuestra ventaja, aparte de ser irregulares. Yo creo que llegamos a tener un poco más de cien informantes regados por Medellín. Inclusive pagamos datos de cien y hasta de ciento cincuenta millones de pesos, aparte de lo que pagaba la Policía a sus informantes, que no llegaba al treinta por ciento.

Así cayeron en operativos exclusivamente de la Policía, pero con información nuestra: "El Chopo", "Tyson", "Tilton", "Enchufe", "Pasquín", "El palomo" y muchos otros.

De un momento a otro, la presión sobre Pablo se incrementó y es cuando comienzan a entregarse sus hombres cercanos. Primero "Popeye", "El Arete" después el "Osito" su hermano, y vinieron luego dos capturas importantes, la del "Titi", hecha por la Policía, y la de "Bolíqueso", realizada con información nuestra. Ésta última fue muy importante, porque se logró ubicar unas caletas con armas y dos mil kilos de dinamita.

En este instante, interrumpió Castaño y dijo:

—*No hay que olvidar, Adolfo, que a través de un importante intermedio, nuestra ayuda al Bloque de Búsqueda de la Policía aumentó. Don Alfonso Berrío prestó como veinte casas y nosotros les conseguimos diez más, para que ellos instalaran los trianguladores para rastreo de llamadas telefónicas por toda la ciudad.*

—El operativo que condujo a la muerte de Pablo Escobar fue el que marcó la caída del Chopo, el segundo de Pablo, que se hacia llamar "el Pablo Escobar de la calle" —continuó don Berna. Fue mesero del hotel Intercontinental y terminó siendo el encargado del aparato sicarial y terrorista de Pablo. Desde la clandestinidad, Escobar daba la orden y él mandaba a colocar los carros bomba, ponía en marcha los secuestros y realizaba los asesinatos que el capo le ordenara. El "Chopo" figuraba por encima de todos los bandidos, que le tenían respeto y hasta terror; era un hombre bajito y gordito a quien lo acomplejaba mucho su temprana calvicie.

Nosotros conocíamos de la importancia del "Chopo" y persiguiéndole a su gente, logramos ubicar a dos de sus bandidos entrando al centro comercial Unicentro, en Medellín. Los capturamos y los encerramos en una de las casas de los PEPEs. Sin acudir a la violencia para que lo delataran. Carlos les dijo quiénes éramos y qué expectativas de vida tenían: "Muchachos, están en manos de

los PEPEs, y ustedes no tienen nada que hacer en esta guerra, sus minutos están contados".

Al instante, se voltearon a nuestro favor, como todos los anteriores, y nos detallaron dónde se ubicaba el "Chopo", "Yo tengo una cita con él en un lugar", dijo uno de ellos. Al momento se le informó al Bloque de Búsqueda de la Policía, los muchachos cobraron la recompensa en dólares. La Policía ya tenía el dato, pero no lograban identificar al "Chopo". Con la foto que lo rastreaban nunca lo hubieran encontrado, estaba muy cambiado. Por eso prestamos dos guías nuestros para que le ayudaran al Bloque de Búsqueda, a la hora de identificarlo. Lo ubicaron en el apartamento y, después de un enfrentamiento, la Policía lo dio de baja. Fue un golpe definitivo contra Pablo, de ahí en adelante se inició la cuenta regresiva. Los PEPEs y el Estado lo condujeron a la desesperación.

En la etapa final de la lucha contra Pablo, me hice amigo de uno de los muchachos que controlaba los equipos de interceptación de llamadas. Con frecuencia me presentaba en la sede del Bloque de Búsqueda, cerca de un parqueadero, por el estadio Atanasio Girardot. Estaba allí la CIA, la DEA y miembros de las fuerzas especiales de la Marina de los Estados Unidos. Con los que más hablé fue con los hombres de la DEA.

Ese dos de diciembre, se respiraba desmoralización; se veía el cansancio y el agotamiento. Todos salieron a almorzar a la escuela Carlos Holguín y en el parqueadero nos quedamos pocas personas. Carlos estaba en una acción militar, que fue noticia tres horas antes de la muerte de Pablo, ejecutó a Gustavo Gaviria, el hijo de Gustavo Gaviria, uno de los hombres fuertes del Cartel. Un golpe terrible para Pablo, pues Gustavo, tenía veintiocho años y ya se había convertido en un capo de capos, lo poco que le quedaba a Escobar.

Cuando los trianguladores de llamadas lograron localizar a Pablo, un oficial llamó más de cuatro veces por radioteléfono a decir que lo tenía ubicado, entre las carreras 70 y 80 y las calles 44 y 50. Yo escuché todo por radioteléfono, pues nosotros teníamos acceso a las frecuencias del Bloque, recuerdo que decía: "Está hablando y creo saber dónde está".

Yo me quedé en un parqueadero cercano al sitio donde se presumía que estaba Pablo, a la espera de la noticia, que llegó en medio de una